DESDE EL Rompeolas

HELEN RYTKÖNEN

DESDE EL ROMPEOLAS

Helen Rytkönen

Agosto, 2019. Todos los derechos reservados.
Safe Creative: registro 1908081652288

Los hechos y/o personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Portada: @Flecher.co

A Jimena y Niko,

por darme la oportunidad de volver a inspirarme

ÍNDICE:

1. MI NUEVO HÁBITAT
2. COMPAÑÍAS INESPERADAS
3. INCREÍBLE, PERO CIERTO
4. PLANES NAVIDEÑOS
5. COSAS MODERNAS COMO UN SPEED DATING
6. ESTÁS UN POCO RARO, ¿NO?
∞ MARCUS ∞
7. PREPARATIVOS NAVIDEÑOS
8. LA NAVIDAD LA SANGRE ALTERA
∞ MARCUS ∞
9. INTERLUDIO ISLEÑO
10. MÁS FOOD FOR THOUGHT
11. AÑO NUEVO, DUDAS VIEJAS
12. TE LLEVO ESPERANDO DESDE ENTONCES
∞ MARCUS ∞
13. DE CÓMO INTENTAR ENCAJARLO TODO
13. LA VERDAD QUE NUNCA VI
14. EL PASADO QUE COMPARTIMOS
15. ENTENDERLO TODO
AGRADECIMIENTOS
SOBRE LA AUTORA

1. MI NUEVO HÁBITAT

Siempre me había gustado Londres en invierno, al contrario que a la mayoría de la gente. Quizá fuese porque aunque el termómetro marcase temperaturas cercanas a cero grados, la vida y bullicio de la ciudad no paraba, y era ese ritmo loco el que me hacía sentirme más viva y con unas ganas increíbles de comerme el mundo. Sonreí mientras apoyaba la frente en la ventana de mi nueva casa, cálida y reconfortante en aquella mañana de diciembre. Desde allí veía ríos de gente caminando en todas direcciones, enfundados en abrigos oscuros y con cara de tener prisa. Muchos avanzaban calentándose las manos con vasos de cartón llenos de café, otros escuchando música en sus teléfonos, y todos sin excepción aportaban una nota de color al gris paisaje con sus gorros: verdes, rojos, amarillos, de *animal print* y hasta con orejas de gato; mujeres estilosas con sus boinas y hombres con el borsalino calado hasta las cejas. Esa visión, unida a una buena noche de sueño y al olor de un té Earl Grey, era suficiente para hacerme afrontar el día con la mayor de las energías.

Me habían enviado a Londres para un trabajo de dos meses en una gran empresa de alimentación, que se dedicaba a la fabricación y comercialización de zumos. Era un proyecto importante, ya que si conseguíamos satisfacer a Vesta UK en su proyecto de segmentación de mercado, entraríamos a hacer lo mismo en sus filiales europeas, lo cual significaba un volumen de facturación muy importante para mis jefes. Por eso me habían enviado a mí, su consultora más sénior dentro del joven grupo de profesionales que conformábamos el sesenta por ciento de la empresa. No podíamos fallar con Vesta, y como yo había sido la que había desarrollado la metodología de segmentación que vendíamos como innovadora y ganadora a nuestros clientes, me habían pedido a mí que fuera a liderar el grupo de trabajo.

Dicho y hecho. No había nada que me apeteciese más que escapar un poco de la rutina diaria yéndome a Londres, una de mis ciudades favoritas en el mundo. Recluté a mi equipo de confianza, aquellos que habían estado desde el principio conmigo, y a Diana, una nueva adquisición a la que quería probar en un trabajo de este calibre. Me puse en contacto con el líder del proyecto, un inglés muy amable llamado John Patterson, con quien hice buenas migas telefónicas, y cerré todos los flecos. Envié a mi mano derecha, Laura, a las sesiones previas con consumidores a estar pendiente de que realmente íbamos a recoger la información necesaria para nuestro trabajo, y finalmente aterricé en Londres con el resto del equipo a principios de diciembre.

Había conseguido un apartamento precioso en la zona de Mayfair,

donde ya había vivido hacía unos años como au pair de una familia adinerada. El resto del equipo prefirió quedarse en un hotel del centro más turístico, pero a mí me gustaba la pequeña independencia de tener una casa "normal" para mi uso, y así poder hacer de comer libremente, que era uno de mis grandes pasatiempos. Era a ese apartamento donde había llegado la noche anterior, lanzado mi súper maletón a una esquina del amplio dormitorio y donde me había cenado una ensalada rápida del deli de la esquina. Hasta el fin de semana no podría hacer una compra propiamente dicha, debido al trabajo que se avecinaba en Vesta, pero el deli no estaba nada mal, pensé mientras tragaba la mezcla de rúcula, jamón de pato, queso de cabra y tomates cherry.

Me miré en el espejo antes de salir, satisfecha con lo que veía. Eficiente, discreta, profesional pero femenina. Me había llevado años aceptar que nunca sería una modelo de pasarela, pero sabiendo disimular mi bastante amplio pecho y mis pronunciadas curvas con ropas bien seleccionadas, resultaba bastante atractiva. Aquel día era el primero en la empresa nueva, por lo que la vestimenta *business formal* era la adecuada, pero decidí aderezarla con un lápiz de labios rojo pasión. Me calcé los zapatos de salón negros de tacón infinito y cogiendo el bolso y el abrigo me encaminé hacia la puerta.

No tardé demasiado en llegar a Vesta, desde mi casa podía llegar con un paseo de diez minutos. Las oficinas no eran muy grandes, ya que la fábrica y todo el departamento industrial se encontraba en las afueras de la ciudad, pero con todo eran unas cincuenta personas las que trabajaban allí. El edificio era antiguo pero bien conservado, aunque el interior era totalmente moderno y muy diáfano. Di mi nombre en recepción a una señora con traje de tweed y collar de perlas, la cual me pidió que esperase, ya que la reunión estaba concertada para las nueve y yo había llegado con diez minutos de antelación. Recibí varios whatsapps de Laura, que había llegado a las ocho con el resto del equipo para revisar toda la información con las anotaciones que les había hecho llegar el día anterior, y les dije que me reuniría con ellos una vez me hubiese visto con Patterson.

John vino a recogerme justo a las nueve en punto. Aunque ya le había conocido por videoconferencia, en persona resultaba más joven de lo que su pelo rubio canoso daba a entender. Me dio un apretón de manos vigoroso y amablemente me acompañó a su despacho, donde me sirvió un café y me hizo sentirme muy cómoda. Yo mientras tanto encendí mi tablet y fui buscando todos los archivos que quería discutir con él: los tiempos para realizar el trabajo, la gente de diferentes departamentos que necesitaba involucrar, las reuniones que íbamos a tener cada semana para ver cómo iba el trabajo y validar las conclusiones que íbamos obteniendo… Nada fuera de lo común, pero

aun así tenía algo de nervios: era un cliente importante, de alta facturación, y podía cambiar el futuro de nuestra empresa en un plis plas. Esperaba no fastidiarla con mi inglés, que aunque lo tenía entrenado para este tipo de reuniones no era mi idioma nativo, pero John hizo muy fácil el entendimiento entre ambos. Salí de la reunión con las ideas muy claras y quedé con él en ir a conocer al resto de personas que habíamos designado como apoyo al proyecto, en cuanto tuviese una mini-reunión con los míos para establecer los objetivos para esa semana.

Les habían asignado una sala muy agradable, decorada con imágenes de una de sus gamas de producto, los zumos de desayuno. Estaban todos ya metidos con la información de los focus groups[1] y me sonrieron cuando llegué.

—El sonido de tus tacones te delata —me dijo Joanna. Les dediqué un pequeño zapateado a lo Joaquín Cortés y me senté entre risas.

—Señores, info rápida —les conté lo que había acordado con John, y me dispuse a repartir las tareas. Había suficiente como para entretenernos bien durante la semana, y fijé una reunión para el jueves por la tarde para revisar en qué punto estábamos y consensuar las conclusiones iniciales.

—Si tenemos todo esto para esta semana, la que viene podemos hilar más fino y empezar a reunirnos con los diferentes departamentos para validar nuestras hipótesis.

Todos asintieron. Utilizamos media hora para resolver algunas dudas pero fueron bastante pocas. Ese equipo me había acompañado en los inicios de la empresa y todos tenían bastante claro lo que teníamos que hacer.

Me eché hacia detrás y pensé por enésima vez lo mucho que me gustaba mi trabajo. Era verdad que había parte que era muy tediosa, la parte de bucear en los números, pero para mí era como la búsqueda de un tesoro: detrás de datos que parecían pantanos, se encontraban hallazgos que hacían que de pronto todo tuviera sentido y pudiésemos encontrar la llave del arcón de monedas de oro. Sin perder el tiempo abrí la parte de datos que me tocaba analizar a mí, y estuve inmersa en ella hasta que un discreto toque en la puerta me hizo sobresaltarme. Era John, que venía a buscarme para conocer al resto del equipo de Vesta.

Tuve que aplicarme en las siguientes horas para quedarme con los nombres y sobre todo las caras de la gente: conocí a la jefa de inteligencia de mercado, Lorraine, al de Insights, Jamie, a la responsable de trade marketing, Carol, y a uno de los marketing managers, Derek. Se disculpó en nombre de su compañero Marcus, que estaba en una formación interna en Alemania, y en general por el departamento de marketing.

—Nuestra directora está de baja por maternidad —me comentó—, por lo que los que estamos intentando manejar el cotarro somos Marcus y yo.

—No te preocupes —le tranquilicé—, hasta la próxima semana no creo que empecemos a mostraros cosas, y mientras tanto lo que tú me cuentes será válido tanto para tu parte como para la de tu compañero, ¿verdad?

—Bueno…—titubeó—. Básicamente sí, pero hay unas diferencias sobre todo en mi parte que sí me gustaría que tuvieses claras.

—Ok —le dije—. Si quieres aprovechamos tú y yo para verlo cuanto antes, y cuando se incorpore tu compañero me reúno con él.

—Vale, lo convoco ya para el lunes por la mañana para que tengas hueco en su agenda desde este momento.

Tecleó rápidamente en su portátil y en nada me llegó la convocatoria por Outlook. La acepté sin mirar y acto seguido nos pusimos trabajar.

La semana transcurrió en los mismos términos: todo el día en Vesta, con un *break* cortito para ir a almorzar, y llegada al apartamento de noche muerta del cansancio. Estaba deseando que llegase el viernes y con él mis planes de fin de semana.

Pero el jueves los planes se torcieron al recibir un whatsapp de Miki.

Conejita, me tengo que quedar en Madrid el fin de semana. Hay movida y me han ordenado estar atento. ¡Lo siento!

Mis ánimos se fueron al piso. Había deseado poder pasar mi primer fin de semana en Londres con Miki, mi amante, amigo y amor platónico. Mi follamigo, para ser exactos. Con él tenía diversión y sexo salvaje asegurado, aparte de conversación inteligente y botellas de buen vino. Joder, pensé. Qué putada. Hacía dos semanas que no lo veía y su compañía era el plan perfecto. Me quedé algo planchada pero luego me obligué a confabular un plan B. Estaba en Londres, y aburrirme era lo último que quería ese fin de semana.

Me metí en internet, desplegué los favoritos y al momento encontré lo que buscaba: viernes noche, fiesta de disfraces en un local privado en Shoreditch. Perfecto. Me encantaba la zona y me encantaba la temática.

Miki había sido el que me había introducido en una red exclusiva para solteros a nivel europeo. Estaba conformada por gente de nuestros mismos intereses y semejante poder adquisitivo, por lo que los planes que se hacían solían corresponder a cosas que nos estimulaban. Había asistido a algunas fiestas en otras ciudades europeas donde también operaban, y nunca había salido decepcionada. Además recordé que tenía algunos contactos en Londres

que había conocido a través de la red, y decidí escribirles para preguntarles si iban a ir.

Magda Griffith-Jones me contestó sobre la marcha. Ella era abogada en un bufete importante en Londres, y su concepción de los fines de semana era bastante parecida a la mía. Habíamos hecho buenas migas en una fiesta en Berlín, y desde entonces nos escribíamos de vez en cuando para saber de nuestras respectivas vidas. Era una persona con un espíritu increíble, divertida al máximo y cuando entraba en un sitio desplegaba un magnetismo que sentían tanto hombres como mujeres. A mí me encantaba.

Quedamos en vernos por fuera del local a las nueve, y de paso le pregunté dónde podía conseguir algo para disfrazarme. Me pasó los contactos de algunas tiendas interesantes y cuando salí de trabajar decidí pasarme para buscar algo medianamente bonito.

Justo en la primera tienda encontré lo que buscaba: un disfraz de Maléfica, con su parafernalia de cuernos y vestido ceñido oscuro. También encontré unas pinturas para dar un tono verdoso a mi cara, purpurinas plateadas y unas pestañas postizas muy largas y espesas. Estaba ya en la cola de la caja cuando recibí un mensaje del grupo en el que advertía que todo el mundo debía llevar una máscara. Mierda, Maléfica con máscara no tenía ningún sentido. Devolví todo a su sitio con un bufido y me puse a buscar otra opción.

Revolviendo entre los diferentes disfraces encontré algo llamativo: una falda con vuelo tipo can-can, que quedaba perfecta con un corpiño que tenía y que por casualidad me había traído (sin duda para algún jueguecito con Miki). Unos guantes rojos, una máscara de pedrería con unas plumas en el entrecejo y un tocado con piedras brillantes eran los complementos perfectos para ir de bailarina del Moulin Rouge. Bueno, no era lo más que me apetecía después de haber tenido entre las manos el de Maléfica, pero serviría. Compré algún otro abalorio más y me di por satisfecha.

Salí de la tienda y paseé por el Soho sin ningún destino en particular. Me apetecía deambular fijándome en la gente y los músicos callejeros que hacían sus espectáculos a pesar del frío. Había muchos turistas, sin duda alentados por el puente de la Constitución, y en momentos pensé que estaba en Madrid, ya que oía hablar castellano por todos lados. Entré en un tailandés para cenar algo mientras leía mi Facebook, abandonado en los últimos días, y le envié una foto de mis adquisiciones a Miki, dejándole los dientes largos ante el planazo que tenía.

Tú te lo pierdes. Me voy de fiesta de disfraces y sé que viendo lo que he comprado lo único que te gustaría es quitármelo a mordiscos☺.

Su respuesta no se hizo esperar.

Cabrona. No lo dudes ni un momento. Voy a tener que perseguir

politicuchos en vez de disfrutarte.

Me reí. Era único para hacerte sentir deseada.

Curiosamente Miki había sido mi única "relación estable" en los últimos años. Teníamos un pacto silencioso de pasarlo bien juntos pero no preguntar jamás por otras personas. A nosotros nos funcionaba, no teníamos celos del tiempo que no nos veíamos y simplemente disfrutábamos de nuestra compañía cuando podíamos. Nunca creí que podría tener ese tipo de relación con un hombre, pero así era, aunque tenía claro que aquello se acabaría en cuanto alguno de los dos conociese a alguien que nos hiciese tilín. Algún día ocurriría, y probablemente la que lo iba a sufrir era yo, porque no era capaz de enamorarme aunque quisiera. Conocía gente constantemente, pero nunca me cuadraba nadie. Parecía que sí, pero luego nada. Las mariposas duraban hasta la segunda cita, y después se esfumaban. En cambio Miki había tenido algún amago, durante el cual no nos habíamos visto, pero luego volvíamos a retomar nuestra relación. Mis amigas flipaban con lo nuestro, no creían posible que aquello funcionase. No les cabía en la cabeza que realmente no sintiésemos celos del tiempo que no pasábamos juntos, y que no quisiésemos saber más que lo que el otro estaba dispuesto a contar. Yo no lo pensaba demasiado, porque justamente lo bueno de nuestro lío era que no le dábamos vueltas a las cosas. Lo pasábamos bien y punto.

Me estremecí un poco recordando su sonrisa pícara y su cuerpo de gladiador. No me permití echarlo de menos, pero sí es verdad que mi plan de hacer una súper cena para los dos el sábado se me había venido abajo. Tendría que cocinar para mí sola, aunque no sería la primera vez y tampoco era algo que me disgustase. El ritual de preparar algo delicioso me relajaba y me hacía desconectar. Eso unido a un buen libro y una botellita de vino no estaba mal para el sábado, además seguro lo necesitaría después de la fiesta del viernes. Mi primera toma de contacto con Londres desde hacía años. Si hubiese sido un gato, me habría estado relamiendo de antemano. Me reí por lo bajo y me fui a casa, disfrutando del paseo bajo la nieve.

2. COMPAÑÍAS INESPERADAS

El viernes por la tarde estaba en casa dispuesta a hacerme un buen plato de pasta, cuando tocaron a la puerta de forma tímida. Me extrañé, porque no conocía a nadie allí, y abrí con cautela. Unos enormes ojos azules me pestañearon con coquetería, y de pronto vi en mis brazos un ramo de flores:

—Creo que eso es para ti, *deary* —la voz bien timbrada parecía no pertenecer a la viejecilla, y le quitaba muchos años de encima—. Esta tarde vino un mensajero, y como yo justamente entraba a mi casa lo recogí por ti.

Hizo un gesto con la larga y estilizada mano hacia la puerta que estaba al lado de la mía.

—Muchas gracias —le dije y esbocé una sonrisa. La señora estaba observándome con curiosidad y me dedicó una sonrisa traviesa.

—Soy Mrs. Hillier, pero puedes llamarme Maeve —anunció y me tendió la mano—. Si necesitas cualquier cosa estoy aquí al lado. Suelo salir durante el día pero por las noches siempre estoy en casa, así que si te aburres no dudes en avisarme.

Volví a sonreírle cortésmente. No creía que la compañía de una doña fuese lo más estimulante para mis noches, pero no quería ser grosera.

—Gracias de nuevo. Yo soy Vera.

—Buen nombre para alguien como tú —dijo, con un aspaviento. No hizo caso de mi expresión sorprendida y acarició las flores—. Y buena elección de flores. El que te las envía te conoce bien.

Olisqueó el ambiente y surgió un brillo en sus ojos:

—Veo que te gusta cocinar, huele riquísimo. No te quito más tiempo, supongo que si no se te va a pasar la pasta.

Me sonrió y se metió en su casa, dejándome como una tonta de pie frente a mi puerta. Qué mujer más extraña, pensé. Era como si supiese cosas de mí que ni yo misma sabía. Intrigante, como poco. Miré las flores y entré. Miki sabía cómo halagarme. Me había enviado un ramo de frangipanis (no sé cómo las habría conseguido, pero ahí estaban), y una tarjeta con sus disculpas. Le escribí dándole las gracias y puse las flores en un florero que estaba vacío junto a la ventana.

No tenía mucho tiempo, pero aun así saboreé la pasta con tranquilidad. Me encantaban las pastas más bien secas, sin demasiada salsa, y esa vez me había preparado unos linguini negros con langostinos, ajo y guindilla salteada, todo aderezado con un chorrete de aceite de oliva virgen. El picante era perfecto para acompañarlo con un par de vasos de vino blanco helado, lo cual me hizo meterme

un poco en el *mood* festivo. Al terminar dejé el plato en el fregadero sin más y me fui a vestir, porque ahora sí iba con un poco de prisa.

Qué va, pensé cuando vi cómo me quedaba el corpiño. Por muy de noche que fuese y que nadie me conociese, tener las pechugas así de sobresalientes y expuestas no era lo mío realmente. Solté un taco mientras rebuscaba entre mi equipaje a ver si encontraba algo para cubrir tanta carne al aire. No me lo pude creer cuando junto a la ropa interior encontré un body de tul transparente con lunares negros y de manga larga. A saber qué estaría pensando al traerme aquello, pero sin duda era la mejor solución para el escote de mi corpiño.

Una vez vestida me maquillé, preparé el bolsito y al consultar el reloj vi que tenía que llamar al taxi. Desde Mayfair a Shoreditch tardaría un buen rato, por lo que me puse en marcha para estar allí en punto. Cogí mi máscara para ponérmela antes de entrar, me cubrí con un abrigo negro hasta las rodillas y me lancé a la calle.

En la puerta del local, ya con la máscara puesta, estaba Magda esperándome. La reconocí por su rubia melena salvaje, que llevaba extremadamente cardada para que conjuntase con su disfraz de años sesenta. Levantó la mano al verme y nos abrazamos con afecto.

—¡Qué bueno volver a verte! —me dijo en su inglés de acento aristocrático—. Esta noche lo vamos a pasar pipa, ya verás. La fiesta tiene una pinta de escándalo.

—Cuéntame un poco —le dije—. No he podido ver nada de lo que hay colgado en la página, he estado súper liada.

—Ya lo verás —dijo con una sonrisa—. Entremos, que me muero por una copa.

Pasé el móvil por el escáner para comprobar que había pagado la astronómica suma de la entrada, mientras el portero le echaba una mirada descarada a mi escote. Me dio una bolsita plateada igual a la que tenía Magda entre manos y nos envió a la puerta con un *"have fun"*. Cruzamos dos pesadas cortinas de color burdeos a lo puticlub y de pronto entramos en un mundo de fantasía.

Me tuve que parar para absorber la magia del enorme local que me golpeó con toda su fuerza. En mi vida había estado en algo tan bien montado, pensé. Parecía que nos habían transportado al planeta de Avatar, lo cual comprobé al ver a los camareros caracterizados de criaturas azules. Eso sí, casi desnudos y con un minúsculo taparrabos para ellos, y con un bodypainting casi total para ellas. En el centro de la estancia habían recreado el árbol mágico de la película, cuyo tronco era una barra redonda. A los lados veía fuentes y riachuelos de lo que creía que era champán, al juzgar las copas que estaban dispuestas a su lado, y por doquier crecían plantas imaginarias que parecían estar hechas de dulces y gominolas. A mi lado ondeaba una anémona, más allá un bancal de flores carnívoras, las hiedras se enroscaban por las

paredes y el techo estaba estrellado, menos en una zona que emulaba un amanecer. Había varias barras, especializadas en diferentes bebidas como cócteles, gin tonics, tequila… Aquélla era una fiesta de nivel, me dije y tiré de Magda hacia delante. Ella también se había quedado petrificada ante el espectáculo que se abría ante nuestros ojos, y le tuve que recordar esa copa que ansiaba tomarse.

Ya había bastante gente, la mayoría bailando en la pista al ritmo de un temazo de Rihanna, todos enmascarados y llenos de purpurina. Cómo me recordaba aquello a los carnavales de mi isla, pensé y de pronto me subió la adrenalina y el buen rollo a todas terminaciones nerviosas de mi cuerpo. Aquella iba a ser una gran noche, estaba segura.

En lo que nos pedíamos una copa abrimos la bolsita que nos habían dado y con curiosidad sacamos lo que había dentro: una pizarra con una cadena para colgarla al cuello y unos rotuladores que cuando pintamos sobre la pizarra, vimos que dejaban un rastro fluorescente perfecto para ser legible en el ambiente de la discoteca.

—¡Ja ja! —se rio Magda—. Nos han dado esto para que nos comuniquemos con los demás. ¡Qué divertido!

—Me encanta —dije y me lo colgué, lo cual hacía que mi generoso escote quedase algo más encubierto.

La bobería de la pizarrita fue el exitazo de la noche, y a medida que iban pasando las horas y las copas, las burradas que escribíamos iban in crescendo. Entre las copas de champán que pescábamos de la fuente, los rones añejos que servían en la barra pirata y la música, que iba alternando temas actuales con ochenteros y alguna bachata o merengue que sacaban chispas de mis tacones, la noche iba camino de ser de las memorables. Había perdido a Magda pero en aquella fiesta (y en general en las que organizaba este club selecto) todo el mundo hablaba entre sí, se perdían todas las vergüenzas y timideces y la diversión era lo que primaba. Yo acababa de estar con un grupo de mexicanos a los cuales había fastidiado su mascota (un tomate al que no me dio ningún reparo morder), cuando sonó “Celebration” de Madonna y me lancé a bailar yo sola, solo sintiendo la música y sonriendo a nadie en particular. La copa se me había acabado, pero esperé a que terminase la canción para dejarla en un tronco de árbol que servía de bandeja recoge vasos y levanté la vista para ver si había copas de champán nuevas al lado de uno de los riachuelos. Perfecto, justo habían repuesto. Me dirigí hacia allí y estaba intentando atinar a meter la copa bajo uno de los chorros cuando noté algo enfrente de mí que refulgía. Una pizarrita, cómo no.

So hot, ponía. Colgaba del cuello de un tío vestido de verde de pies a cabeza y que estaba en semi sombra, por lo que no le veía bien la cara. Enarqué las cejas y escribí en la mía “*so predictable*”. No sé si se

rio o no, pero en lo que me llevaba la copa a los labios me escribió *"so Jessica"*. Casi me atraganto de la sorpresa y el desconocido ganó puntos de inmediato. Por lo menos era creativo y había visto Roger Rabbit. Le respondí *"me dibujaron así"* y ahora fuimos los dos lo que sonreímos. Nos acercamos mutuamente y tuve que reprimir una risa:

—Mr. E. Nigma, supongo —le dije mientras paseaba la vista por su cuerpo enfundado en mallas y la peluca roja y corta. La verdad es que no tenía nada que ver con el ser afeminado al que interpretaba Jim Carrey en la peli de Batman. Este Nigma tenía un cuerpo entrenado y más allá de lo apetecible, bastante en línea con lo que me gustaba. Le miré a la cara y me sonrió. Tenía unos ojos extraños, color ámbar, y creí adivinar unos contornos algo rasgados a pesar de ser grandes y de pestañas tupidas, de puntas levantadas como si se hubiese aplicado un rizador.

—El mismo —replicó con gesto divertido—. Lo tuyo es un poco más genérico, ¿no? ¿Miss Can Can? ¿Mademoiselle Moulin?

—Satine, por favor —le tendí la mano. Esa costumbre guiri era tan fría que nunca me acostumbraba a ella y por ello nunca me salía natural.

—Por supuesto —me hizo una reverencia con nuestras manos aún unidas y me besó el dorso—. ¿Dónde dejaste el elefante?

—Se fue a su propia fiesta de elefantes, pero venía a recogerme a las doce.

—Y eso que no vas de Cenicienta…

—No, pero los zapatos no creo que los aguante hasta mucho más tarde —le dije haciendo un gesto hacia mis taconazos.

—Pues eso es una pena —dijo y miró a su alrededor—. Déjame ver qué puedo hacer para que no te vayas en la calabaza.

Al pasar un camarero le señaló a los pies, le dijo algo y luego se volvió hacia mí con cara de satisfecho.

—Creo que conseguiré que te quedes, pero hasta que no tenga en mis manos lo que necesito no te lo podré asegurar.

—Me intrigas —le dije—. ¿No me vas a dar ninguna pista?

—Solo que bailes hasta que te quedes sin pies, y luego ya veremos.

Me reí y me acabé la copa de champán. Sus ojos se posaron en mis labios y le miré con socarronería.

—Nos hace falta una copa. ¿Qué te apetece? —me pasó el brazo por encima y empezó a disertar—. Puedo prepararte un cóctel de frambuesa que te chuparías los dedos, pero algo me dice que eres una chica más dura, a pesar de tu rollo Jessica Rabbit. ¿Quizá un tequila con naranja y canela, o un ron flambeé?

—Creo que seguiré con el ron —le dije y me dejé llevar hacia la barra pirata. Aquel tío conocía bien el sitio, porque se sabía el nombre de los camareros y estos hacían todo lo que él pedía. Se movía con

seguridad pero sin altanería, y su forma de ser rezumaba buen humor. Repentinamente habíamos entrado en sintonía, y eso era lo menos que había esperado encontrar esa noche. ¿Cachondeo? Sí. ¿Excitación y rozamientos varios? Por supuesto. ¿Folleteo salvaje? Probablemente. Pero no esa sensación de buen rollo acompañada de atracción que en tres segundos me había inspirado ese tío. Si ni siquiera le he visto la cara, pensé. Pero la promesa de su mirada franca, su ancha mandíbula y boca pequeña pero de labios llenos y traviesos me decía que ahí debajo había algo interesante.

—Me encanta este tema —le dije cuando sonó una de Maroon 5 y tiré de su brazo—. ¡Vamos!

No puedo describir lo bien que me lo pasé bailando con aquel desconocido. Teníamos el mismo (o poco) sentido del ridículo, por lo que estuvimos haciendo el tonto con todas las canciones que sonaban. Hacía muchísimo tiempo que no me reía tanto, a lo cual contribuían también los rones que mi acompañante me iba trayendo. De pronto me excluí voluntariamente de todo el resto de gente que hubiera podido conocer, y me dediqué a disfrutar de aquella espontánea relación erótico-festiva.

Repentinamente la música cambió totalmente y del rollo discotequero pasamos a unos acordes que conocía de toda la vida.

—¡Celia! —exclamé, sorprendidísima. No podía creer que en medio del barrio más cool de Londres iba a escuchar una de las canciones de salsa que había bailado toda mi vida. Él no me escuchó, pero vi que el cambio de canción también le había motivado. Me cogió por la cintura y empezamos a bailar, totalmente compenetrados, como si lo hubiésemos hecho toda la vida. Bailaba salsa fabulosamente. Yo había estado yendo a clases durante unos años y lo disfrutaba mucho en mi entorno de las clases, pero en la vida real era complicado encontrar a alguien que bailase así de bien.

Congregamos a un grupo de curiosos jaleándonos mientras sonaba la música, y cuando acabamos con una floritura nos dedicaron un aplauso. Él me soltó lentamente y nos quedamos mirándonos, muy cerca el uno del otro. Empezó a sonreír de una forma tan íntima que me quedé sin aire, pero en eso alguien me empujó, porque estaba sonando "Dancing queen", y la gente se estaba exaltando. Aquello rompió el momento y empezamos a bailar, recuperando la camaradería inicial, que era exactamente lo que no quería perder. Un polvo lo podía tener cuando quisiera, pero ese buen rollo no.

A las dos de la mañana mis pies dijeron basta y se rebelaron contra mis tacones. Tuve que sentarme y entonces desapareció, prometiéndome que volvería en unos segundos. No me lo pude creer cuando llegó con un par de bailarinas negras en sus manos.

—¿De dónde coño has sacado eso? —le pregunté, estupefacta, y me

hizo un gesto de divertida superioridad.

—Uno, que tiene sus contactos.

Luego me explicó que había estado en una fiesta temática en ese mismo local hacía unas semanas, y que al final de la noche repartieron bailarinas para todas las chicas.

—Sobraron unos cuantos pares y como aquí me conocen pude conseguir unas.

—Eres un tío importante, a que sí —me reí y él me acompañó.

—¡Qué va! Pero suelo conocer a bastante gente y eso viene bien en situaciones como ésta.

—Ni que lo digas —me levanté, con los pies llorando del alivio. Miré mis taconazos con pena—. Qué putada, no sé dónde ponerlos ahora. No me caben en el bolso…

—¿No estarás pensando en irte, verdad? —por un momento vi duda en sus ojos, pero desapareció rápidamente—. Tengo un plan alternativo para ti, y para eso necesitaba que tus pies descansasen un poquito.

—Mmm, me gusta eso. Me dejo llevar… mientras me prometas que va a ser divertido.

—Lo será, ya verás —me prometió y me cogió de la mano. Rescatamos nuestros abrigos del ropero y salimos a la fría noche, cuya temperatura bajó considerablemente para mí cuando vi que nos dirigíamos a una moto. Sí, un pedazo de moto, pero a un grado bajo cero no era lo que más me apetecía.

—¿Estás seguro de que…? —empecé, pero me cogió los zapatos de la mano y los guardó en un compartimento de la moto. Luego se subió y me indicó que le acompañase. Mordí los dientes y me subí. A ver si ahora un pelín de frío me iba a joder la diversión. Me agarré a él y noté cómo poco a poco el calor de su cuerpo iba llegando al mío.

—Por dios, pareces una estufa —le dije mientras arrancaba. Le oí reír bajo el casco y murmurar algo que no escuché. Cerré los ojos y dejé que me llevase.

El trayecto no duró mucho, y pronto nos encontrábamos aparcando en una zona muy animada donde uno de cada dos locales era un bar, un pub o una discoteca. Me llevó hasta un cartel iluminado que ponía “Paradiso” y saludó al portero, que nos miró con suspicacia.

—Porque eres tú, porque si no, no te dejaría entrar en mi local con esas pintas —le dijo, dándole una palmada en la espalda intentando quitar hierro al asunto. Nos miré: pues claro, entre que uno parecía un marciano con esa malla verde, yo que podía presumir de pendón cabaretero, y que ambos nos tapábamos con máscaras, no debíamos parecer muy de fiar.

Oí música desde el interior, y eso disipó alguna duda que pudiese tener. No creía que me fuera a meter en un rollo sórdido, así que no

ofrecí resistencia cuando entramos por la puerta para dentro.

—Oh dios mío —atiné a decir, cuando el club de salsa de estilo decadente se abrió ante mí. Aquello me recordó a las películas americanas en las que la protagonista se lleva al chico al club de salsa para enseñarle a bailar, solo que esta vez y en mi película íbamos los dos a disfrutar. Me volví hacia él y seguro que mis ojos brillaban porque su sonrisa chisporroteó como una bengala.

—Nunca había estado en un club tan chulo —le dije mientras me llevaba a la pista—. Es increíble, ¡me encanta!

—Después de verte bailar en la fiesta supe que tenía que traerte aquí —me dijo y acto seguido me metió en el mogollón que hacía todo tipo de versiones de pasos, cada cual más espectacular. Yo no llegaba a esos niveles, pero Nigma me llevaba con maestría y creo que di lo mejor de mí en esas horas. Bailé con otros hombres y él con otras mujeres, pero al final acabábamos juntos, tal era nuestra compenetración y sintonía. No podía negarlo: me tenía excitada, por supuesto, pero estaba bailando por el simple disfrute de bailar. No para llevármelo a la cama, ni para ponerlo cachondo, ni esas mil cosas que hacemos las mujeres al bailar con un hombre atractivo. Quizá era porque él en todo momento estaba siendo súper correcto a pesar de manosearme de arriba abajo en alguna canción, cuando nos pusimos un poco más sucios y sensuales.

A las cinco de la mañana había reventado mis pies y le pedí un tiempo muerto.

—Vamos a beber algo —le dije, acalorada por el maratón que nos habíamos pegado—. Estoy hecha polvo, necesitaría un poco de pausa.

—¿Quieres irte ya? —me preguntó al pasarme una botella de agua y tomarse él una cerveza. Lo pensé un momento y supe que sí: seguir allí me cansaría más y terminaría de fastidiar lo que estaba siendo una noche perfecta.

—Creo que sí, o por lo menos a un sitio más tranquilo. ¿No tienes hambre?

—Pues ahora que lo dices me comería un caballo. Vamos, conozco un sitio perfecto.

Algo en su voz me alertó y ronroneé:

—Tu casa, ¿no?

Dejó la cerveza en la barra y me miró directamente a los ojos:

—Sí. Preferiría ir a mi casa, donde podemos estar más a gusto y donde da la casualidad que tengo todos los ingredientes para hacer unos sándwiches cojonudos.

Me cogió de la barbilla y se me acercó mucho:

—Me lo estoy pasando de miedo esta noche. No quiero cagarla con lo de siempre, ¿de acuerdo?

Solo pude asentir con una sonrisa. Ese tío se había leído el manual

de cabo a rabo, estaba clarísimo.

No tengo ni idea cómo llegamos a su casa, de ese trayecto tengo lagunas mentales indudablemente debidas a todo lo que había bebido esa noche, pero sí recuerdo perfectamente la impresión que me llevé con su loft masculino pero a la vez acogedor. Tenía una cocina práctica, de tipo industrial, que decidí inspeccionar sin pudor.

—Tienes la cocina bastante llena para ser un soltero —le dije, y se rio.

—Ya te dije que para unos sándwiches tenía.

—Yo creo que para algo más —comenté, mientras cerraba la nevera.

Le vi preparar nuestro desayuno con agilidad y de pronto la situación de verlo cocinar con aquella ridícula máscara me dio risa.

—¿No nos vamos a quitar estas máscaras nunca? —le dije, haciendo el gesto de hacerlo, pero me paró.

—No, déjatela… Conservemos el misterio un poco más.

De pronto una imagen de él encima de mí en la cama con la máscara puesta no me pareció ridícula para nada, y tuve que desviar la vista. Supongo que me sonrojé porque noté que él me dedicaba una mirada larga antes de tenderme el plato con el sándwich.

—¿De beber?

—Coca Cola light, si tienes.

Me destapó una lata y nos sentamos en su amplio y cómodo sofá, devorando los sándwiches.

—No es por nada pero esto estaba riquísimo —le dije—. El detalle de ponerle unas gotas de pesto al pavo asado ha estado genial.

—¿Te gusta la cocina, no? Vi cómo te fijabas en todos los detalles de la mía.

—Culpable —levanté la mano—. Me relaja mucho. Aprendí muy de niña con mi abuela y luego fui perfeccionando mi estilo con el tiempo.

—¿Y te da tiempo durante la semana?

—Normalmente no, suelo cocinar los findes. A veces para amigos, a veces para mí sola.

—¿Y qué más haces los fines de semana aparte de trinchar pavos y hacer vinagretas?

—Voy a fiestas de disfraces a conocer gente —le sonreí, mientras él ponía los ojos en blanco—. No, en serio: cuando viajo al extranjero suelo contactar con la red y ver si hay algo interesante, pero cuando estoy en casa tengo mis propios círculos.

—¿Puedo preguntarte dónde vives?

Enarqué las cejas.

—¿Aquí o en mi país?

—Donde me quieras contar.

—Creo que no te voy a desvelar ninguno de los dos sitios —le dije, entornando los ojos, misteriosa—. Que luego vas a acosarme, a llorar

detrás de mi puerta y a inundarme la casa de flores, y qué haríamos entonces.

Se rio, pero entendió mi negativa. No estamos en esa fase todavía, le estaba diciendo. No te tomes confianzas.

—Cuéntame algo divertido que te haya pasado últimamente —le pedí. Se recostó hacia detrás, pensando, y yo aproveché para acurrucarme en mi punta del sofá. Su cara se iluminó.

—Te voy a contar la odisea que me pasó con unos amigos en Camboya.

—Me encantaría ir a Camboya —le dije, algo soñolienta. Le miré y empezó a deshilvanar una historia digna de "Resacón en las Vegas", pero más de andar por casa. No había tigres ni famosos ex-boxeadores, pero me entretuvo y me reí hasta el momento en el que no me di cuenta y me quedé profundamente dormida. Ni me enteré que en algún momento alguien me puso una manta encima y me quitó los zapatos.

Un rayo de sol bastante impertinente me despertó, aparte de una desagradable sequedad en el paladar. Abrí los ojos, molesta por algo que tenía sobre la cara, y entonces me di cuenta de que no estaba en casa, y que tenía una máscara puesta. Me levanté, sobresaltada, y toda la noche anterior cayó ante mí con todo su peso. A ver, querida, me dije. Estás en casa de Nigma, en su sofá, con toda tu ropa puesta menos los zapatos. En principio no hemos follado, ni lo hemos intentado tampoco. Así que está todo correcto.

Silenciosamente me levanté y caminé hacia lo que veía que era el borde de una cama. Mi Nigma estaba totalmente sopa, durmiendo boca abajo con la malla enrollada en la cintura. Admiré por un momento sus amplias espaldas, bien cinceladas y de un bronceado precioso, y me retiré con el mismo sigilo.

Tengo que coger mis cosas e irme, pensé. No quiero que se despierte y romper la magia que hemos tenido hasta ahora. Recopilé mis cosas y justo antes de irme me dije que aquella noche se merecía que no me fuese sin decir nada. Fui al baño y con mi pintura de labios roja le escribí en el espejo *"See U at the next party. Xxx."*

Si nuestra amistad estaba para darse, nos volveríamos a ver, pensé. Y teniendo el club por medio, sería fácil. Me fui de allí con una sonrisa, que me duró hasta que llegué a casa.

3. INCREÍBLE, PERO CIERTO

Fiel a mi costumbre, después de la fiesta de disfraces dormí unas pocas horas pero por la tarde decidí ir a dar un paseo. No fue la mejor de las ideas, porque a las cuatro ya era de noche y no tenía ganas de deambular mucho, así que me metí en un supermercado y compré ingredientes para hacerme algo rico de cenar. No me compliqué demasiado, mi cuerpo necesitaba calorías así que me llevé un estupendo entrecot que acompañaría con papas panaderas y verduras guisadas con un chorrito de aceite de romero. Me compré una botella de vino tinto argentino y, por si me fuera a quedar con hambre, una tarrina pequeña de Häagen Dasz.

Con mi cargamento me fui a casa y pasé la tarde degustando mi estupenda merienda-cena, leyendo la nueva novela de Elizabeth George. Esa noche dormí como un tronco y eso me dio pie a pasar todo el domingo de turisteo con las niñas y niños de mi equipo, acabando con una cena en un pub típico en la zona de Covent Garden.

No pude evitar acordarme varias veces de Nigma. Había sido una noche especial y en gran parte se la debía a él. Aparte de su gran atractivo físico y su forma de halagarme tan sutil, me había cautivado su buen humor y espíritu aventurero, capaz de seguirme en cualquier cosa que se me ocurriese.

Y además estaba el hecho de que claramente había liderado la noche. Estaba tan cansada de ser la líder en mi trabajo, que me encantaba cuando de vez en cuando alguien tomaba ese rol por mí. Sí, lo sé, suena fatal, pero creo que no es cuestión de sexos, es cuestión de individuos y de roles. ¿A quién no le gusta aflojar un poco de vez en cuando y que le cuiden, o que tomen decisiones por él? A mí me pasaba pocas veces y por eso me había gustado. Lo curioso era que no lo había hecho ostentosamente, sino de una forma muy natural, como si fuera algo inherente a él.

Todo esto hizo que en cuanto llegase a casa y estuviese duchada y en pijama, consultase la web del club para ver si ya había algo organizado para el siguiente fin de semana. Mierda, me dije. Todavía no había nada concreto. Solo ponía que en Londres en dos fines de semana habría una actividad outdoor que se haría dependiendo del número de personas que se apuntasen. Pero para el fin de semana siguiente, nada.

Le escribí a Magda, que solía frecuentar las actividades del grupo, y tampoco sabía nada. Muy en el fondo me había quedado chafada: había pensado que ver a Nigma iba a ser mucho más fácil. Me fui a dormir un poco mortificada pero luego decidí que debía desterrar esas

boberías de mi mente. Como me había dicho por la mañana, si nos teníamos que ver así sería. No me cabía la menor duda.

Al día siguiente me preparé como siempre y al consultar la agenda me di cuenta de que tenía una reunión con el tal Marcus, el marketing manager de marcas masivas, las de mayor volumen. Era a las nueve, por lo que debía darme prisa. Me embutí en un vestido gris de manga larga y cuello barco, con medias con costuras para estilizar, y tacones negros. Me miré la cara: bien, estaba fresca y sin demasiadas ojeras. Me ahumé un poco los ojos, me puse colorete rosa y me pinté los labios de rosa pálido. Un poco de perfume y listo. Discreta y eficiente pero cuidada, era mi lema. El pelo recogido en una coleta baja y un reloj caro pero sencillo. Eso daba buena impresión. Cogí mi bolso con la tablet y me fui a Vesta a paso ligero.

Tenía la reunión en una de las salas, la más pequeña de todas. No esperaba estar con el tal Marcus más de dos horas, si conseguía tener claras sus dudas y peticiones. Llegué antes que él y me entretuve hablando con John en la puerta de la sala, hasta que Marcus llegó.

Mi primera reacción fue de una cordial sonrisa, pero el encontrarme con su cara me dejó momentáneamente sin habla. Esos ojos como diamantes los conocía yo, y de hacía muchos años. El pasado me inundó como un océano de recuerdos, y sentí ganas de boquear.

—Marcus, te presento a la líder del equipo de segmentación, Vera Briones. Vera, éste es Marcus Norén.

El reculó imperceptiblemente, como se hubiese dado de bruces con un cristal, pero rápidamente una sonrisa impersonal acudió a sus labios.

—Encantado, miss Briones —pronunció mi apellido a lo guiri. *Cuando sabes perfectamente cómo pronunciarlo*, pensé, furiosa. Dije algo sin importancia y entré en la sala, despidiéndome de John.

Cerré la puerta y le miré. Él respondió a mi mirada y nos quedamos completamente bloqueados. No podía desentrañar lo que pasaba por sus ojos, eran absolutamente herméticos. Pasaron un segundo, dos, pero no fui capaz de desviar la vista hasta que él parpadeó, desconcertado. Me di un sopapo mental obligándome a reaccionar y así poder minimizar esa brutal tensión que se había originado entre nosotros.

—Marcus, cuánto tiempo… —el aire no me llegaba y me tuve que callar, molesta conmigo misma. Parecía la quinceañera que, en su momento, le había conocido. ¿Dónde había quedado mi seguridad a la hora de manejar las situaciones más complicadas? Encima le había hablado en castellano, y creo que lo interpretó como una señal esperanzadora, porque se movió hacia mí, como un felino. Yo di un paso instintivamente hacia otro lado, mientras pensaba en que hacía una eternidad desde la última vez que nos habíamos visto. Y de qué

manera había sido, pensé. Intenté bloquear los dolorosos recuerdos y le miré fríamente, esperando una respuesta:

—Demasiado... Nunca imaginé volver a verte, aunque sí que…

Se calló, cortando abruptamente la frase, y yo tampoco fui capaz de decir nada. El corazón me estaba latiendo a mil por hora y notaba cómo se me calentaba la cara violentamente. Nunca, ni en mis más salvajes imaginaciones, hubiera pensado volver a toparme con Marcus y menos fuera de la isla. Tragué un enorme nudo con esfuerzo y decidí que tenía que ser adulta, no podía dejarme llevar por aquella avalancha de emociones, pero él se me adelantó:

—No sé muy bien qué decirte, Vera, no me esperaba esto para nada y ahora mismo estoy totalmente descolocado, pero ¿me creerías si te digo que me alegro muchísimo de verte? —y me sonrió de una forma que me evocó miles de recuerdos. A pesar de mis reticencias no pude hacer otra cosa sino responderle, aunque no fui capaz de mirarle a los ojos:

—Decir que esto es algo inesperado es quedarse corto…

Cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro y volvió a mirarme, esta vez sin sonreír.

—Nunca más volvimos a vernos después de todo aquello. Inesperado no creo que sea la palabra.

Dejé de respirar momentáneamente al escucharle, no pensé que sería tan directo así, a la primera de cambio. Desvié la mirada pero noté cómo se pasaba la mano por su pelo corto, como buscando las palabras que faltaban entre nosotros. Suspirando se apoyó en la mesa ante mí, acercándose demasiado:

—No sé muy bien cómo reaccionar, la verdad, ahora mismo no soy capaz de hacerlo de una forma del todo racional. Esto es muy raro, Vera.

Noté cómo escudriñaba mi cara y tuve que obligarme a mirarle, lo cual fue un craso error. Dios, seguía siendo increíblemente atractivo, con esa belleza que era un compendio de rasgos guapos con otros que no lo eran tanto, pero que en conjunto hacían que no pudieses quitarle la vista de encima. Los ojos de hielo, la sonrisa ladeada y canalla, la mandíbula masculina y las arruguillas que se le hacían a los lados de los ojos al reír. Tan conocido pero a la vez tan extraño. Noté cómo seguía sofocada, y fue el rubor delator de mi cara el que creo que le hizo sonreír levemente:

—Supuestamente tenemos dos horas para trabajar, quizá debamos centrarnos en eso —siguió hablando sin apartar su mirada de la mía —. Y luego ya vemos lo que hacemos con esta… situación.

Asentí a medias, apartándome. No me gustaba estar tan cerca de él, en realidad no me gustaba que nadie se me acercase mucho. Tenía en mucha estima mi espacio vital. Disimulé y me puse de espaldas a la

ventana.

—No te preocupes —le dije—. Ha sido el shock de verte después de tanto tiempo. Debo decir que los años te sientan muy bien, Norén —le eché una sonrisa que creí divertida para distender el ambiente. Él también sonrió y de pronto vi que controlaba la situación. Fue como un cambio en el aire de la habitación.

—Tú en cambio te has puesto muy fea, no puedo ni mirarte de lo horrorosa que estás —y me echó esa sonrisa socarrona que se me antojó muy conocida. De esas que te desarman y a las que en otras culturas dedicarían altares llenos de ofrendas.

—Veo que sigues siendo un adulón —le dije, riéndome y mirándole a los ojos. Dios mío, qué ojos. No me acordaba de ese tono entre gris, verde claro y hielo, que hacía que fueran como joyas. Sin pensarlo le puse la mano en el pecho y le empujé hacia atrás. Qué familiar me resultó ese gesto a pesar de los años…

—Venga, que tenemos que currar. Veamos todo lo que tenemos entre manos y dejémonos de temas personales, que ya habrá tiempo para eso.

—Ahora empiezo a recordar lo mandona que eras. Veo que eso no ha cambiado —me dijo, y tuve que sonreír. No me iba a poner fácil el concentrarme.

Intenté hacerlo, pero en cada palabra que nos decíamos y dato que yo iba apuntando, notaba esa familiaridad que tienes con alguien con quien has compartido algo importante. Esa familiaridad no se pierde con el tiempo, y hace que el estar junto a esa persona sea más fácil que con cualquier otra, a pesar de que hayan pasado años. Bueno, fácil o difícil, de repente no lo tenía tan claro.

Evoqué mi personaje más eficiente y profesional que pude, y sé que él también, pero tengo claro que esa reunión fue complicada de llevar. Todo lo que veía despertaba recuerdos: los olores (¿cómo podía ser que me oliese igual que antes? ¿y que mi nariz todavía reconociese ese olor?), los gestos conocidos y a la vez desconocidos, sus manos largas, de gestos precisos y masculinos, la forma de rascarse la nuca cuando buscaba una palabra, esa forma de mirarte concentrado como si lo que estuvieses diciendo fuera a cambiar el destino del mundo…Creo que nos sentimos aliviados cuando terminó, y nos despedimos con las consabidas fórmulas corteses de quedar para tomar un café o una cerveza después de trabajar, ponernos el día y *so on*.

Pero realmente no tuvimos tiempo para eso. O eso quiero creer. Yo estuve liadísima toda la semana y si queréis saber la verdad, quizá también me escabullí a casa a la zorruna para no encontrarme con Marcus. El verle había removido muchos recuerdos en mi interior, y los menos eran relacionados con él. De hecho la inquina que le tenía no se debía a que hubiésemos echado un polvo y nunca más quisiera

saber de mí, sino la traición que eso conllevó a la persona que más había querido en mi vida. Que nunca lo supo, realmente. O sí, nunca sabría la respuesta a esa pregunta. Suspiré. La culpabilidad de aquello me había perseguido toda la vida, y el que no tuviese suerte en mis relaciones consideraba que era un justo pago por ello.

El jueves, justo cuando estaba abandonando el despacho de John tras contarle nuestros avances, no pude escabullirme. Marcus venía a hablar de algo con John y me lo tropecé en el pasillo. Se paró frente mí y me paralizó con su mirada:

—No te he visto en toda la semana, ¿dónde te has metido?

—Esto tampoco es tan grande, si hubieras querido encontrarme no era tan difícil —le solté, un poco molesta. ¿Qué se había creído?

Mi reacción le hizo gracia:

—Lo siento, es verdad. Yo también he estado de reuniones hasta arriba. Estamos cerrando los planes anuales y al no estar mi jefa ya sabes, nos toca estar en todos los foros.

Cambió de pie y de tema.

—¿Te apetecería vernos fuera de la ofi? ¿O sería raro?

Me miró y de pronto vi al chico de diecisiete años que había conocido antaño. Me ablandé.

—Un poco raro sí puede ser. Hace demasiado tiempo que no nos vemos. Quizá nos sintamos incómodos.

—¿Por qué no te vienes a la fiesta de navidad de la empresa? Es el viernes, y no tengo acompañante. Así será menos… incómodo, o como lo quieras llamar.

La invitación me sorprendió y por un momento no supe qué decir.

—Pero esa fiesta es para empleados de la empresa, yo no pinto nada allí… Además, puedes tener problemas si me llevas, por lo menos en España las subcontratas se manejan muy delicadamente en estos temas, por todo el asunto de cesión ilegal de trabajadores.

Hizo un gesto con la mano como si ahuyentara una mosca.

—¡Qué bobería! Tú no te preocupes por eso, de hecho ya sé cómo solucionarlo.

Por mi mente se cruzó mi promesa a Nigma, pero realmente no había ninguna fiesta organizada por el club esa semana, así que no sabía si iba a verle. Era una tontería sentirme culpable por ir con Marcus, aunque tampoco estaba muy segura de querer ir. Todo estaba yendo demasiado rápido, me estaba costando asimilar que le había vuelto a ver después de tanto tiempo.

Mientras intentaba decidirme, Marcus me cogió del brazo y me arrastró a uno de los despachos al final del pasillo. Vi la placa y perjuré. Mierda, me llevaba al despacho del CEO. Entró por allí como Pedro por su casa y tocó en la puerta entreabierta.

—Hola, Michael —saludó jovialmente y me metió en el despacho.

El jefazo de la empresa, un hombre de unos cuarenta y pocos años, con un pelo rubio frondoso y mirada despierta, le sonrió mientras Marcus me ponía delante de él.

—¿Te puedes creer que la súper consultora que nos va a hacer el proyecto de segmentación es una amiga mía de la infancia? ¿A que es una casualidad?

Incrédula, asistí a la conversación entre los dos hombres, que por lo que vi se llevaban muy bien. Vaya, Marcus, pensé, te sabes relacionar estupendamente con la gente que interesa. Le observé mientras le contaba no sé qué al jefazo. Tenía estilo, y además ese don de gentes que hacía que cayese bien a la mayoría de las personas. Qué cabrón, pensé, pero me hizo gracia.

—Bien, está decidido entonces —le oí decir y salí de mi ensimismamiento—. Mañana verás lo que es una fiesta de navidad a lo británico. Prepárate, nena.

Con las mismas me sacó del despacho y volvimos a recorrer el pasillo. Luego me miró, divertido.

—¿Ves? No fue tan difícil.

—Eres un pirata —le dije, riendo—. Ni siquiera me has preguntado si me apetece ir.

—Bueno, creo que es un buen plan. Con negarte tienes.

Me miró, expectante. Al ver que ponía los ojos en blanco echó una carcajada triunfal y acto seguido ya estaba sacando su teléfono.

—Déjame tu número para mandarte un whatsapp con la dirección. Bueno, realmente te puedo ir a buscar y así vamos juntos, pero tú dame el teléfono de todas formas.

— ¿A qué hora? ¿*Dress code*?

—Lo primero no sé, ya te diré, y lo segundo… bien arregladita, que aquí son muy protocolarios.

Joder, a ver de dónde sacaba yo ahora un vestido elegante para la ocasión.

—Me acabas de liar, ¿te has dado cuenta? —le dije, sin creer su rapidez de acción.

—Es mi gran encanto, y es de lo que mejor hago —me dijo guiñando un ojo—. Mañana nos vemos.

Y se fue, dejándome alucinando con la tablet aún pegada a mi pecho en posición defensiva. Me había arrollado totalmente, cosa que yo no solía dejar que pasase. Supongo que era porque en el fondo tenía curiosidad por saber cuánto del Marcus que yo conocía seguía habiendo en aquel hombre de mundo, que hablaba un inglés perfecto y se desenvolvía como pez en el agua en cualquier situación.

Esa tarde, al llegar a casa, un olor apestoso me recibió en el vestíbulo. Aquello olía como a pis de gato, pensé y fui a abrir las

ventanas a pesar de la baja temperatura de fuera. Empecé a investigar, a ver dónde se originaba el olor, y fue debajo del sofá donde la peste y un sonoro "miau" me indicaron que había encontrado al culpable.

—Misu, misu, misu —intenté llamar al gato pero el muy zorro no quería salir. Solo veía sus ojos brillantes en la penumbra, mirándome fijamente.

—Muy bien —le dije, y me dispuse a rodar el sofá. En cuanto lo moví unos milímetros salió de debajo como alma que lleva el diablo y saltó al alféizar de la ventana.

—¡No! —grité, pensando que se iba a suicidar (y sin duda pensando que me iba a comprender), pero me miró con altivez y levantó el hocico para darme a entender que no tenía ni idea de gatos. Con elegancia volvió a bajar al suelo y se paseó por delante de mí, sentándose delante de la puerta.

—Será jodido el gato —bufé, pero no me quedó de otra que abrirle la puerta como si fuera un señorito. Levantó el culo del suelo y se dio un paseo hasta la puerta de al lado.

—Así que eres el gato de Maeve —le dije, y toqué el timbre con decisión. A los pocos segundos me abrió mi vecina, esta vez engalanada con una bata de seda violeta y plumas de marabú en las solapas.

—Disculpe que la interrumpa —inicié las fórmulas corteses habituales—, pero su gato se ha meado en toda mi casa y ahora ha decidido que se ha aburrido y quiere volver a la suya.

La vieja me miró con los ojos bien abiertos y empezó a reírse como si aquello tuviese la mayor gracia del mundo. Yo esperé, gélida, hasta que se secó las lágrimas y me pidió disculpas:

—Perdona, querida, pero me ha encantado tu elección de vocabulario. Me hace sentir joven —y describió un arco con la mano de largas uñas pintadas de verde jade. Vieja chiflada, pensé. Iba a darme la vuelta cuando me detuvo:

—Sin duda Mr. Rochester ha sido muy descortés contigo. No sé por dónde habrá podido entrar, pero lo vigilaré de cerca a partir de ahora. ¿Aceptarías sus disculpas si te invito a una taza de té?

Me dieron ganas de decirle que en vez de eso fuera a limpiarme las meadas, pero mi curiosidad no pudo resistir la oferta de la vieja. Si ella era así de estrafalaria, ¿cómo sería su casa?

Me llevé un buen impacto al ver cómo mis prejuicios se iban al traste. No había visto casa más elegante en mi vida. Su inmueble era el triple de grande que el mío, y estaba decorado en tonos claros, alternando beiges y turquesas de una forma muy armoniosa. Aquel piso parecía sacado de una revista de decoración de interiores, y tuvo que notarlo en mi cara porque sonrió levemente.

—Tiene usted una casa increíble —le dije, sin poder contenerme.

Ella aceptó mis halagos con naturalidad y me indicó que la siguiese.

—Mi difunto Albert me dejó una buena herencia cuando falleció hace unos años, y eso añadido a mis propios ingresos me permite poder disfrutar de algo así. Siéntate, *deary*, que el té lo hago en un periquete.

Me senté en un precioso sofá color verde hielo y tapizado en algo que suponía que era seda salvaje. Casi me hundo en el mar de cojines y tuve que hacer un esfuerzo para incorporarme.

—Pues no parece que haya un gato en esta casa —le dije, recordando el destrozo de la mía. La vieja gorjeó.

—Mr. Rochester tiene su propia habitación y le gusta la intimidad. Me extraña mucho que se haya colado en tu casa, no suele hacerlo nunca.

Me miró intensamente y parece ser que lo que vio le convenció.

—Creo que es por ti. Tienes una fuerza muy poderosa, querida Vera. La sienten hasta los animales.

Tal y como lo dijo, no pude achacarlo a chácharas de anciana. Parecía que lo sabía realmente. No pude evitar escalofriarme. Tenía una mirada que parecía que veía todo lo que había en mi interior, como si no pudiese esconderle nada. La vieja no le dio mayor importancia, seguro que estaba acostumbrada a ver la cara que se le quedaba a la gente cuando soltaba sus perlas. Volvió a sus quehaceres y en nada tenía ante mí un precioso juego de té de porcelana con todos sus complementos.

—Aparte de ofrecerte té, ¿qué más puedo hacer para enmendar las travesuras de mi gatito? —me preguntó, mientras servía elegantemente el té.

—No se preocupe, de verdad —le dije, ya aplacada.

—No, insisto —me dijo—. Algo debe haber que te pueda ayudar, sobre todo en una ciudad que no conoces.

Entonces se me ocurrió.

—Bueno, sí que hay una cosa que me haría falta ayuda. Me han invitado a la fiesta de navidad de la empresa en la que estoy trabajando, pero no sé dónde conseguir un vestido acorde a la ocasión. Me han dicho que el evento es bastante formal, pero tampoco quiero gastarme mucho dinero. En mi casa en Madrid tengo varios vestidos que hubiese podido utilizar, pero claro, no pensé que los necesitaría aquí y encima de hoy para mañana.

Ella apoyó la barbilla en su larga mano y me miró con sus ojos aguamarina, que brillaban de excitación.

—No hace falta que vayas a ningún sitio. Yo te puedo prestar un vestido. Y antes de que digas nada, tómate el té y te enseñaré mis tesoros.

Me bebí el té deprisa y la seguí. No tenía muchas esperanzas, a

saber lo que me iba a enseñar, pero bueno, si no me gustaban sus vestidos por lo menos le podría preguntar dónde poder ir a comprarlos.

Fui tras ella a través de un corredor amplio a cuyos lados las puertas estaban cerradas. Llegamos al final y abrió la puerta con teatralidad. Tuvo que encender la luz para que viéramos algo, pero si aquello hubiese ocurrido a la luz del día, el brillo de las lentejuelas, sedas, piedritas y tornasoles nos habría cegado. Tenía ante mí una habitación enorme llena de barras y estanterías, como un vestidor enorme, y todas las ropas eran vestidos maravillosos. Me dio la sensación que había retrocedido cincuenta años en el tiempo.

Ella no perdía detalle de mi reacción, que fue abrir la boca y no cerrarla hasta que me di cuenta de que tenía que parecer boba.

—¿Y esto? —le pregunté.

— Soy coleccionista de lo que ahora llaman ropa *vintage* —me dijo —. Empecé con mis propios modelos, ya que debido al trabajo de mi marido necesitaba tener un guardarropa amplio, y se me daba bien aconsejar a mis amigas. Ese grupo se fue ampliando, y finalmente empecé a comprar para vestir a mujeres que lo necesitasen, dándoles un servicio de estilismo que todavía hoy brindo. Durante los años, me han ido cediendo ropa, yo la he ido cediendo a museos, he ido comprando más… con lo que puedo decirte que soy una de las coleccionistas más importantes del Reino Unido.

—Vaya —atiné a decir mientras mi mirada recorría las infinitas barras de vestidos. Si hubiera entendido algo de moda, hubiera identificado conjuntos de Chanel, Halston, Oscar de la Renta y un sinfín de diseñadores de renombre—. Pero no podría aceptar algo así. Cualquier vestido de estos cuesta más que cualquier cosa que yo tenga. Y usted no me conoce, ¿cómo se puede fiar…?

—Pues me fío, niña —me cortó—. Si te lo he ofrecido, harías bien en aceptarlo, porque una vieja como yo no suele hacer estos regalitos —la sonrisa con la que acompañó sus palabras fue luminosa como un día de verano.

Me rendí, sumisa.

—¿Y cuál cree que sería el perfecto para mí? —le pregunté. Me miró largamente y se llevó una mano a la barbilla.

—A ver… tú tienes un glamour como las estrellas de Hollywood de mi época. Tipo Rita, Ava o Marilyn. O como esta morena de ahora, la Zeta-Jones.

Asentí, era lo que tenía ser una mujer con demasiadas curvas.

—Por lo tanto buscaremos algo que se adapte a tu cuerpo.

—Pero no quiero nada súper pegado —le dije, y agitó la mano, como mandándome a callar.

—Ya verás lo que te encuentro. Qué manía las chicas de hoy en día,

si no estás flaca como un palo no te pones nada sexy. Deberías aprender de la cantante esa, ¿cómo se llama? La Bijeimi ¿no?

En un rato caí en la cuenta.

—Ah, la Beyoncé…

—¡Esa! Saca el máximo partido a sus curvas y es una chica más grande que tú —en lo que parloteaba iba rebuscando entre hileras que venían identificadas por décadas y, dentro de las mismas, por estilos.

—¡Aquí está! Este color te irá como anillo al dedo —me dijo, agitando una percha con un vestido verde. Lo desplegó ante mí y no pude sino asentir con la cabeza. Era fabuloso. Tenía un sencillo escote barco muy abierto hasta los hombros para disimular mi pecho, unas tiras que colgaban de los hombros hacia detrás y luego, tras un pequeño cinto con un broche antiguo en la cintura, caía suavemente en ondas. Aquel vestido era digno de ser llevado en cualquier estreno de cine.

—Maeve, esto es demasiado —le dije mientras intentaba no tocar aquel vestido glorioso—. No puedo aceptarlo.

—Claro que sí, *sweetie* —me rechistó. Lo colgó el primero de la fila y se subió a una escalerita para buscar entre diferentes cajas, para sacar dos ellas y entregármelas.

—Te irá perfecto con esto.

Dios, unos zapatos y un bolso clutch que le iban ni que pintado.

—Te necesitaré mañana —le dije, rindiéndome de nuevo. Sonrió:

—*Deary*, este ha sido mi trabajo durante muchos años. Lo haré con sumo gusto.

4. PLANES NAVIDEÑOS

Al día siguiente las niñas de mi equipo estaban excitadas y algo envidiosas de mi invitación a la fiesta de por la noche.

—Suertuda —me dijo Laura—. Me habría encantado desmadrarme un poco.

—Mejor lo haces con el grupo. No creo que me pueda desmadrar en esa fiesta. Les estaremos presentando cosas durante dos meses, no puedo poner en duda mi profesionalidad —le dije. Se encogió de hombros.

—Igual te envidiamos porque vas con Marcusman.

Me eché a reír.

—¡Pero si le conozco desde que era pequeña! ¿Y eso de Marcusman de dónde salió?

—¡Con lo buenorro que está algún mote tenía que tener! ¿No? Y eso de que lo conoces de toda la vida qué más da… Yo que tú me lo agenciaba rapidito.

—Mira que eres burra —le dije, riéndome. Me despedí de ella y me fui a casa, a prepararme para la noche.

Marcus me había enviado un whatsapp en el que decía que me vendría a recoger sobre las ocho, por lo que me quedaban pocas horas para transformarme. Tampoco quería pasarme de arreglada, pero prefería pecar de sobrevestir que de sentirme fuera de lugar por no estar a la altura.

Cuando me vi en el espejo enorme de mi dormitorio no pude creer que aquella era yo. Maeve era un genio, y se lo dije. Hasta me había ayudado a peinarme tipo años treinta, con ondas en el pelo y dejando mi melena oscura suelta, con la raya a un lado.

—Me encanta, y creo que es un pago demasiado alto por un pis de gato —le dije, y la abracé. Ella se rio.

—Para mí es un placer. Ahora tu fulgor es máximo, no habrá nadie que se resista a ti.

—Bueno, tampoco es mi intención —le dije, cerrando el bolso con el móvil dentro.

—Esa es siempre nuestra intención, en todo en la vida. Ya sea personal, trabajo o lo que sea… Y tú tienes un don, *deary*. Ya hablaremos de esto más detenidamente. Ahora corre, que tu acompañante ya está abajo.

—¿Y usted eso cómo lo sabe? —le dije. Aquella mujer me estaba dando un poco de escalofríos.

—¿No oíste el portero?

Juraría que nadie había tocado el portero, pero en ese momento me

llegó un whatsapp de Marcus, que ya estaba abajo esperándome. Decidí no darle más vueltas al asunto y me fui, no sin antes despedirme de la viejilla en su puerta.

—*Have a lovely night, sweetie* —me deseó y le mandé un beso volado.

Abajo Marcus me estaba esperando por fuera de la puerta de su todoterreno negro. Yo salí, enfundada en un abrigo largo, pero sus ojos delataron al momento que estaba guapa.

—Vera, ¡estás preciosa! Voy a ser la envidia de todos mis compañeros esta noche.

—Debería haberte dicho que te atuvieses a las consecuencias, Marcus —le sonreí—. Me dijiste que me arreglara, y eso he hecho. Ahora espero no encontrarme con que el resto de mujeres van con vestidos de Primark…

—Ya verás, es una fiesta espléndida en todos los sentidos, y las mujeres van acorde.

Me ayudó a subirme en el coche, y nos metimos en el tráfico de Londres en silencio. Hablamos de todo un poco en el trayecto, pero yo sabía que las cuestiones importantes no tardarían en llegar. Teníamos un pasado juntos, un pasado extraño y con cabos sueltos, por lo que estaba segura de que en algún momento sacaríamos el tema. Y no me apetecía nada, la verdad.

Debía reconocer que la fiesta estaba siendo un éxito. Después de la cena todo el mundo se había ido hacia la barra libre, tal y como hacíamos en España, por lo que no me sentí fuera de lugar, ni inmersa en rituales extraños. Había estado sentada con Marcus, John y algunos más del departamento de marketing, y lo había pasado bien. Estaba claro que había cosas que no me enteraba, porque cuando se lanzaban a hablar rápido y comiéndose las consonantes como hacen los ingleses era imposible coger todas las palabras, pero creo que no quedé de tonta.

La música comenzó en cuanto nos levantamos de la mesa y en breve, con copa en mano, estábamos en la pista. Esta estaba situada en la zona del inmenso ático donde había una cristalera, y desde allí podíamos disfrutar de unas preciosas vistas del Tower Bridge. Para mí aquello era una delicia, pero el resto se ve que estaban acostumbrados y no se quedaron pegados al cristal, como yo. Londres parpadeaba con mil luces, llena de vida nocturna, y sentí un escalofrío de deseo. De pronto se me erizó la piel de la nuca y noté que alguien estaba muy cerca de mí.

—¿Impresionante, verdad? —me preguntó Marcus, y su aliento rozó mi cuello. Hice un movimiento brusco hacia un lado e intenté quitarme de encima la excitación que de pronto me había embargado. Su calor corporal parecía envolverme aun habiéndome separado, y me

mordí el labio sin que me viese. Claramente estaba necesitada de sexo, me dije. Joder, que era Marcus. Para nada el mejor candidato. Sonreí para mí misma con cierta tristeza, sin quitar los ojos de la noche.

—Mucho. Grandiosa vista. Dan ganas de irse de aquí y meterse en ese mar de luces.

—Totalmente de acuerdo. Pero todavía nos queda un ratito —sonrió, a su vez—. Seríamos tremendamente descorteses si nos fuéramos enseguida.

Le miré, enarcando las cejas. ¿Estaría pensando que le estaba pidiendo que nos fuésemos?

—No te preocupes, no te voy a dejar mal —me mordí la lengua. ¿Por qué estaba tan susceptible? Estaba allí para pasarlo bien, no para estar de uñas a la primera de cambio. Resoplé mentalmente y me obligué a seguirle la corriente—. Nos tomaremos unas copas (pocas, por si acaso), y luego me encantaría ir a algún sitio chulo, a algún espectáculo, o a bailar. No sé, tú eres el experto, ¿no?

Nos sonreímos y de pronto todo fue como hace años. Sus ojos de hielo, risueños, retándome. Y yo dispuesta a la aventura. ¿Cómo podían llegar a mí sensaciones de hacía tanto tiempo? ¿Cómo de poderosos podían ser los recuerdos? Pero la realidad era que Marcus siempre me había inspirado confianza, tenía ese raro don en la mirada que te hacía creer en él. Me quedé mirándole, pensativa, lo cual noté que le incomodó un poco. Desvió la mirada y aprovechando que la música cambió, tiró de mí para llevarme a la pista:

—Ven, que me encanta esta canción.

Le seguí al darme cuenta de que no podía hacer otra cosa ante su entusiasmo. Hicimos un grupo muy divertido en la zona cercana al DJ con varios amigos de Marcus de la empresa, aunque me estuve conteniendo bastante. Me habían ido presentando a los directores de la empresa durante la noche, y no quería parecer una despendolada en un evento como aquel, pero algo sí que moví el esqueleto, aunque se trataron de unos bailoteos más bien aderezados con conversación y muchas risas.

A las dos de la mañana Marcus se me acercó (lo había perdido durante media hora mientras las chicas de la empresa revoloteaban a su alrededor) y me susurró al oído que fuera a coger mi chaqueta. Conmigo se vino Mary, una australiana dicharachera que parecía ser del núcleo duro de Marcus, y Brianna, que estaba emparejada con Austin.

—Creo que tienen entradas para algo —me chivó Brianna mientras nos daban nuestras chaquetas en el ropero—. Austin no ha querido decirme pero seguro que será divertido.

No sé a qué parte de la ciudad me llevaron, pero no tardamos demasiado y enseguida estuvimos frente a una entrada algo

camuflada, a pesar de que la puerta estuviese pintada de rojo. Mi confusión aumentó al ver que Marcus sacaba unas entradas y las pasaba por una parte de la pared, que al parecer tenía un lector de códigos, y la puerta se abría suavemente para dejarnos pasar.

Nunca había estado en un show de burlesque, y podréis entender mi emoción al darme cuenta de adónde me habían llevado. Parecía que me habían transportado a los años cuarenta en Estados Unidos, todo parecía estar en consonancia con ese salto en el tiempo: la distribución del recinto, el estilo de las camareras y camareros, los cómicos que estaban actuando en aquel momento, toda la decoración… Me enamoré al instante y así se lo dije a Marcus. El resto de gente estaba igual, con los ojos abiertos y una sonrisa en los labios. Nos sacaron de nuestra ensoñación al llevarnos a nuestra mesa, donde teníamos ya una botella preparada. En ese momento comenzaba una actuación de una cantante fabulosa y me sumergí en disfrutar de la noche, de la compañía y del espectáculo.

Esa mañana acabamos en casa de Mary para tomar las últimas copas, riéndonos como adolescentes. Además se les ocurrió jugar al juego de los chupitos, el cual era como poco revelador. Nunca me había gustado demasiado, reservada como era para mis cosas, pero claro, en aquel contexto no podía hacerme la tonta y decir que no iba a jugar.

—Recordad las reglas —dijo Brianna y nos puso los vasos delante—. La botella señala a quién se le hace la pregunta. Si lo que se pregunta es verdad, la persona bebe, si no bebe la que ha preguntado.

—En mis épocas esto incluía besos —se rio Marcus—, pero no me apetece mucho besar a hombres calvos y con barriga.

Austin le dio un puñetazo en el hombro y el otro se quejó.

—Pues no haberte metido conmigo, so mamón.

Nos reímos y comenzó el juego. No me daba demasiada cosa por los demás, porque me harían preguntas genéricas ya que no me conocían, pero esperaba que no me tocasen preguntas de Marcus. A saber lo que se le podía pasar por la cabeza.

Conté cosas sin demasiada importancia: que no estaba casada, que sí lo había estado, que sí me había dado alguna vez un beso con una chica, que no había hecho nunca un trío, las típicas preguntas a las que era fácil responder. Tras varias preguntas me tocó preguntarle a Marcus, y mi corazón empezó a latir violentamente. Podría preguntarle tantas cosas… pero sabía que ahí no era el momento, no debía, no debía para nada. Pero me traicioné a mí misma y se lo solté, como si alguien ajeno se hubiese apoderado de mi boca:

—¿Todavía te arrepientes de lo que pasó aquel verano?

Nuestros ojos se encontraron y no se despegaron hasta que vi que no levantaba el chupito.

—Te toca beber, Vera —dijo Mary, sin duda intrigada por esa conexión que se había establecido entre Marcus y yo. Me llevé el vaso a los labios sin dejar de mirarle y me bebí el contenido de un trago.

—¿Y tú? —me preguntó, sin esperar a tirar la botella. Meneé la cabeza.

—No puedes preguntar.

Con suavidad giró la botella y cuando ésta paró su sinuoso baile, vi que apuntaba hacia mí. Enarcó una ceja con una sonrisa expectante. Me puse roja: estaba en un gran apuro. No tenía para nada claro qué contestar.

Claro que me arrepentía, me había acostado con el novio de mi hermana la misma noche que ella desaparecía de nuestras vidas, pero también tenía que reconocer que ese arrepentimiento se había ido debilitando durante los años. Quizá la mejor forma de empezar una nueva época con Marcus era decirle que yo ya no me arrepentía, que realmente fue algo que pasó y que podíamos ser amigos. Que no fuimos culpables de lo que sucedió ese agosto y que la vida seguía, siendo ahora más adultos y maduros que antes. Podía darle ese mensaje, sí, quizá fuese lo mejor. Me felicité: qué bien, Vera, qué maravillosamente has dominado el arte del autoengaño.

Le miré, nerviosa, y vi que en su mirada había un ansia voraz que rápidamente disimuló. El notar que él también lo había sufrido, y que bajo esa fachada de triunfador estaba aquel chico con el pasábamos tardes interminables en nuestra playa de arena negra, me hizo decidirme. No moví un dedo. Entonces sonrió muy dulcemente, y supe que había hecho lo correcto.

Al día siguiente Maeve estaba ansiosa por saber cómo me había ido, y por ello la invité a que me acompañase a la tintorería a llevar el vestido. Se acicaló con sumo estilo y nos fuimos las dos a su tintorería de confianza, tras lo cual nos tomamos un té en una cafetería cerca de Bond Street. Le conté cómo había sido mi noche, y ella escuchó divertida mis batallas, haciendo comentarios que me hicieron reír a carcajada limpia. Me di cuenta que bajo sus maneras algo excéntricas se escondía una mujer con un gran humor y conocimiento de la vida, además de una perspicacia que rayaba con la brujería.

Pasé una tarde agradable con ella pero estaba bastante cansada, no había dormido demasiado, así que a las ocho ya estaba en casa con toda tranquilidad. Me preparé un baño, encendí unas velas y saqué un libro nuevo que había comprado esa semana. Noche perfecta, pensé, intentando quitarme de la cabeza la pequeña desazón que me había causado el incidente del juego del chupito. ¿Por qué me habría mirado así? Era extraño. Pero extraña era la situación, me recordé. No era fácil estar cerca de alguien a quien había conocido mucho y que luego

había desaparecido de mi vida hasta que llegué a Londres. Era, como poco, incómodo.

La noche anterior yo me había venido en taxi a casa, no quería que nadie me trajese porque todos estábamos borrachos. Por eso mi despedida de Marcus fue absolutamente normal y no quedamos en nada más. No esperaba que me contactase, por lo que cuando terminé mi baño decidí echar un vistazo a ver qué se cocía en el Facebook. Vi que tenía un mensaje, y al abrirlo mi corazón dio un vuelco al ver que me habían enviado un privado desde el club de solteros. Me invitaban a un evento que en principio era un *speed dating*, pero que prometía algo más. Nigma, pensé. No había podido olvidar la noche que pasamos juntos, y me apetecía mucho volver a verlo. ¿Iría al evento? Mi estómago se contrajo y seguí leyendo.

La convocatoria era para quedar en un restaurante del West End, que tras echar un vistazo en internet me pareció prometedor, y además nos volvían a pedir que llevásemos máscara. ¿Qué coño le pasaba a estos ingleses con lo de no identificarse? ¿Siempre era premisa en los eventos que se celebrasen aquí? Le escribí a Magda para preguntarle, y mi sorpresa fue que a ella no la habían invitado.

—No te preocupes, a veces lo hacen —me dijo—. *Seleccionan a gente para hacer grupos no demasiado grandes. Si no les confirmas, invitan a otro.*

—¿Y eso de la máscara? ¿El tema va de ir de incógnito siempre?

—Aquí en Londres hay mucha gente que quiere preservar su identidad…

—¡Qué raro! O_O

—Date cuenta que las actividades del grupo a veces son un poco… liberales. A todos no les interesa que se les vea. Luego, si hay intimidad, cada uno decide si se le quiere conocer.

Qué cosas, pensé. Bueno, quizá tuviese un efecto liberador el tema de no saber con quién estabas ligando. La pena era que fuese un miércoles, un día no demasiado propicio para trasnochar. Aunque el horario de comienzo era a las ocho de la tarde. Bueno, pensé. Podía ir a ver qué tal y si luego no me convencía me largaba a casa.

De pronto me entró otro whatsapp, esta vez de Marcus.

¿Te apetece mañana paseo por el Winter Wonderland? Es una feria de navidad en el Hyde Park.

Sonreí y una especie de calidez me invadió. ¿Podría ser que llegásemos a tener la relación de amistad de antaño? Por supuesto sin caer de nuevo en tonterías por mi parte.

—Buen plan. ¿Cómo hacemos?

—Si quieres almorzamos primero y luego vamos allí por la tarde.

—☺.

Quedamos para comer en la zona de Knightsbridge, cerca de Hyde Park, y nos despedimos. Qué bien, pensé. Un plan estupendo para un

domingo, y además realmente me apetecía quedar con él.

Esa noche fue la noche de los whatsapps: estuve hablando con mis amigas hasta las tantas y luego con Miki, que acababa de llegar a casa después de un día largo cubriendo un suceso, pero aun así tuvo fuelle suficiente para montarnos una sesión de cíbersexo. Al final, eran ya las dos de la mañana cuando pude meterme en la cama, dispuesta a descansar y reponer fuerzas. Pero mi mente iba a quinientas revoluciones por minuto, y sabía que no iba a darme tregua.

El encontrarme de nuevo con Marcus había roto el tabú que rodeaba a una determinada parcela de mi vida. Cerré los ojos con fuerza pero no pude resistirlo. De pronto me vi recordando ese verano, el de la muerte de mi hermana Laia. Una muerte que nunca se supo si había sido por motu proprio o si había sido un desafortunado accidente. Lo cierto era que en una noche muy cálida y ventosa de agosto desapareció, y el mar nos entregó su cuerpo unos días después, encallado en una zona muy rocosa al norte de la isla, casi imposible de identificar debido al fuerte oleaje de esos días.

Esa misma noche Marcus y yo habíamos estado tomando cervezas por la tarde, y nos liamos hablando hasta la noche. Laia y él no estaban pasando su mejor momento y además él se iba a estudiar fuera una vez acabase el verano. Mi hermana no se lo estaba poniendo fácil, y él estaba empezando a cansarse. Con ese estado de ánimo y con varias copas baratas a las tantas de la mañana, supongo que me vio con otros ojos y tras decirme que yo era la única que le entendía me llevó a su casa, donde a escondidas de toda su familia echamos un polvo glorioso. Yo estaba tan enamorada de él que no supe decirle que no, y tengo que decir que lo disfruté hasta las últimas consecuencias. La mañana nos trajo el volver a la cruda realidad: ambos arrepentidos por haberle hecho aquello a Laia, con Marcus que ni siquiera podía mirarme, y al llegar a casa saber que Laia no había vuelto.

Después de eso se me mezcla todo, y no recuerdo de aquellos meses otra cosa sino un dolor muy fuerte en el pecho y la sensación de que todo se había ido a la mierda. Sobreviví como una zombi, quedándome en los huesos por no querer ni comer, con mi familia desesperada porque temían perderme también a mí. Cuando desperté de esa nube fría me di cuenta que definitivamente me había quedado sin hermana, Marcus se había ido a no sabía dónde a estudiar y que en mi casa las cosas jamás serían como antes. Mi madre se refugió en su hermano más que nunca y yo me quedé a la deriva. Terminé ese curso como pude y luego pedí que me enviasen fuera.

Echaría de menos a Laia toda mi vida. Y me azotaría con la fusta de la culpa hasta que fuese capaz de perdonarme, cosa que no había ocurrido hasta la fecha. Lo había intentado de todas las maneras, incluso repitiéndome una y otra vez que ella siempre fue consciente

que yo sentía algo por Marcus, de hecho él estaba acercándose a mí cuando ella entró en escena. Yo era la hermana apocada, la segundona, por lo que me eché a un lado cuando Laia le conquistó con todo su esplendor. No supe odiarla por ello, pero jamás dejé de querer al que nunca había llegado a ser mío. Hasta esa noche.

Lo que no entendí fue por qué Marcus se fue y se desentendió de todos. Nunca recibí nada suyo, ni una carta, ni ningún tipo de comunicación. Después de lo que habíamos compartido esa noche, tenía muy claro de que no me había merecido ese tratamiento. Joder, aunque hubiese pasado hacía veinte años, todavía recordaba esa noche como si hubiese sido ayer. Me la había grabado a fuego, desde esa primera mirada que precedió al beso más ardiente de mi vida hasta la fecha, hasta el momento en el que me corrí clavando mis uñas en su pecho intentando no emitir un solo gemido, manteniendo la mirada en sus ojos joya que en ese momento estaban tan desnudos como él. Y esos ojos no mentían, me decían cosas por las que luego no entendí cómo pudo irse de esa forma.

Aquello me dolió mucho, porque primero que nada éramos amigos, y de los buenos (aunque en mi caso mi amistad no fuese del todo desinteresada), y sólo por esa amistad tendría que haberse portado de otra forma. No, no lo hizo, pasó de todo sin ningún tipo de remordimiento, sin mirar hacia detrás, dejando la isla y su vida allí como si nada fuese con él, y en ese momento le odié mucho, muchísimo, con todas las fuerzas de mi corazón adolescente que en ese momento se rompió con brutalidad.

Con el paso del tiempo quise pensar que aquello fue la reacción de un chico de diecisiete años que no supo cómo afrontar la situación, y vio como mejor opción huir de ella. Eso me hizo casi perdonarle, y estaba claro que ahora, con veinte años de diferencia entre nosotros y aquella época, no tenía sentido reprocharle nada. Más bien prefería obviar el tema y concentrarme en conocerle de nuevo, para ver si podíamos ser de nuevo amigos. ¿O era eso demasiado naíf? ¿Podríamos dejar atrás todo el drama que habíamos vivido? ¿Qué haríamos si nos estallaba en la cara? Con eso en la cabeza cerré los ojos con desazón y finalmente, no sé cómo, conseguí dormirme.

5. COSAS MODERNAS COMO UN SPEED DATING

El lunes en el trabajo me encontré con el equipo revolucionado. La semana siguiente era navidad y muchos de ellos volaban a casa, pero la amenaza de una huelga les había puesto los pelos de punta. Los que nos quedábamos, como Laura y yo, intentábamos calmarles, pero la cosa parecía estar complicada. Eso, unido a que esa semana teníamos que hacer una primera presentación para el equipo directivo, hacía que tuviésemos una semana bastante entretenida. Tenía que emplearme a fondo para poder llegar con la presentación perfectamente razonada y discutida con el equipo para la reunión del viernes. Me puse como meta el tenerla hecha para el miércoles por la tarde, y así poder ir a la cena de *speed dating* con buena conciencia.

A media mañana salí a tomar café con Laura y entonces me acordé de lo que había hablado con Marcus el día anterior:

—¿Al final te quedas aquí en navidad? —le pregunté. Hizo una mueca de disgusto.

—Creo que va a ser lo mejor. No me apetece nada pasar la navidad en casa este año.

La entendía. Acababa de separarse después de muchos años de relación, matrimonio por medio, y el panorama de pasar las fiestas en el pueblo de sus padres con todo el mundo preguntándole por lo que había pasado no era el más atractivo del mundo. Además existía la posibilidad de encontrarse a su ex en cualquier esquina, lo cual hacía que la idea de quedarse en Londres, aunque fuera sola, fuese infinitamente mejor opción.

—Pues te propongo algo más divertido —le dije mientras nos ponían los cappuccinos—. Ayer estuve pasando la tarde con Marcus y como somos varios los que pasamos aquí las navidades, se nos ocurrió traernos un cachito de España a Londres y organizar una Nochebuena con zambomba y todo.

Me miró ladinamente.

—Mucho Marcus veo yo últimamente…

—Anda, no te desvíes del tema —le dije riendo—. ¿Qué te parece? Lo podemos hacer en mi apartamento, que hay espacio suficiente. Marcus dijo que traería a algún amigo suyo que vive aquí y así pasamos una Nochebuena diferente. ¡Si hasta podemos ver el discurso del rey en directo!

—Pues es mejor plan que el cogerme un pedo yo sola en el hotel, la verdad…

—¡Claro que sí! Ya nos organizamos para ver quién lleva qué, pero

lo importante es reunirnos y pasarlo bien. Nos viene estupendo conocer gente nueva, Laurita, y no quiero decir para lo que estás pensando —añadí, al verle la sonrisilla.

—Justamente para eso me encantaría conocer gente nueva —bufó —. Lo menos que me apetece es algo serio ahora.

—Bueno, pues le diré a Marcus que lleve a algún amigo buenorro.

—Sí, mejor, porque según veo Marcus ya tiene dueña —me dijo, para tirarme de la lengua.

—¡Qué pesada que estás con ese tema! ¡Que no tengo ninguna intención de tirármelo! En serio, me gustaría volver a conocerlo. Ha pasado mucho tiempo desde que nos vimos la última vez.

—¿Qué hiciste ayer con él? No me digas que estuviste paseando y hablando, nada más.

—Pues sí, enterada. Almorzamos juntos y luego fuimos al Winter Wonderland, en el Hyde Park.

—Eso es algo casi romántico…

—El subirnos a los aparatos de la feria no tiene nada de romántico, más bien masoquista. Me hizo montarme en ese aparato de caída libre, que es como una torre que te sube hasta no sé cuántos metros de altura y luego cae casi hasta abajo, ¿sabes cuál te digo? ¡Casi me muero! Pero nos reímos un rato, eso sí.

—¿Y no te compró una galletita de esas de corazones que venden en los puestitos? —me miró guiñándome el ojo. Nos reímos, ¡qué mala era!

—Nooooo —le dije—. Pero sí que compartimos unos regalices rojos con pica-pica.

—Mmmm, por ahí se empieza…

—Pues no te miento si te digo que estaba guapísimo, la verdad. Imagínatelo con vaqueros, un jersey de cuello vuelto beige, de esos todos mullidos, y un perfecto de cuero marrón —las dos pusimos los ojos en blanco simulando que nos sofocábamos, entre risas—. Pero chica, tengo como un freno con él, quizá por todo lo que pasó en su momento. Además, yo tengo mi vida en Madrid y él aquí, no vale la pena ponerse a buscar algo que no tiene sentido.

Realmente lo pensaba. La tarde que había pasado con Marcus había sido genial, y si no estuviese complemente inmunizada contra todo tipo de vibraciones más allá de las sexuales, habría podido ser una tarde peligrosa. Tenía ese encanto masculino de los grandes seductores, pero a la vez resultaba sincero y divertido. Realmente era una mezcla perfecta, pensé. ¿Por qué no tendría pareja? Era el típico hombre que se lo estarían rifando las chicas solteras de Londres. Quizá consiguiese enterarme, si seguíamos quedando asiduamente y empezábamos a abrirnos los dos. Pero me extrañaba mucho, porque aparte de su encanto como persona, físicamente era un hombre

guapísimo. Seguía manteniendo ese color tostado de piel, regalo de los antecesores antillanos de su padre sueco, y sus ojos de diamante hacían un contraste espectacular con sus facciones masculinas y pelo oscuro, que llevaba muy corto. Moví la cabeza, como para despejarme. Pensamientos peligrosos, querida Vera. Fuera con ellos y céntrate en otras cosas, que por ahí no vas a llegar a ningún lado, me decía. Pero algo me susurraba que no iba a ser tan fácil.

Después de nuestro fin de semana navideño, Marcus estableció la rutina de almorzar juntos. El primer día fue a buscarme para comer y se acopló sin problema con mi grupo. Al día siguiente también vino y nos metió en el suyo, con lo que empezamos a conocer un poco más a la gente de la empresa. Lo hacía de forma tan natural que no me resultaba extraño que viniese a buscarme, porque lo veía como una cortesía hacia una antigua amiga. El miércoles me fue imposible salir, porque estaba como loca terminando la presentación, y tuve que negarme:

—Lo siento, tengo que terminar la presentación del viernes y si paro para comer no podré salir a una hora normal de aquí.

En ese momento estábamos solos, el resto ya se había ido y me estaba tomando un té con limón. Marcus se apoyó al marco de la puerta y se encogió imperceptiblemente de hombros.

—No te preocupes, ya como algo rápido por ahí. Por cierto, esta noche voy con unos amigos al teatro, ¿te apetece ir?

Levanté la vista rápidamente pero enseguida la volví a meter en mi baile de cifras.

—Me encantaría, pero ya he quedado. Otro día, ¿vale?

Sonrió de forma extraña.

—Sí, para la próxima te aviso con más tiempo.

—Sí, *porfa*, es que lo de esta noche lo tenía previsto desde el fin de semana, y ya no puedo decir que no. O por lo menos sin quedar fatal… Es una actividad organizada y si no voy, alguien se quedará colgado.

—OK, *no problem*. Nos vemos mañana.

No le hice más caso y seguí extrayendo conclusiones, aunque si me hubiera fijado bien, habría notado algo raro en su expresión.

La tarde se me pasó rápido: estuve un par de horas dándole forma a las recomendaciones, para que resultasen lo más vendedoras posibles. Me enfrentaba al comité de todos los directores de la empresa, por lo que no podía fallar, tenía que llevar mi discurso perfectamente hilado y saberme bien todos los datos que apoyaban mis teorías. Si me daban el *go* a esta línea de investigación, podríamos avanzar más rápido. Si no, tendríamos que replantear toda la información de nuevo y buscar otra interpretación a los datos que habíamos sacado. Y por supuesto

eso retrasaría todos los plazos, lo cual no era algo que me gustase demasiado.

La cena del *speed dating* era temprano, como todo en aquel país, así que apenas me dio tiempo de ir a casa a ducharme, cambiarme, arreglarme un poco y salir. Me puse un vestido oscuro y suelto, que se abrochaba con unos broches en los hombros y se sujetaba a la cintura con un cinto ancho, y una chaqueta baja muy años 50 que había comprado en Kling. Me cepillé el pelo para abrir las ondas naturales de mi melena, me pinté los labios de rojo y me puse mucho rímel, sin prestarme mucha más atención. Con el tiempo que tenía era lo mejor que podía hacer conmigo misma.

Llegué al restaurante justo a la hora y tras enseñar mi código a la entrada me hicieron pasar a la sala, de estilo muy minimalista y moderno. Éramos todas mujeres, lo cual me llamó la atención, pero la organizadora pronto nos puso al día y nos dijo que los hombres estaban en otra sala, esperando para el comienzo de la actividad. Nos dieron unas máscaras, lo cual me irritó. Me había olvidado de esa estupidez de ir sin identificar, y no me apetecía ponerme algo en la cara como si aquello fuera una fiesta infantil. Toda mi reticencia desapareció cuando vi las máscaras que nos enseñaron: aquello no era la típica mascarita negra con flecos por debajo, no… Eran verdaderas preciosidades, y me costó elegir una porque todas eran una belleza, pero al final cogí una muy gatuna con piedras brillantes en las comisuras de los ojos, acentuando su tono exótico.

Ya con un cóctel en la mano y la máscara puesta empecé a entender el poder que daba el saber que nadie me conocía. De pronto habíamos pasado de ser mujeres cualesquiera a seres misteriosos y hermosos, lo cual no era demasiado honesto con los pobres chicos que pasarían por nuestra mesa en la sesión de *dating*. Empezamos a hablar entre nosotras, riéndonos y moviéndonos al son de la suave música, y hasta se me había olvidado para qué estábamos allí cuando la organizadora nos volvió a convocar:

—*Ladies*, les dejo a cada una su número que deben llevar encima desde que se sienten en la mesa. Para cada *gentleman* que se siente frente a ustedes tienen cinco minutos para hablar de lo que quieran. Cuando se cumplan los cinco minutos, sonará una señal y pasará el siguiente candidato. Somos diez hombres y diez mujeres, con lo que estaremos cerca de una hora con la actividad.

Nos repartió los números y continuó hablando:

—Una vez terminada la ronda, cada una escribirá en una pizarrita el número del *gentleman* que más haya sido de su agrado. Si hay más de una pareja que ha coincidido, éstos tendrán la oportunidad de ganar el gran premio de la noche. Para el resto, hemos habilitado una zona para cenar y tomar unas copas como segunda oportunidad de

conocerse.

Dio unas palmadas con las enjoyadas manos y nos azuzó a sentarnos. Yo tomé asiento, algo nerviosa. ¿Quién me habría mandado meterme en algo así? Ciertamente era un poco violento. A saber qué frikis me iba a encontrar; con mala suerte los cinco minutos se podrían hacer eternos. Y mi pequeña esperanza de que Nigma apareciese se había esfumado con la explicación de la organizadora. No me lo imaginaba aquí, la verdad.

De pronto sonó la señal y comenzó el juego. Entraron los hombres al son de la banda sonora de "Nueve semanas y media", y todas empezamos a aplaudir. Ellos se rieron e hicieron reverencias, y de pronto me relajé. Por lo menos aquello iba a ser divertido. Los tíos tenían buena pinta así a primera vista y me dispuse a mi faena con la mejor de las sonrisas.

Durante aquella horita conocí a Evan, Joe, Mike, Lewis y a unos cuantos más de cuyo nombre me fue imposible acordarme. Abogados, agentes literarios, empresarios, dobladores, militares… De todo había en aquella muestra de solteros solventes. Estaba terminando de reírme con Henri, un francés que honrando al cliché era chef en un afamado restaurante en Londres (evidentemente no me dijo cuál), pensando que era el que más me había gustado hasta la fecha, cuando un nuevo inquilino se me sentó delante, y fueron sus extraños ojos color miel, sin duda producto de lentillas, los que me sobresaltaron, haciendo que algo se removiese en mi interior.

—Hi, Jessica —me dijo y me sonrió suavemente, bajo su máscara de pantera negra.

—Hi, Nigma —le dije y mi corazón volvió a latir—. No te esperaba. Por alguna razón no me imaginaba que vinieses a esto, no te hacía aquí…

Apoyó los brazos en la mesa, muy cerca de los míos, y me acaloré. Madre de dios, estaba guapísimo.

—Me dijiste que nos veríamos en el siguiente evento, y aquí estoy.

—Ya, pero esto era una invitación selectiva —le dije—. También podría no haber sido invitada. O tú.

—Yo ya me ocupé de que lo estuvieses —me dijo, sonriendo y mirándome a los ojos. Uh, esta vez sí que iba a saco. A saco Paco, como diría Laura. Desvié la vista, sofocada, y me fijé en su nombre, colgado de su jersey.

—Así que Jackson —le dije—. Creo que me gustaba más Nigma.

Se rio por lo bajo, y me regodeé en la sexy sonrisa de sus labios. ¿De dónde había salido ese tío?

—Me gustó mucho la noche que pasamos juntos. La pena fue el despertarme y ver que no estabas. Te habría hecho un desayuno cojonudo.

—No quería romper la magia —le dije—. El día mata todo hechizo nocturno.

—O no, puede potenciarlo. Me habría encantado verte despeinada tras pasar una noche en mi sofá.

Su voz, bastante grave para lo que recordaba, se hizo muy íntima. Me eché hacia detrás, intentando despejarme. Sin duda aquello estaba siendo muy intenso.

—Creo que no te habría encantado —me reí y jugueteé con mis pulseras—. ¿Has salido a bailar después de la última vez?

—No, he tenido trabajo fuera y llegué ayer. ¿Y tú?

—Salí el viernes pasado con unos amigos, pero fuimos a un show de burlesque increíble, y como lo pasamos tan bien, ni nos acordamos de la opción de ir a bailar, la verdad.

—¿Te gustó el show?

—Me encantó. Es lo que tiene Londres, ofrece mil cosas a las que habitualmente no tengo acceso —hice un mohín resignado.

—¿Te quedarás mucho por aquí? —hizo la pregunta relajadamente, como si no le importase.

—Creo que hasta febrero, cuando finalice mi trabajo. Quizá algo más, quizá algo menos.

—¿No vuelves a casa en navidad?

Negué con la cabeza.

—Realmente no tengo familia que me espere, así que ya hace años que la paso como mejor crea.

—Igual que yo, entonces. Aunque este año me pilla trabajando fuera otra vez.

Ladeé la cabeza, intrigada.

—Tienes un trabajo muy intenso, ¿no?

Sonrió suavemente y no me dijo nada. Eso hizo que me intrigase aún más. Pero no me dejó seguir preguntando y cambió radicalmente de tema.

—Creo que está claro que cuando tenga que elegir a la mujer que más me ha gustado serás tú.

Pum. Me excité instantáneamente y el corazón me latió un par de veces más de lo normal. Joder con Nigma.

Le sonreí, muerta de la vergüenza. Me daba igual si ganábamos o no el súper premio, sabía que con él cualquier cosa que hiciésemos esa noche sería increíble. Me miró risueñamente, sin que pudiese adivinar lo que se le pasaba por la cabeza. Me quedé prendada, y solo pudimos romper la conexión cuando sonó la señal.

De pronto ya tenía delante a otro candidato, que sonrió con incomodidad al ver mi innegable embelesamiento con Nigma. Me costó centrarme en él, pero cuando le miré bien y me atravesaron sus ojos de hielo verde, tragué saliva con dificultad. Joder. Era Marcus.

¿Esto qué era, una broma del destino, de esas que no tienen ni puñetera gracia? Su mirada atenta a mi desconcierto no se suavizó ni un momento y de pronto me pareció estar viendo a alguien desconocido, a ese Marcus que había crecido y que me había perdido. La situación me estaba sobrepasando, los dos estábamos en silencio y eso era algo que no era capaz de controlar.

—¿Pero tú no ibas esta noche al teatro? —disparé, consciente de lo estúpida que era la pregunta. Evidentemente no, si estaba sentado frente a mí. ¿Por qué entonces me lo había pedido?

Se encogió de hombros con una sonrisa, de pronto más relajado, y apoyó la barbilla en sus manos.

—Me encanta verte apurada —noté que disfrutaba de mis sofocos y me entró la risa.

—Joder, Marcus, lo menos que me esperaba era verte aquí. ¿También eres socio del club?

—Ya sabes que en Londres la oferta de ocio es muy grande y que yo soy un hombre de recursos.

—¿Así es como te ligas a las guiris? Pensaba que eras más de copazo y barra —le seguí el tono de broma, aunque en el fondo aquello no me hacía nada de gracia. Antes de verle tenía clarísimo que elegiría a Nigma, pero ahora algo en mí me hacía dudar. Y aquello me molestaba.

—Tengo muchas estrategias que se amoldan a las diferentes ocasiones, nena, ¿no te has dado cuenta de que me adapto como los camaleones? —noté que se acercaba un poco más y sentí peligro. Uf, Vera, en qué te estás metiendo, me dije, y a punto estuve de levantarme y dejar la estancia. ¿Por qué estaba ahí? ¿Por qué no se había ido al teatro como había dicho? Marcus notó el cambio en mí y se echó ligeramente para detrás.

—No te preocupes, Vera, haremos estos cinco minutos fuera de concurso. No creo que sea sano retomar nuestra amistad de esta forma.

Pero a la vez sus ojos se deslizaban por mi cara, como esperando que le contradijese. No estaba entendiendo nada y odiaba no tener el control de la situación. Sus palabras tampoco me ayudaban a relajarme e intenté disimular lo mejor que pude.

—Tienes razón, Marcus, seamos amigos o intentemos serlo, ¿verdad?

Asintió y esbozó una sonrisa:

—Entonces no nos elegiremos —lo dijo con tono de afirmación, pero juraría que había un leve atisbo de pregunta en sus palabras. Aquella dicotomía acabó por liarme aún más. ¿Qué esperaba que dijese? Si éramos solo amigos, ¿qué más daba si elegíamos a alguien? Aquello era para follar, no para jugar al parchís. Suspiré y se me

escapó la pregunta:

—¿Tú elegirás a alguien?

—No —y me miró directamente, sin tapujos—. ¿Y tú?

—No lo sé —las palabras se escurrieron de mi boca y atiné a escucharle decir "Vale" cuando sonó el pitido que indicaba que cambiábamos de partner. Se levantó sin mirarme y yo me quedé frente al siguiente y último candidato, quien tuvo que pensar que era más bien tonta porque no atiné a decir nada coherente durante sus cinco minutos. Mi cabeza trabajaba aceleradamente: ¿qué coño iba a hacer? Antes de Marcus tenía clarísimo lo de Nigma, pero no sabía por qué tras verle la cosa había cambiado completamente. Me froté la frente y me dije que tampoco quería tener una cita-cita con Marcus, no era el momento tal y como él mismo había dicho, pero no estaba segura si ahora deseaba irme con Nigma con las mismas ganas que antes.

No había sido capaz de llegar a una solución cuando nos avisaron que el tiempo se había acabado y que teníamos que reunirnos todos en la sala principal. Nos dispusieron en dos filas, una de hombres y otra de mujeres, y mi corazón dejó de latir durante unos segundos cuando me di cuenta de que Marcus no estaba, se había ido. Había sido fiel a su palabra, no me había elegido, pero se había escabullido. Me sentí extrañamente molesta, de hecho la palabra cobarde reverberó en mi mente, aunque intenté que se me pasase al notar la mirada directa de Nigma. Éste sí que no faltaba a su palabra, me dije e intenté recuperar un poco de esa excitación que había sentido durante nuestros cinco minutos. No fue fácil, noté que me había descafeinado un poco. Joder, Marcus, ¿esto también tiene que ver contigo? Apreté los ojos momentáneamente y decidí que nadie me iba a fastidiar el plan de esa noche. Cogí mi pizarra y escribí el número de Nigma sin titubear.

—*Ladies*, por favor, enseñen sus pizarras para ver quiénes han sido sus elegidos.

La organizadora pidió un aplauso y acto seguido requirió lo mismo de los hombres. Un redoble de tambores acompañó el levantamiento de pizarras, y noté cómo la expectación invadía el aire.

—¡Ya tenemos a nuestros ganadores!

Como en una nube vi que nosotros éramos los únicos que habíamos coincidido. No me lo podía creer. Me levanté al ver que Nigma también lo hacía y la organizadora nos rodeó con sus brazos.

—Pocas veces pasa que solo una pareja se elige mutuamente, ¡esto debe ser el destino!

Todos aplaudieron y lanzaron vítores. Vaya con los ingleses, pensé. Les salió el corazón de hooligan.

—Por lo tanto, no deberán pasar la prueba para ganar el súper premio. ¡Ya es de ustedes!

Se dirigió al resto:

—Los demás pueden pasar a la sala contigua, donde tienen diversión asegurada hasta la madrugada. Así pueden continuar conociéndose, quizá cinco minutos no hayan bastado pero toda una noche puede hacer que se formen bonitas parejas.

Vi cómo todos se levantaron y charlando animadamente desaparecían por una puerta. La organizadora se dirigió a nosotros con una sonrisa de complicidad:

—Querido, tú ya sabes dónde es. ¿Llevas a Vera al reservado?

—Con mucho gusto —dijo él y me puso la mano suavemente en el final de la espalda. Empezamos a caminar y vi que salíamos por la puerta.

—¿Y tú cómo sabes adónde vamos? —le pregunté, atónita. Hizo un gesto divertido.

—Yo formo parte de la organización de este club, por lo que tengo información privilegiada.

—Ah —bufé—. Te lo tenías bien callado, ¿no?

—Bueno, no cambia nada realmente. Simplemente que sé adónde vamos y qué vamos a hacer allí.

—¿Y qué es lo que vamos a hacer?

—Lo que tú quieras, Jessica. Por lo pronto cenaremos algo.

Sólo tuvimos que cruzar la calle, porque la estancia a la que nos dirigíamos estaba en el ático del edificio que estaba frente al restaurante. Tomamos el ascensor en silencio, yo algo nerviosa al tenerle tan cerca y supongo que él también, porque se apoyó en una de las paredes del ascensor mientras intentaba no mirarme.

La puerta del ascensor se abrió y entramos directamente en una preciosa sala cuyas paredes y parte del techo eran de cristal, con lo que veíamos el cielo estrellado y una panorámica extraordinaria de Londres. No pude contener una exclamación de admiración y me adelanté.

—Esto es increíble —le dije y me volví hacia él. Vi que sonreía, complacido. Cogió dos copas de champán y descorchó la botella con pericia. Mientras servía el vino me fijé en la deliciosa cena que teníamos servida, muy ligera pero de ingredientes gourmet. La mesa estaba decorada con piedras blancas y ramas verdes, muy al estilo zen, y acorde con la decoración de la estancia. Había una zona con sofás y pufs tipo chill out, sonaba John Coltrane y la vegetación que la llenaba hacia que parecía que estuviésemos en una terraza de una isla mediterránea. No vi cama por ningún lado, porque lo que entendí que a pesar de todo el club no era tan directo en sus procedimientos. Aunque teniendo aquel sofá tan inmenso no haría falta más, pensé con nerviosismo.

Me entregó una copa y brindamos sin decir nada. Todavía no las tenía todas conmigo, necesitaría un poco de tiempo para volver a

entrar de lleno en el juego. El jodido Marcus me había desconcentrado. Nigma me observó y supongo que percibió algo porque decidió que lo que yo necesitaba era comer. Me ofreció la silla para sentarme y empezó a destapar las fuentes. Se me hizo la boca agua: ensalada templada de ahumados, carpaccios varios, milhojas de algún tipo de pescado blanco con agridulces, hogazas de pan de pueblo con carne Metz y una selección de postres imaginativos que no veía la hora de zamparme. Palmeé con emoción y nos reímos:

—Me alegro que te guste —dijo.

—Me encanta comer —revelé suspirando y doblando la servilleta en mi regazo—. Es uno de los grandes placeres de la vida. Creo que sería el único al que no podría renunciar.

Echó una carcajada grave.

—Es bueno saberlo, así tengo claro que para conquistarte tendré que hacerlo por la boca.

Me vino a la mente todo lo que me podría hacer con la boca y me retorcí, inquieta. Bien, Vera, me felicité. Estás cogiendo tono. Él también se había dado cuenta de lo que había dicho y contuvo una sonrisa. Me precipité a retomar la conversación, sin mirarle demasiado:

—No hace falta, yo puedo cocinar y muy a gusto además.

—Recuerdo que me comentaste algo acerca de que aprendiste con tu abuela. Así que aparte de todo lo que veo eres una Ratatouille —me dijo sonriendo, y asentí.

—Es una buena forma de relajarse. Disfruto mucho con ello, aunque sea para mí y para nadie más. Pero intento aprovechar las ocasiones que puedo para cocinar para más gente. De hecho, ahora en navidad me reúno con un par de amigos para hacer una cena de navidad a la española.

—A mí también me gusta, pero creo que no llego a tu nivel dado el aprendizaje que has tenido. Pero me defiendo y puedo hacer una cena de tres platos, en serio —me dijo al ver que me reía.

—No, si no creo que mientas —le dije—. Pero he oído ese cuento tantas veces que no sé si creérmelo… Es uno de los trucos favoritos de los tíos.

—Haces bien en no fiarte de un tío enmascarado —se rio él también.

—Ya que lo dices, ¿por qué no nos quitamos esto ya? —le dije, tomando un sorbo de champán. Quería ver hasta dónde llegaba, y si le ponía el morbo de la mascarita. Se recostó en el sillón y vi que buscaba las palabras.

—Antes de decirte lo que creo, debes saber que lo de la máscara es algo muy normal en este club…

—Ya me habían contado —le interrumpí.

—Hay mucha gente a la que le gusta este tema de ir sin identificar, porque así se sienten libres de hacer realidad lo que siempre han soñado, y en este club hay mucha gente que quiere cumplir sus sueños más extraños. No es mi caso —se precipitó a decir cuando vio que enarcaba las cejas—, pero no puedo negar que a veces sí que lo he hecho.

—Pero cuando estuve en fiestas del club en Alemania no era así, íbamos a cara descubierta.

—Cada país pone sus normas, y aquí en UK nos gusta lo decadente… De todas formas uno es libre de quitársela cuando lo desee, pero ya en la intimidad.

—¿Y tú te la vas a quitar? —le pregunté. Mirándome con intensidad, negó lentamente con la cabeza.

—No puedo.

—¿Por qué?

Puse cara de hacer pucheros y le arranqué una sonrisa. De pronto me acarició la mano.

—Es por mi trabajo. En realidad no debería estar aquí, ni teniendo contacto contigo, ni nada. Lo tengo prohibido. Por ahora, claro. O en estas circunstancias. Es complicado de explicar…

—Porque eres una especie de James Bond que trabaja para el gobierno, o algo así…

En otra ocasión aquello me hubiese partido de la risa, pero me lo decía tan en serio que algún viso de realidad tenía que tener.

—Bueno, preferiría ser el Santo, pero también puedo ser Austin Powers si quieres. ¿O prefieres a Batman?

Me eché a reír y casi me atraganté con el champán.

—¿Me estás contando esto en serio? —le dije, una vez me había serenado—. ¿O es que te gusta el tema de la mascarita, te pone?

—Es en serio —me contestó, dejando los cubiertos sobre la mesa—. No te puedo contar más. Como te dije, ni siquiera debería estar cenando aquí contigo. Podría estar hablando contigo en una fiesta multitudinaria sin máscara, pero no intimando así. Pero me da igual. Y para contestarte a tu segunda pregunta: también me pone el tema de la máscara. Mucho.

Uff. Apreté mis muslos uno contra otro, intentando que no se diese cuenta, pero evidentemente fallé. Su mirada me recorrió sin tregua. Aquello me estaba poniendo muy nerviosa. Pero le respondí y también le hice un escáner visual, que resultó de lo más satisfactorio. Su camisa de botones remangada, evidentemente cara pero muy casual, ponía de manifiesta su corpulencia vigorosa. Cuando apoyaba los brazos en la mesa la tela se tensaba suavemente, y sus manos eran grandes y bonitas, algo que me gustaba mucho en un hombre. Tenía sus largas piernas estiradas bajo la mesa, y sabía que era muy alto,

casi como Marcus. De hecho tenían cierto parecido, aunque Nigma no era tan moreno y tenía el pelo rapado. Y los ojos, claro está. Mientras uno los tenía como joyas heladas, éste los tenía cálidos como una copa de brandy. ¿Serían lentillas o no? Si lo eran, estaban muy bien conseguidas.

—¿Por qué la otra noche nuestro rollo fue de diversión, muy sano, y hoy estamos a saco?

Buaj. Otra pregunta que no debería haber salido de mi boca. Nigma rio sin poder contenerse y tomó un sorbo directamente de la botella de champán.

—Joder, eres increíble. Nunca he conocido a una mujer tan directa como tú, y eso me encanta. Toma —cogió un bombón y me lo metió en la boca a la fuerza—, tienes toda la razón. Que yo también tengo ganas de volver a aquello, a lo de la otra noche.

Me cogió de la mano, me llevó al equipo de música y estaba claro que quería volver a crear el ambiente de la primera noche, pero antes de que pudiese poner ni una sola canción el sonido de su móvil rompió el momento. Me miró con cara de culpa y lo cogió, mientras salía a la terraza a hablar. En tres minutos estaba de vuelta con cara de contrición.

—Lo siento muchísimo, Vera, pero tengo que irme. Cuando me llaman aun sabiendo que estoy libre es por algo grave, no puedo decir que no.

La decepción me azotó con fuerza, me había olvidado de lo ocurrido en el *speed dating* y me estaban encantando las promesas que se estaban forjando para la velada. Se me tuvo que notar bastante porque se me acercó, preocupado, y noté que él también estaba muy decepcionado.

—De verdad que lo siento, Jessica, no sabes cuánto. Estaba siendo una noche perfecta…

Asentí, mirando hacia un lado. Suspiró y me cogió la barbilla con un dedo, mientras con la otra vi que alzaba la mano por detrás de la cabeza. De pronto sentí cómo algo caía entre los dos y al levantar la vista noté que mi máscara también se deslizaba entre nuestros cuerpos, entre los cuales apenas había espacio. Me miró como pocas veces me habían mirado y me estremecí. No podía ser más guapo, más peligroso. Se me secó la boca y cuando fui a decir algo me besó con labios jugosos, como queriendo dejar huella. Su lengua era sucia, ansiosa. No pude menos que responderle y fue como echar gasolina a una llama.

Comenzamos a jadear, a enroscarnos el uno con el otro, él me apretaba el culo y yo me frotaba contra su paquete que parecía de hormigón armado. Noté que sus dedos se deslizaban por mis muslos hacia arriba, y apartando la seda de mis bragas y sin ninguna

dificultad entraron en mí, ágiles y sabios, regodeándose de lo húmeda que estaba. Le escuché ronronear y me apreté más hacia sus dedos, con lo que parecía que me estaba sosteniendo con la palma de su mano. Todo mi ser estaba concentrado en esos dedos que jugueteaban sin pudor y que provocaban ondas eléctricas por todo mi cuerpo. Sin dejar de besarme me tiró del pelo y vi que me estaba llevando hacia la zona del sofá, cuando su teléfono volvió a sonar.

—*Fuck* —le oí mascullar mientras se separaba de mí y se lo sacaba del bolsillo. Yo me quedé aturdida, no esperaba ninguna interrupción y de pronto me entró frío. Me abracé a mí misma y vi que colgaba la llamada y acto seguido cogía la chaqueta. Se me acercó, volvió a besarme y apoyó su frente contra la mía:

—Ya son dos llamadas de dos jefes distintos, no puedo quedarme.

—No te preocupes —le dije, intentando recuperarme—. Volveremos a vernos.

—Me ocuparé de que cuando eso ocurra nadie pueda molestarnos.

Volvió a besarme y desapareció por la puerta. Me quedé un poco alucinada con su rapidez y el cambio que había dado la situación. Me dejé caer en el sofá, presa de excitación sexual frustrada y con la tentación de meterme una mano bajo las bragas y terminarlo yo sola. Vaya putada, pensé. Con la buena pinta que estaba teniendo la noche. Alargué el brazo hacia una botella de champán abierta y le di un trago. De pronto me dio la risa: bueno, por lo menos podría aprovechar todo lo que había en el ático. Me levanté, me serví una copa de champán, me comí dos bombones y salí a la terraza, donde el frío de diciembre me hizo recular. Cogí el abrigo y me apoyé en la barandilla, admirando la noche estrellada y las luces de Londres.

Tenía que reconocer que desde que había llegado a la ciudad había conocido lugares preciosos, me dije. La noche de la cena de empresa con Marcus en aquel ático increíble y luego el show de burlesque, el club de salsa con Nigma, Winter Wonderland, el elegante ambiente de mi barrio… Y me estaban pasando muchas más cosas fuera de lo común que en todo el último año. El tema con Nigma (me resistía a pensar en él como Jackson), excitante y misterioso, y que no sabía en qué iba a acabar. O si quería que acabase en algo. Seguí bebiendo champán y me sentí algo perdida. Por otro lado estaba Marcus, en quien no quería pensar demasiado por todo lo que conllevaba. Pero estaba de nuevo en mi vida, por lo menos por un tiempo, y tenía que reconocer que no me dejaba indiferente. ¿Tenía sentido destripar racionalmente lo que me pasaba con él?

Volví a entrar, como huyendo de mis pensamientos, y me puse otra copa de champán. De perdidos al río, me dije, ya me atiborraría de ibuprofenos al día siguiente. Seguí deambulando por el ático y vi que tras una puerta entreabierta había luz. Curiosa, me acerqué y al abrir

me encontré con una especie de mini spa, donde decenas de velas titilaban y el agua desprendía un vapor cálido. Madre del amor hermoso, me dije. Estos tíos sí que sabían montar picaderos.

El jacuzzi parecía una piscina de los Alpes y sin pensármelo demasiado me desnudé y me metí. Ah, qué gusto, dije en voz alta cuando las cálidas aguas me envolvieron. Encontré una zona con un asiento de hidromasaje y me dejé llevar por las suaves burbujas. Eso sí, con mi copa en la mano. Uh, con ese calor y el champán me iba a dar una bajada de tensión de las buenas, pensé, pero cerré los ojos y dejé que mi mente se fuese a la deriva.

Flashes de luces, como rayos de sol, danzaban ante mis ojos, y me recordaron a cómo el sol hacía brillar las olas en nuestras playas de juventud, donde la arena era negra y donde nos metíamos entre las rocas para ver erizos y recoger burgados. Me acordé de aquel bikini verde tornasolado que fue la sensación del verano, eso y mis tetas que ese verano alcanzaron su máximo esplendor. Recuerdo cómo los chicos no podían evitar dejar de mirarme a los ojos y bajar su mirada a mi escote, y los manotazos que se llevaban por ello. Todos menos Marcus, que por respeto nunca se dejó llevar, cuando él era el único que no me hubiese importado que lo hiciese.

Le vi saltando de roca en roca con una red en la mano por si encontraba alguna lapa perdida, con sus rastas cortas y oscuras oscilando sobre los ojos verdes, y la oscura piel sobre la que destacaba el colgante de cuero con una concha. Lleno de vida, de optimismo, de abrazos cariñosos. Y los besos para mi hermana, que yo contemplaba con el corazón en un puño.

En aquella ensoñación también me llegó el olor del viento marino, de la tiza cuando jugábamos al billar en un bar del paseo de San Telmo, de los gofres con nata y chocolate que comprábamos en un kiosco de la plaza del Charco. Imágenes de nuestras tertulias ante el Atlas Británico que había en casa, eligiendo países que visitar en el futuro, mientras Laia nunca permanecía despierta y nos acompañaba dormida en el sillón. El tedio y el aburrimiento de los mediodías de verano, con el calor después de comer y la llamada a la puerta para ir a darnos un chapuzón al muelle. El sentirnos ricos cuando nos daban dinero y nos íbamos a comprar unas sardinas asadas al chiringuito de la playa y nos pillábamos unas cervezas a escondidas en la venta de Lolo, que nunca nos decía nada a pesar de ser menores de edad. La banda sonora compuesta por “Baby, I love your way”, “Chiquilla”, Laura Pausini y su “Se fue”, la última época de Héroes del Silencio, mi afición al britpop cuando mis amigas escuchaban a Rosana… Las luces y la música, el olor del spray de purpurina y las pestañas postizas en carnaval, cuando me tocaba ponérselas a todos los chicos de la pandilla. Cómo tragaba saliva cuando me tocaba ponérselas a Marcus,

teniéndole ahí cerca con los ojos cerrados y muerta de ganas de robarle un beso. Y esa noche, en la que el viento nos hizo olvidarnos de quiénes éramos… porque no fue el alcohol, lo tengo claro. Fue algo más poderoso que eso. No sé por qué me dejé llevar, por qué flaqueé, pero la sensación de estar por fin en casa fue demasiado fuerte, y cerrando los ojos me dije que sólo una vez, sólo esa vez.

Abrí los ojos con una sacudida. Todavía estaba en piscina, el agua se estaba enfriando y las burbujas ya solo eran un recuerdo. Y mi mente estaba llena de mil sentimientos y sensaciones, tantas que tuve que cogerme las manos con la cabeza y apretar una y otra vez. ¿Qué haces, Vera? ¿No deberías estar recordando el amago de noche con Nigma y creándote castillos en el aire? No, tú en vez de eso te pones a recordar cosas que pasaron hace mucho tiempo, sentimientos que murieron y que ahora sólo son un eco de lo que pasó. Porque es así, ¿no?

Me levanté, cogí una toalla y casi sin secarme me vestí. Me estaba agobiando en el ambiente cargado de vapor del spa y salí a la sala. Afuera todavía era de noche, pero sentí que estaba fuera de lugar y que necesitaba ir a casa. A mi cama, a un lugar neutral. En el ático había demasiados pensamientos y quería dejarlos allí.

Pero fue imposible. Parecía como si aquel sueño o ensoñación hubiese removido mil cosas en mi interior. Cosas a las que no me enfrentaba desde hacía mucho tiempo, y que sólo venían a mí cuando estaba sola. Las veces que había quedado con Marcus ninguno de los dos dejábamos que aflorasen, habíamos conseguido crear un ambiente divertido y fácil de llevar, muy seguro para ambos. ¿Qué pasaría el día en el que dejásemos entrar el pasado y empezásemos a llamar a las cosas por su nombre? Deseé con todo mi corazón que no pasase nunca. Que se acabase el trabajo en Londres y dejar allí a Marcus como un viejo conocido con el que había tenido el gusto de pasar unos ratos agradables.

Joder, cómo me estaba engañando, me dije en un momento de clarividencia, sabía perfectamente que eso no iba a ser así. Después de lo del speed dating algo había cambiado, él había cambiado y había hecho tambalear mi falso control. Ahora me encontraba en arenas movedizas con él, y no sabía qué podía esperar. Todo habría sido más fácil si me hubiese podido centrar solo en Nigma. Pero ahora, por mucho que quisiese negarlo y por mucho que me excitase, éste había pasado a segundo plano y Marcus estaba en el centro de mis pensamientos.

6. ESTÁS UN POCO RARO, ¿NO?

El día siguiente, tras una noche casi sin dormir, fue malo tirando a horroroso, pero con un extra de café y con la tranquilidad de haber dejado maqueada la presentación el día anterior, de alguna manera supe sobrevivir. Me fui después de comer con la excusa de que iba a preparar la presentación en casa, y eso hice, una vez dormidas unas horas de siesta para recuperar. A las siete estaba otra vez sentada con mis notas, y ya eran cerca de las diez cuando me di por satisfecha. Entonces me di cuenta de que no había visto a Marcus en todo el día, lo cual era extraño por la costumbre de esta semana de vernos para comer, y pensé en enviarle un whatsapp para saber de él. Me respondió al rato, diciéndome que había estado con fiebre desde la noche anterior, que por eso se había ido del *speed dating*, pero que esperaba ir al día siguiente. Le vería en la presentación, ya que suplía a su directora, lo cual me gustaba porque de alguna forma tenía un apoyo entre mi audiencia.

La excusa de que se había ido del speed dating me pareció de lo más tonta. Cuando estuvo sentado frente a mí no percibí ningún síntoma de que estuviese a punto de ponerse enfermo. Chasqueé la lengua: Marcus, ésa no se la iba a creer nadie. Algo más te habría pasado para irte así y no enfrentar el momento de las elecciones. ¿Qué cara habría puesto al verme irme con Nigma? Sonreí duramente. No sé para qué me engañaba: si él se hubiese quedado, probablemente no habría elegido a Nigma. Ni a él tampoco, claro está. Decidí pensar que lo mejor había sido que se hubiese ido y dejarlo ahí, no darle más vueltas.

Esa noche intenté ver unos cuantos capítulos de una serie nueva que había descubierto, pero el tema Nigma-Marcus me seguía teniendo distraída. Intenté hacer de todo para quitarme de encima aquella inquietud, pero me estaba costando. Hasta pensé darle un toque a Miki, pero me sentí extrañamente mal al pensar en una sesión de ciber sexo con él. Hay que joderse, me dije. ¿Estaba siendo fiel a algo que ni siquiera sabía si existía, o que realmente no sabía si quería que existiese?

Probé a pintarme las uñas, a comer chocolate, a masturbarme, y finalmente caí rendida con un libro de novela negra que no supo atraparme. Dormí sin soñar, del tirón, y al día siguiente me desperté mejor que el día anterior y preparada para la batalla, consiguiendo no pensar en nada más que no fuese mi presentación. Me vestí con cuidado, haciéndome una coleta vaporosa y maquillándome con esmero, dando protagonismo a mis labios que ya de por sí solían ser

bastante llamativos. Revisé que tenía todos los ficheros actualizados en la tablet y me fui a Vesta, donde el equipo me esperaba con un té de canela preparado.

La reunión era a las diez, y a las menos cuarto me fui a la sala a preparar la proyección. Estaba tan atareada que no me di cuenta de que Marcus también había llegado más temprano, y estaba observándome desde la puerta. Me sobresalté al verle y para disimular mi sofoco me reí:

—Jo, no sabes qué susto me has dado, no esperaba todavía a nadie.

Entró sonriendo y me tocó el hombro a modo de saludo, apretándolo un poco. Mi cuerpo reaccionó y él se retiró, como si hubiese recibido un chispazo. Buf, así que ya estamos así, pensé. Realmente no sabía si mi cachondez era por él o porque desde lo de Nigma andaba bastante frustrada. Arqueé las cejas y entonces fue cuando le miré de verdad:

—Anda, ¡pero si llevas gafas! Te quedan bien, te dan un aspecto de lo más interesante —le dije, sonriendo. Era verdad, le daban un punto intelectual que acentuaba su ya de por sí gran atractivo—. ¿Entonces llevas lentillas habitualmente?

—Sí, pero me están haciendo daño y he tenido que sacar las gafas del cajón.

Asentí, escuchándole distraídamente, mientras dejaba todo a punto. Mi yo profesional estaba tomando el control y no podía ver más allá de comprobar que la presentación se abría correctamente y que los links funcionaban. Pero si hubiese estado más atenta me habría dado cuenta de que Marcus estaba algo extraño, más distante de lo habitual. Yo seguí parloteando, mientras dejaba lista la presentación:

—¿Al final me acompañarás este fin de semana a recoger la pata de cerdo? Mira que para hacer la cena del veinticuatro quiero buscar buena materia prima, espero que lo tengas claro, así que más te vale que el sitio que me recomendaste sea bueno…

—Sí, no te preocupes. ¿Vamos el mismo domingo, o prefieres ir el sábado? Me dijeron que desde el sábado por la mañana la tendrías a tu disposición.

—El domingo está bien. Por la mañana he quedado con mi vecina para ir al Victoria & Albert Museum, porque hay una exposición interesante sobre Lady Di, y luego podemos ir a comprar.

—De acuerdo —me dijo, y dejamos el tema porque empezaron a llegar los directores de los diferentes departamentos.

Desde que comencé, supe que la presentación iba a ir bien. Me la había preparado perfectamente, estaba convencida de lo que estaba diciendo, y además tenía a Marcus como apoyo. Me hizo alguna pregunta, igual que el resto de asistentes, pero las suyas fueron más bien para reforzar todo lo que estaba planteando. Notaba en su mirada

un apoyo que agradecí, y al final fue el primero que me felicitó.

—Los has dejado impactados, Vera, creo que no hay duda de que tu investigación va por buen camino.

Suspiré, ya más relajada, y me apoyé en la pared. Marcus se había quedado conmigo una vez terminada la presentación, y parecía no tener prisa.

—Después de esto creo que me merezco un copazo y así inaugurar el fin de semana… —dije, estirando mis brazos con placer. Noté que seguía mis movimientos con mirada impenetrable.

—Sería ideal, pero no posible. Tengo cosas que hacer.

—Perdona, tampoco te lo estaba pidiendo a ti —bromeé, todavía relajada. Pero de pronto noté que el ambiente se llenaba de una extraña tensión. El cambió de pie y se quedó mirándome, lo cual me incomodó.

—Pues hay muchas chicas de esta empresa a las que les encantaría tomarse algo conmigo —dijo, y me reí. Aquello era muy poco marcusiano, aquel exabrupto de ego masculino no era normal en él. ¿Qué le pasaba?

—Entonces vete a decírselo a ellas, Marcus, y no me jodas. Estás muy raro hoy, la fiebre esa no te ha sentado nada bien.

Cogí mis cosas y me fui, no sin antes decirle que esperaba que se le quitase la tontería antes del domingo. Creo que soltó algún bufido, pero no me di la vuelta. Allá él con sus historias. El verle había logrado normalizar las cosas y resolví que todo aquello en lo que había estado pensando debía meterlo en una caja bien cerrada en mi cerebro, porque probablemente no fueran sino tonterías, y que me hacía más mal que bien pensar en ellas. Mi parte racional y fría se impuso, y de alguna forma logré dejarlas ahí, aunque sabía que solo era cuestión de tiempo el que asomasen la patita y pidiesen atención.

Ese viernes me quedé en casa tranquilamente, poniéndome al día con mis series favoritas y dando un empujón a un videojuego friki que llevaba tiempo creando. Pero como siempre, mis fines de semana no podían ser tranquilos del todo. Por la noche me llegó un mensaje de Miki donde me decía que al día siguiente tenía una escala corta en Londres, por si estaba libre. Genial, verle seguro limpiaría el ambiente enrarecido de mi cabeza.

Pues claro, le dije y me organicé para quedar con él en Paddington, e ir a almorzar a algún sitio interesante. Pero me sorprendió, ya que al llegar ya había reservado mesa en uno de los sitios de moda.

—¡Pero cómo logras hacer estas cosas! —le dije, riendo. Me alegraba mucho de verlo, era tan fácil estar con él. Me daba cordura, estabilidad. Él me cogió la mano y me la metió bajo su brazo, con evidente buen humor.

—Conejita, de qué me sirven los contactos si no es para esto.

—¡Pues me encantan tus contactos! La pena es que con el tiempo que tienes no nos dará tiempo de nada más.

Le miré con ojos entornados, y nos reímos.

—Es lo que más pena me va a dar de esta parada, pero por lo menos aprovechamos haciendo lo segundo que más nos gusta.

—¡Eso es verdad!

El verle había actuado sobre mí como una pastilla de energía. Miki invadía todo con su buen humor, su corpulencia y su voz un pelín demasiado alta. En el restaurante me ayudó a sentarme con galantería, y pidió un vino tinto en menos que canta un gallo.

—Así que has estado ocupada, mi Vera bonita —me dijo mientras yo estudiaba la carta—. Algo me dice que has estado más ocupada de lo normal, y no solo con trabajo.

Me puse roja, y se dio cuenta.

—¡Ajá! Ya sabía yo… te conozco mejor de lo que crees, conejita —me dijo, frotándome la mano con vigor—. ¿Algo de lo que preocuparme, por ahora?

—Por ahora no, guapo —le dije—. No sé exactamente qué contarte, pero hay algún que otro caldero al fuego. Cosas raras, ¿sabes?

—¿Y eso? —me preguntó, mientras yo nos pedía un almuerzo típico británico pero en modo fusión.

—Pues me he encontrado aquí a gente que hacía muchos años que no veía, por ejemplo. Y estoy teniendo una vida social bastante animada.

—¿Con el club?

—Sí. Estoy currando mucho, eso es verdad, pero cada dos por tres hay eventos que organiza esta gente y no me estoy pudiendo resistir…

—Pues claro, es lo que tienes que hacer. Yo también estoy que no paro, qué quieres que te diga… pero te echo de menos, aunque sea solo un poquito.

Le sonreí afectuosamente. Estaba muy guapo, y verlo con jersey de cuello en pico me hacía pensar en el cuerpazo que había debajo. Uh, los aires de Londres no me sentaban demasiado bien, estaba todo el día pensando en sexo. Me reí, y se lo dije.

—No me cuentes esas cosas, más sabiendo que no nos dará tiempo y que me estoy quedando con las ganas sólo con verte. Estás preciosa, más tigresa que nunca, no sé cómo lo haces pero no puedo mirarte sin pensar en sábanas revueltas.

Me cogió la muñeca y me la besó por dentro, sabiendo lo que me gustaba eso y lo mucho que me ponía. Le miré con una amplia sonrisa, y entonces noté que alguien me estaba mirando. Era una sensación algo incómoda, y desvié la vista de Miki para encontrar el origen de aquella mirada.

Marcus acababa de entrar en el restaurante con una preciosa rubia

de piernas infinitas, y se había quedado parado en medio del recibidor. Sus ojos, que aquel día eran azul hielo reflejando el color de su trenca súper moderna, atraparon los míos y me forzó a no desviar la mirada. No sé lo que me estaban diciendo esos ojos, pero estaba segura de que no le había hecho nada de gracia verme con Miki. Y muy a mi pesar, debía decir que a mí tampoco me había encantado verle con aquella chica tan increíblemente cool y que se apoyaba en su hombro con aires de propiedad. Más bien no me había gustado nada.

Él reaccionó primero y se acercó, poniendo su máscara de hombre mundano:

—Vera, ¡qué casualidad! Mira que hay restaurantes en Londres…

—… y hemos venido al mismo —completé. Su conducta desenvuelta había hecho que yo recobrase el control y le presenté a Miki, mientras él me presentaba a su acompañante, Jade. Con ese nombre tenía pinta de ser modelo o dedicarse a algo relativo a la moda, pero me sorprendió al enterarme de que daba clases de filosofía. Adiós a mis prejuicios, pensé mientras intentaba no fijarme en la mano que aquella criatura gloriosa ponía en la espalda de Marcus.

—Bueno, os dejamos porque veo que nos están esperando en la mesa —dijo, señalando con la cabeza hacia una mesa con más gente —. Mañana nos vemos, Vera.

—Sí, hasta mañana —le respondí y me volví hacia Miki, que había contemplado la escena con interés.

—Me da que éste es uno de los calderos —me dijo, y bufé. Sabía que Miki era muy perspicaz, pero no sabía que las ondas entre Marcus y yo eran tan evidentes.

—Es más bien un reencuentro algo extraño —le repliqué—. Le conozco de cuando era adolescente, fue novio de mi hermana.

—Amm —masculló Miki, entendiendo que ahí había más trasfondo del que parecía.

—Sí, es una historia muy antigua —le dije para zanjar el tema—. Por eso no vale la pena dedicarle más tiempo. ¿Mejor por qué no me cuentas cómo fue tu caza de brujas en Bruselas?

Miki no era tonto y vio la posibilidad de evadir un tema espinoso. Y así hizo, haciéndome reír con sus anécdotas e historietas. Yo me enfrasqué en la conversación, pero fui dolorosamente consciente de la presencia de Marcus en el otro extremo de la sala durante todo el tiempo que estuvimos allí. Y cuando ya nos fuimos, me di cuenta que él ya no estaba. Extrañamente, me sentí muy sola.

∞ MARCUS ∞

La invité a la fiesta de la empresa por curiosidad. Bueno, más bien por unas gigantescas ganas de saber de ella, que me llevaban picando el cuerpo desde que nos encontramos en los pasillos de la oficina. Nunca podré olvidar la sacudida que me recorrió cuando vi su cara, aquella que permanecía en mi recuerdo sin poder borrarse desde hacía veinte años.

Evidentemente había vivido mucho desde eso, pero no había conseguido dejar en el olvido el incidente, aquello de lo que tanto me arrepentía y que me causaba una punzada de malestar cada vez que mi mente recreaba aquel verano.

No sé si fue el impacto de verla o el desenterrar esos viejos recuerdos, pero me quedé petrificado cuando sus ojos oscuros, tan gatunos como recordaba, me fulminaron con una intensidad que por supuesto me merecía. Joder, había sido un cabrón con todas las letras de la palabra, y desde luego que si en ese momento se hubiese dado media vuelta y hubiese abandonado la estancia, lo hubiera entendido. Pero Vera siempre había sido fuerte y valiente, y por mucho que mi presencia le incomodase, sabía que no iba a recular.

Mientras nos dirigimos a la sala de reunión, intenté no repasarla de arriba a abajo, recorriendo con la vista lo que en su momento fue una promesa y ahora mismo estaba en su máximo esplendor. Siempre todos supimos que ella era especial, y no era por su rostro que recordaba de alguna forma a una Mónica Bellucci más terrenal, sino por cómo se movía, cómo gesticulaba con las manos, con un encanto que hacía que te fijases en ella y en ninguna otra. Laia era angelicalmente sexy, con esa luminosidad diáfana de las chicas rubias de ojos azules, pero Vera…Vera atrapaba las miradas por su intensidad, por su llama interna que chisporroteaba en su sonrisa de labios carnosos, y por esa música que sólo ella parecía oír. Aunque en aquel momento seguro que debía estar escuchando el Carmina Burana, porque el rictus de su rostro era serio y si hubiese tenido cuchillos a mano, seguro que me los habría clavado.

No sé muy bien cómo salí de aquella reunión, pero la sensación que me acompañó durante todo el día fue de una inquietud dolorosa, de un "esto no va a quedarse aquí". Tenía muchas cosas pendientes con ella, pero no sabía si tendría la oportunidad de acercarme para intentar solucionarlas. No después de no haberlo hecho cuando tocaba, sino huir como un gilipollas cobarde que pensó que lo mejor era dejar las cosas pasar porque éramos jóvenes, y eso calmaría todas las aguas. Estuve toda la semana pensando, y concluí que sólo por lo que habíamos sido, merecía la pena poner punto y final a la historia. O un punto y seguido. Y gran parte de mí no era insensible a su embrujo. No, no me quería apartar. Quería

redescubrirla. Y el verla la noche de la fiesta, increíble con su vestido verde de sirena y la melena oscura ondulada, con esas ganas de disfrutar que siempre la habían caracterizado, volví a sentir aquello que se había quedado en la arena negra y el rompeolas de nuestra juventud.

Por supuesto que no la creí cuando, durante el juego de la botella, me dijo que me había perdonado. Sólo había que fijarse en esa especie de distancia muy sutil que imponía entre nosotros. El que no nos conociese no la habría percibido, pero yo lo notaba. Y era normal, ojo. No se podían borrar cosas como las que nos habían pasado así, con unas horas juntos en las que además el contexto había sido de copas y risas. Sabía que debía desentrañar los nudos de otra forma, más directamente, creando situaciones de cercanía en la que ella se pudiese abrir conmigo. Pero no iba a ser fácil, porque con el paso de los días y del tiempo que iba buscando con ella, nuestra relación se convirtió en una cómoda camaradería, superficial y divertida, pero sin peligros. Y no las tenía todas conmigo, no tenía claro si iba a poder llegar a ella de una forma responsable con el bagaje que teníamos.

Además, lo de acercarme, aun siendo en plan colegas, también estaba teniendo sus consecuencias. No sé lo que me pasó la noche del speed dating, pero al verla frente a mí entendí, como si me cayese un rayo encima, que no me gustaba verla ahí. Que no quería que compartiese su tiempo con nadie más que conmigo. Me puse celoso. Joder, sí, celoso. Como un cavernícola. Aquello me partió por la mitad porque no quería que fuese así. Esa no era la forma que debían salir las cosas, así no era sano, esa no era la manera de acercarme a ella. Tuve que reconocer que se me estaba resquebrajando ese autocontrol del que siempre hacía gala, y de camino a casa me dije que aquello no tenía sentido, ya no. Tenía que ser adulto y maduro, dejar de lado las ganas que me entraban de tocarla y hacerla reír.

Entonces surgió la ocasión de la cena en su casa por Nochebuena, y supe que tenía que aprovechar el momento para ser adulto de una vez. Y no dejarme llevar, sino ser consecuente con lo que haría alguien sensato. Lo que no sabía era que el juego había comenzado sin yo enterarme, y que ya habíamos pasado la casilla de salida.

7. PREPARATIVOS NAVIDEÑOS

Al día siguiente, tras la visita al Victoria & Albert, había quedado con Marcus para ir a comprar la comida para el lunes por la noche. Llegó un poco tarde, pero como estaba con Maeve no le di importancia. Aun así, cuando lo vi desde lejos me puse nerviosa. Pero qué tontería era esta, me dije a mí misma; hasta Maeve me miró con los ojos entrecerrados y me tocó el brazo:

—Ese chico es algo más, ¿verdad? Diría que es un nudo muy complicado, con varias cuerdas entrelazadas. Algo difícil de desentrañar.

—Maeve, cuando te pones en plan bruja no hay quien te gane —le dije con una sonrisa, pero algo acojonada. La vieja tenía un don, yo tenía claro que era de esas personas que veían un poco más allá que los demás. Y eso me daba miedo: no quería escuchar lo que me dijese, y no quería darle la oportunidad de que me sentase y me empezase a soltar cosas que prefería no oír, por lo que intentaba atajar sus intentos de raíz. Me miró con cara de resabidilla y sabía que por esa vez me había salvado, pero Maeve era como un rottweiler: no iba a soltar a su presa, que en este caso era yo, tan fácilmente.

Mi amiga rejuveneció veinte años al sonreírle a Marcus, que como siempre estaba muy guapo con sus vaqueros desgastados y chaqueta gris oscura, sobre la cual tenía una mullida bufanda de pequeños cuadros blancos y negros.

—*So nice to meet you, young man* —le dijo con cierta coquetería. Uf, Maeve de joven tenía que haber sido un peligro. Marcus le siguió el juego y vi que se habían caído estupendamente. Tanto que Maeve se apuntó con nosotros a tomarse un vino y una bruschetta en un italiano cercano, antes de irnos a Southwark a buscar la pata de cerdo. Eso me vino bien, porque de esa forma me relajé con la conversación y volví a entrar en el antiguo esquema de conducta con Marcus: divertido, fluido y sin sobresaltos. No obstante, sabía que si abría las compuertas podía haber peligro. Y eso me mosqueaba. Debería haber estado pensando en Nigma y en las posibilidades de volver a vernos, no en Marcus y su historia caducada.

Cuando nos separamos de Maeve y cogimos el metro hacia Southwark, ya estábamos mucho más cómodos, en plan amiguetes:

—¿Entonces tus amigos saben lo que tienen que traer el lunes?

—Que sí, pesada. Leo y Sandra traerán los langostinos, que tiene tela conseguir unos bichos decentes aquí sin gastarte el sueldo en ellos; Alex el jamón y el queso; yo el salmón marinado y tu amiga los dulces. Ah, y entre todos el vino y la sidra.

—Ok, veo que lo tienes todo controlado, perfecto. ¿Y conseguiremos sidra?

—Si no tendremos que contentarnos con champán —sonrió mientras íbamos pasando paradas—. ¿Algo más, jefa?

—Pues no sé… podrías traer un juego para después, por ejemplo. Porque tengo entendido que aquí no se sale la noche del veinticuatro.

—No, es un día muy familiar. Aunque seguro que hay algo abierto, es Londres, algo encontraremos si hace falta, date cuenta que para mucha gente de otras religiones no es navidad.

—Ya, pero también puede ser divertido lo otro, lo de quedarnos en casa. Hace siglos que no hago algo así.

—¿Necesitas que te vaya a ayudar antes? No me importa meterme en la cocina, si te hacen falta unas manos extra.

—No te preocupes, la pata la meteré en el horno desde el mediodía, y el resto de cosas se hacen sin problema. Además, creo que Laura vendrá también desde por la tarde a ayudarme. Aunque si quieres venir porque te aburres, serás bienvenido.

Nos bajamos en la parada de Southwark y seguí a Marcus hasta la carnicería donde había hecho el favor de reservarme la pata. Tenía muy buena pinta, y me entretuve viendo todas las exquisiteces que había en el mostrador.

—Oye, ¿te apetece que compre algo y nos lo preparemos en mi casa?

La pregunta salió de mi boca antes de que la hubiese pensado realmente. Vi su rostro algo confuso y lo interpreté a mi manera:

-Ay, perdona, seguro que tienes planes. Es lo que pasa cuando una está sola en un lugar extraño, que piensa que el resto está igual. No me hagas caso, de verdad.

Y seguro que los planes eran con la rubia del día anterior, pensé maliciosamente.

—No, qué va, si yo encantado —me dijo con una sonrisa—. De hecho ya estaba echándole el ojo a aquella pieza de carne impresionante.

Mi alivio se mezcló con risas y en sintonía hicimos la compra. Repasé mentalmente lo que tenía en casa y en principio creo que daría para un almuerzo medianamente correcto.

—Así que voy a conocer tu guarida —me dijo, de vuelta en el metro. Puse los ojos en blanco.

—Ufff, pues no sé cómo te la vas a encontrar. Creo que no me ha dado tiempo de esconder las bragas que dejé en el bidet.

—Bueno, mientras no me encuentre cosas raras tipo manos humanas en botes o algo así…

—Soy friki pero no para tanto —le dije entre risas—, así que tampoco te pases.

Llegamos a casa ya avanzada la tarde y con un hambre voraz.

—No creo que tarde mucho en preparar esto —dije, contemplando pensativamente el trozo de carne—. Si me ayudas picando unas verduras y unas papas adelantaremos seguro.

Saqué los ingredientes mientras le daba las instrucciones, y le miré de reojo. Se movía a gusto en mi cocina y de pronto sentí como si hubiese estado allí toda la vida. Algo parecido a una tímida felicidad revoloteó en mi estómago.

—¿Sería mucho preguntarte si tienes algo de vino? —me dijo, mientras rebuscaba entre los utensilios de cocina—. ¿O deberíamos haberlo comprado? Mira que olvidárseme eso… Si no puedo bajar y buscar por el barrio algún sitio donde comprar una botella de algo decente.

—Estás hablando con una mujer gourmet, que puede olvidarse de comprar papel higiénico, pero nunca de un vino tinto —le dije riendo. Me quité la rebeca que llevaba y me hice un moño en lo alto de la coronilla para cocinar más a gusto. Saqué el vino y lo descorché mientras él iba lavando y pelando las verduras. Vaya, el chico era apañado, me dije, al ver cómo picaba todo con soltura.

Una vez tuvimos la carne en el horno y las verduras y las papas esperando para hacerse en una sartén, nos servimos el vino y le enseñé la casa. Mientras él hacía un repaso de mis listas de reproducción de Spotify, yo fui poniendo la mesa. Quedaba bastante pobre, sin mantelería y con unos bajoplatos de lo más normalitos, pero bueno, era un piso de alquiler y no podía pedir más. Qué pena no haber previsto aquello con más antelación y pedirle prestado algo a Maeve.

—El vino está delicioso —me dijo.

—Pues nos tendremos que beber toda la botella.

—No lo dudaba —sonrió mientras echaba un ojo a la carne. Uf, iba a tener que controlar lo que bebía, no fuera a hacer algo fuera de tono. Porque al margen de lo bien que me lo estaba pasando con él, verle ahí, tan grande, guapo y estupendo hacía que la libido empezase a levantar la cabeza. ¡Contrólate, Vera, no pienses ni imagines nada! Concluí que la falta de Miki hacía que estuviese más salida que una esquina.

Pasamos una tarde noche genial, charlando de todo un poco. Me enteré que su primer trabajo había sido en Shanghái, donde había estado viviendo durante cinco años. Luego la empresa le había dado el traslado a Londres, donde al cabo de un tiempo pasó a Vesta, donde llevaba trabajando seis años.

—¿Y nunca trabajaste en Suecia? Siempre pensé que vivirías un tiempo en el país de tu padre.

—Pues fíjate que no… Nunca surgió la oportunidad, y tampoco me lo planteé una vez volví de Shanghái. Me apetecía mucho vivir en

Londres.

—¿Y ves a la familia de tu padrastro?

—A veces quedo con mis hermanastros, pero no tenemos una relación súper cercana. Desde que él murió, no nos hemos visto mucho.

—No sabía que había fallecido, lo siento —le dije, apretando su mano.

—Sí, fue muy triste, además yo no estaba aquí en ese momento, y sé que preguntó por mí.

—Daniel era un buen tío, la verdad.

—Sí, fue lo mejor que le pasó a mi madre. Qué pena que lo disfrutasen tan poco. ¿Y tu familia? ¿Cómo están todos?

Torcí la boca.

—Bueno, ya no queda nadie realmente. Mi madre murió hace unos años, no sé si lo sabías, y mi tío se vino abajo con eso. Ahora está con Alzheimer en una residencia. Pero como ya sabes, nunca me fue cercano.

Y tanto que no lo fue. Laia era su favorita, y yo para él era un cero a la izquierda. Siempre pensé que había sido porque Laia se parecía mucho a la familia por parte de mi madre, rubia y blanca, con cara de muñeca. Yo salí a mi padre, morena y con los rasgos más marcados, más cercana a la típica belleza canaria. También podía tener que ver que yo era más rebelde y antipática que Laia, que con su candor y cara de niña buena conseguía lo que se proponía sin tener que recurrir a mi mala hostia.

Casi al unísono los ojos de ambos se fueron a la foto de Laia que me acompañaba a todos lados desde su muerte. Fue tomada en unas fiestas de la embarcación de la Virgen del Carmen, un año antes de su muerte, y simbolizaba la alegría de la juventud y el esplendor de una belleza adolescente. Cada vez que la veía me dolía el corazón, a pesar de haber pasado tanto tiempo.

—La echo de menos, Marcus —dije con voz tenue—. Siempre será así.

—Lo sé. Créeme que te entiendo.

Se acercó un poco a mí y me acarició el pelo. De pronto me di cuenta de que nunca había hablado de ella como podía hacerlo con Marcus, porque él había sido parte de todo aquello. Las palabras empezaron a fluir como un torrente y supe que no podría pararlas hasta contarle todo lo que llevaba almacenando en mi interior durante muchos años.

—No sólo la echo de menos por lo que fue nuestra relación como hermanas, que tú conociste bien. La de veces que nos quedábamos hablando por la noche, cómo ella me incluía en su pandilla a pesar de ser yo más pequeña, hasta cuando ella tenía sus épocas oscuras que no

quería salir de su habitación, yo era la única a la que dejaba entrar. No, también echo de menos lo que no fue: la relación que hubiésemos tenido de adultas, el poder ser parte de mi otra mitad para poder contarle mis cosas, disfrutar de unos sobrinos que seguro que hubiese tenido, porque ella era muy maternal…

Marcus se miró las manos y luego a mí, con una expresión indescifrable.

—Ella era una persona llena de mucha luz, pero también de muchas sombras. Ahora, de adulto y al mirar hacia detrás, no sé cómo no nos dimos cuenta de que ella en el fondo no estaba bien. Porque tú lo sospechabas, ¿verdad?

Me eché hacia detrás, consternada, y enseguida se arrepintió:

—Lo siento, he sido muy duro. Pero nunca he hablado esto con alguien, y quizá me haya olvidado por un momento de que era tu hermana…

Respiré hondo, todavía impactada.

—No te preocupes. Lo que dices en el fondo siempre lo he sabido, pero me choca mucho ver que alguien más también lo intuía. Laia era como una bengala, con una chispa y luz que iluminaba y enamoraba a todos. Si hubiésemos vivido en los Estados Unidos, habría sido la reina del baile y la más popular del instituto. Pero como las bengalas, esa luz se consumía rápido. No sé qué era, pero había algo que la preocupaba, algo que creo que la hacía sentir que no estaba en su sitio.

Recordé los últimos tiempos, en los que ella estuvo más cerrada de lo normal y donde se pasaba días enclaustrada en el dormitorio. Mi madre intentaba comunicarse con ella, pero Laia no la dejaba. A mí era a la única que le decía que estaba muy triste, pero que no me preocupase, que era porque estaba demasiado ociosa y le daba demasiado tiempo a pensar en cosas tontas.

—¿Entonces tú crees que lo que pasó no fue un accidente? —Marcus hizo la pregunta con tiento, pero aun así no pudo atenuar la dureza de la misma. Sentí el vacío en el estómago como siempre que pensaba en ello.

—No lo sé, Marcus, lo he pensado y repensado miles de veces, pero nunca lo sabremos. Esa noche hacía mucho viento, ¿recuerdas? Las sombrillas volaban en la plaza y nosotros tuvimos que meternos dentro del bar. El mar estaba picado, pero no sé si hasta el punto de generar una ola que la arrastrase desde el rompeolas.

—Pero a ella le encantaba bajar del rompeolas y sentarse en los mismos diques, donde los cangrejos. A lo mejor lo hizo esa noche también.

—¿De noche y sola? No lo sé…

—En esos días estaba muy rara, quizá no lo pensase mucho y lo

hiciese.

Nos quedamos callados, rememorando aquella noche como si hubiera sido ayer. Marcus y yo habíamos estado desde por la tarde con otros amigos en un bar de la plaza, y conforme pasaba la noche los demás se fueron y nosotros acabamos cenando allí. El dueño del local, que nos conocía, nos entretuvo con varias partidas de futbolín, y acabamos cerrando el local con él. Esa había sido nuestra bendita coartada para aquella noche, porque la policía nos interrogó a todos y cada uno por separado para constatar que a la hora de la muerte de Laia todos teníamos una excusa demostrable de dónde habíamos estado.

—Siento mucho que todo terminase así, Vera. Y no sólo hablo de lo de Laia, sino de lo que pasó entre nosotros.

Levanté la cabeza, con el corazón dándome un vuelco. Oh… Ahí estaban las palabras que había deseado oír toda mi vida, las que en mis sueños más vengativos despachaba con frases hirientes que llevaba ensayando años, pero que en cuanto abrí la boca para vomitarlas, me di cuenta de que no quería, que ya no me importaba. Que lo había perdonado sin darme cuenta. Que aquello había quedado atrás.

Y eso fue un inmenso alivio.

—Marcus, no te preocupes. En su momento me dolió mucho, y te odié, no te voy a mentir. Creo que habría podido matarte si te me hubieras puesto delante —dijo sonriendo sin mirarle—. Pero con el tiempo lo he entendido, y ahora ya no tengo ningún resquemor. Fue demasiado para todos, incluido tú.

—Pero me gustaría explicarte…

—No hace falta, de verdad. En serio, dejémoslo así. Creo que reaccionaste como cualquier chico de tu edad con un estrés tan grande encima. A fin de cuentas, lo nuestro no fue importante. Sucedió y punto.

Bueno, sí fue importante, para mí seguro. Lo más importante de mi vida. Pero eso no se lo iba a contar. No quería que supiese nunca aquello. Si no, no podríamos ser amigos.

Fue a decir algo, pero le callé tocándole levemente la mano:

—Déjalo estar, en serio. Quisiera que ahora que nos hemos reencontrado sea para algo bueno, y que esa amistad que tuvimos se pueda mantener incluso ahora, que somos mayores.

—Va a ser complicado —me dijo, y un atisbo de humor inundó su cara—. Estás demasiado buena para eso.

—¡Anda, ya estás con las boberías de siempre! —me reí y el momento de seriedad se disolvió, no sin dificultad—. ¿Quieres que abramos otro vinito? ¿Para brindar por los viejos tiempos y por los nuevos?

Accedió gustosamente, y mientras yo me dirigía al mueble bar encendió la tele:

—Mira, van a dar "Love actually", me encanta esa peli.

—¿En serio? —no conocía muchos hombres que fueran capaces de decir algo así de ese tipo de película. Yo la había visto como treinta veces.

—Solo con ver a las jamelgas americanas que se liga el inglés vale la pena dedicarle tiempo —se mofó de mí y riéndonos nos echamos en el sofá, a disfrutar de la noche, que se prolongó varias horas hasta que yo, como siempre, me quedé dormida como un tronco.

De pronto me desperté de un sobresalto, y mi primera sensación fue que estaba algo incómoda. Y que estaba echada sobre algo que no era ni mi cama ni mi sofá. Tanteé con la mano, y salí del sopor al darme cuenta de que estaba durmiendo en los brazos de Marcus. Estábamos en el sofá, donde habíamos estado viendo la tele, pero no sé cómo había llegado hasta ahí. Intenté ordenar mis recuerdos, y con alivio me di cuenta de que no había pasado nada grave. Al moverme él también se sobresaltó, y sus ojos de diamante me miraron con plena lucidez:

—Perdona, es que me acabo de despertar y me vi aquí…

No sabía explicarme, fue tal la sensación de intimidad que nos invadió. Él se incorporó a medias y se pasó la mano por los ojos:

—No, perdóname a mí, debería haberme ido ya a casa…

—Pero si viniste en metro, y ya es tarde. Quédate a dormir aquí, no pasa nada —me levanté, desmadejada—. Si quieres puedes compartir cama conmigo, es king size, por lo que ni nos rozaremos.

—No, no te preocupes, es mejor que me vaya a casa.

Lo vi apurado y tuve que sonreír.

—Hombre, si tienes ganas de buscar taxis con el frío que hace… No seas tonto, mira que no dejo que alguien comparta mi cama así como así.

—Te lo agradezco, pero creo que lo más sabio es no meterme contigo en esa cama.

De nuevo esa intensidad, esa intimidad. Yo estaba medio dormida pero no pude dejar de sentirlo, y como estaba atontada lo que me apetecía era dejarme llevar. Me moví hacia él, con los ojos entreabiertos, pero me hizo un quiebro digno de Messi y cogió su chaqueta.

—Mañana nos vemos —me dijo suavemente y cerré los ojos cuando me besó en la mejilla con mucha corrección. Salió por la puerta silenciosamente y yo volví a quedarme sola. Y con frío. Esa deliciosa sensación cálida que me había proporcionado su cuerpo se estaba desvaneciendo rápidamente y sin pensarlo demasiado me dirigí a la cama. Duérmete, Vera, me dije. No le des vueltas a lo que te dijo.

Mañana será otro día.

8. LA NAVIDAD LA SANGRE ALTERA

Cuando me desperté a la mañana siguiente tenía la poderosa sensación de que no había dormido sola. Lo cual era una estupidez, porque me acordaba perfectamente de cuando Marcus se había ido, y además en el otro lado de la cama no se veían signos de que alguien hubiese dormido ahí. Me pasé la mano por la cara para despejarme y sonreí. Vaya manera de empezar las fiestas. Miré el reloj y me alarmé: aunque ese día veinticuatro no trabajaba, ya que todo el equipo lo había pedido libre, tenía que ponerme las pilas para tener todo a punto para la noche, así que me preparé a pasar un día ajetreado en casa.

Después de ducharme puse música y me dispuse a ordenar un poco el apartamento. A lo tonto ya eran las doce de la mañana, y tenía que meter la pata en el horno en nada. Saqué la mesa de comedor de donde estaba y la desplegué, para luego volver a pensar lo pobre que iba a resultar la decoración. Entonces me acordé de Maeve y me dispuse a hacer un intercambio.

—Si me prestas un mantel y unas servilletas bonitas, te invito a picar algo ahora —le dije, y la vieja se prestó encantada.

—Pues claro, déjame buscar el mantel y te lo llevo enseguida.

Mientras Maeve rebuscaba entre sus armarios llenos de mantelería exquisita, yo abría un vino blanco y hacía unos canapés de queso blanco cremoso, chutney de tomate y sal del Himalaya, y unos vol-au-vents de tamaño cóctel rellenos de salmón, cebolla roja, mayonesa y eneldo. Eran mis canapés exprés que siempre quedaban bien, y que siempre me habían sacado de muchos apuros. Como el de aquel momento con mi vecina.

Menos mal que había preparado algo medianamente aceptable, porque cuando llegó y vi lo que me había traído, tuve que aplaudir de la emoción.

—Maeve, ese mantel es demasiado. ¡Me encanta!

Era precioso, en tonos perla y dorados, con motivos navideños muy elegantes y difuminados. Además me había traído las servilletas de tela a juego y unas velas con sus candelabros antiguos. Todo quedaría perfecto con la vajilla del apartamento, de toque inglés clásico, y unas copas labradas que también había encontrado y que de lo kitsch que eran, me encantaban.

—A ver, vamos a poner la mesa como yo la ponía en mi juventud, cuando recibíamos gente. Te voy a enseñar cómo se monta una navidad inglesa de las finas, *deary*.

Pasé un rato agradable con ella, pero a las dos se fue para

arreglarse, ya que sus hijos la venían a buscar para que pasase las fiestas con ellos en una casa en las afueras. Aproveché el tiempo e hice la cubierta de mostaza, pan rallado y clavo a la pata, y la metí en el horno, ya que era bastante grande y por lo tanto tendría que estar unas cuantas horas en el horno. Quería que quedase con la piel churruscadita y crujiente, pero con el interior jugoso y tierno.

Ya de paso saqué la verdura y la piqué, para dejarla preparada para rehogarla. Las papas las pelé y las dejé en agua, para más tarde cocerlas y hacer puré. Después comprobé mis existencias de vinos y bebidas espirituosas, las de refrescos y tónicas. Todo bajo control, me dije y me senté un rato a descansar en mi lugar favorito, una especie de banco acolchado que servía de alfeizar a una de las ventanas principales de la sala.

No había pensado demasiado en la conversación de anoche con Marcus, y no pensaba hacerlo. Quería tomar todo lo que pasase con él como algo que fluía, sin darle demasiadas vueltas. Hasta las sensaciones que me inspiraba, que no eran pocas. Me estaba liando, pensé. ¿No tenía suficiente reto con Nigma? Con Marcus todo era más complicado. Intenté no pensar más en ello, y me entretuve perezosamente viendo a la gente pulular por mi calle, haciendo las últimas compras y con caras de prisa.

A las seis apareció Laura cargada de bolsas, que dejó caer sobre la isla de la cocina.

—Chica, ¡qué bonito todo! —sonrió al ver la mesa puesta, muchas velitas encendidas por toda la sala, y un mini árbol de navidad muy elegante—. Si querías que esto se pareciese a una navidad española tendrías que haber sacado la botella de Anís el Mono, poner la vajilla desparejada y cubrir las paredes de guirnaldas baratas de la tienda de barrio. Ah, y un belén con el riachuelo hecho con papel de aluminio.

—Oye, que una con la edad ha aprendido, ¿qué te imaginabas? Hoy es un día importante, hacemos una navidad de expatriados —le dije, de buen humor. Laura era única para levantarle la moral a un muerto —. ¿Al final conseguiste turrones?

—Pues sí, no te lo vas a creer. Tuve que ir hasta Notting Hill para comprarlos, en una tiendecita de productos españoles, pero ya que estaba allí, me vine un poco arriba y compré más cosas.

—Bueno bueno, esto sí que va a parecer una navidad de verdad — me reí, al verla sacar una botella de Sidra el Gaitero, una bolsita de peladillas y un buen trozo de lomo ibérico.

—¿Y tú ya tienes todo hecho? Con lo que te conozco, lo tendrás preparado desde ayer…

—Ni de coña, de hecho me iba a poner ahora a hacer el puré de papas, para dejarlo preparado para cuando saque la pata del horno y darle una gratinada, y las verduras las rehogaré en un rato y las dejaré

al dente para meterlas al final con la pata.

—Lo que tú digas, corazón, yo de eso no entiendo nada, sólo sirvo para comer. ¿Y a qué hora vienen los demás? ¿Los conoces?

—Les dije que sobre las ocho, para ir terminando los platos con calma. Y bueno, los conozco por whatsapp, nada más.

—Ahora me dejas ver para cotillear la pinta que tienen. Pero llegarán tarde. Es una navidad patriótica, ¿no?

Como siempre, Laura tuvo razón. Eran casi las nueve cuando estuvimos al completo, siendo el amigo de Marcus, Alex, el último que llegó.

—Perdón, perdón… que tuve que ir a Jabugo a matar al cochino.

Me cayó bien al momento, al igual que Leo y Sandra, los mellizos amigos de Marcus. Desde el principio hubo buena sintonía entre todos, y tuvimos una cena muy amena, aderezada con algún "ropo pompón" y "peces en el río". La comida quedó estupenda y hasta pusimos de fondo el vídeo en diferido del discurso del rey.

Me gustó estar rodeada de gente que apenas conocía en una fecha tan señalada. Fue genial ir conociendo trozos de la vida de todas aquellas personas, recuerdos navideños de sus casas, de sus familias, y de las tradiciones que habían forjado ellos mismos en sus nuevas vidas. Así me di cuenta de que había mucha más gente como yo, viviendo su vida de la forma que mejor cree y no ajustándola a las conveniencias. Los amigos de Marcus eran gente sencilla, inteligente y trabajadora, que con esos atributos habían conseguido labrarse un futuro prometedor en los sectores donde trabajaban. Se habían ido de España cuando todavía no había necesidad de ello, antes de la crisis, y ahora estaban cosechando los frutos de esa decisión. Leo y Sandra eran ambos médicos y trabajaban en diferentes hospitales en las afueras de Londres, mientras Alex era un freelance que tan pronto organizaba un evento como hacía de DJ o se enrolaba en equipos de producción de productoras cinematográficas. Se buscaba la vida divinamente y tenía mil historietas que contar, que hicieron que me partiese de risa como hacía tiempo que no lo hacía.

Después de cenar nos tomamos unas copas mientras jugábamos a un juego inglés que no había visto en mi vida, pero que tenía un aire al de las películas. Nos lo tomamos tan en serio que pensamos que nos iban a mandar a las autoridades para hacernos callar, pero se veía que los del edificio estaban cada uno a su bola, disfrutando de lo suyo sin reparar en lo que hicieran los demás.

Finalmente, a las tres de la mañana, la gente comenzó a irse, dándome las gracias por haberlos acogido y deseando poder quedar de nuevo. Vi que Laura había hecho buenas migas con ellos y me alegré, le vendría genial conocer gente nueva y ampliar sus círculos. Y sobre todo que la sacasen de esa culpa que sentía por terminar su

matrimonio y dejar de ser la chica perfecta que todo su entorno pensaba que era. Le di un caluroso beso y abrazo y la despedí con la promesa de irnos a tomar un té con pastas en los días siguientes. Marcus también la besó con amabilidad y de pronto, cuando se cerró la puerta, vi que seguía con la copa en su mano y nos quedamos solos. Sonrió pensativamente con la mirada puesta en la copa pero luego levantó la vista y buscó mis ojos con cierta timidez:

—Oye, no quiero ser invasivo ni nada por el estilo, pero como ayer lo pasé tan bien tenía ganas de terminar la noche contigo a solas, si te parece.

—Claro —le dije y me puse a ponerle jabón al lavavajillas, porque me había puesto roja como un tomate. Y muy nerviosa, dicho sea de paso. ¿Eso significaba lo que yo pensaba que significaba? Solo de pensarlo me estaba poniendo bastante cachonda. Braguitas abrasadas a nivel peligro—. Mañana no hay que trabajar, así que podemos quedarnos otra vez dormidos en el sofá.

—Ven —me pidió desde el sofá, y como una tonta obedecí. Él estaba toqueteando su copa, sin mirarme, pero luego levantó la vista y atrapó la mía:

—Siento sacar este tema ahora, después de todo el buen rollo de esta noche, pero no me quedo tranquilo si no lo hablamos…

Le animé a continuar, supuse que tendría que ver con la conversación sobre Laia y mi ánimo decreció un poco.

—Ayer no te pregunté algo que realmente es lo más importante de todo, porque determina muchas cosas.

—¿El qué?

—Si te habías perdonado a ti misma por lo que pasó. Me dijiste que a mí me habías perdonado, ¿pero y a ti? Si eres la chica que conocí de joven, debes seguir siendo tremendamente dura contigo misma.

No sé si fue por todo el vino que había bebido, o que ese día mis emociones estaban a flor de piel, pero el que Marcus me preguntase eso con la voz teñida de sincera preocupación hizo que de pronto empezaran a caer lágrimas por mis mejillas. Una, y otra, y otra, y finalmente se mezclaron en riachuelos. Fui incapaz de mirarle, pero él se acercó a mí y empezó a secarme las lágrimas una a una, con la voz llena de preocupación.

—Vera, no te lo dije para que te lo tomases así, eh, preciosa, perdona, he sido un bruto, no debería haberte preguntado nada, soy un bocazas —él no paraba de hablar, pero lo que no sabía era que aquellas lágrimas eran de liberación. Nadie en mi vida había sabido de lo de Marcus, por lo que nadie nunca pudo preguntarme por esa autoflagelación a la que me había sometido durante años. Claro, sólo podía ser él quien finalmente me ayudase.

—Te voy a contratar como mi psicólogo particular —le dije,

intentando separarme—. Gracias por preguntármelo —dije intentando serenarme, pero sin conseguirlo.

—¿Está segura? No te veo muy bien —dijo, al ver que las lágrimas seguían fluyendo sin control. Tiró de mí y me abrazó con mucha ternura, acariciándome la espalda consoladoramente. Me hundí en sus brazos, dejándome ir, y descansé entre ellos tranquila, cogiendo fuerzas para seguir hablando. Se estaba muy bien ahí, cobijada y cálida, sintiéndome pequeña por una vez.

—Perdón, de verdad, no quería ponerme así… Pero es que nunca había hablado de esto.

—Yo tampoco.

Su confesión me reconfortó, eso me decía que no era la única que tenía cicatrices muy adentro.

—Es que durante toda mi vida he sentido que lo que pasó aquella noche me ha castigado en todas las relaciones que he tenido. Marcus, yo estuve casada, y creí que era feliz, pero se rompió de un día para otro, como cuando murió Laia. Ni antes ni después de eso he logrado involucrarme con nadie. La relación más cercana a eso que tengo es con el hombre que me viste el sábado, pero es como un parche, a la espera de que llegue lo verdadero. Y ya tengo treinta y cinco años, no soy una niña, y cada vez tengo menos esperanza de que ocurra…

Me estaba desnudando totalmente ante él. Nunca jamás habría dicho aquello a nadie, porque me había costado mucho crear mi autodefensa y mi postura ante la vida. Le miré, devastada.

—No sé por qué te estoy diciendo esto… Normalmente ni pienso en este tema, es algo de un pasado muy lejano, y tengo creadas unas defensas muy fuertes contra cualquier tipo de pensamiento que es asemeje a esto, pero supongo que tú me has roto las barreras. Porque tú estuviste ahí, y supongo que también eres algún tipo de víctima, lo eres, ¿verdad?

Bajó la cabeza para camuflar su emoción y cuando me miró, supe que me entendía.

—Solo he tenido una relación después de que ocurriese todo aquello, y fue terrible. No sé cómo aguanté tantos años de locura, de inestabilidad emocional brutal; en un momento de supuesta racionalidad decidimos casarnos, pero me engañó con otro y yo la dejé. Luego ella enfermó, y volví para estar con ella hasta que se recuperó. Finalmente nos desgastamos, nos agotamos hasta el hueso, y desde entonces no he tenido nada serio con nadie. Así que sí, creo que también estoy bajo la maldición que dices. La de no conseguir ser feliz.

—Pero esa maldición no puede existir, Marcus, sería una locura pensar lo contrario. Para mí es algo que está en nuestras mentes y que nos hemos ocupado de alimentar durante años. Porque lo que hicimos,

lo que pasó…

Me callé, no sabía cómo seguir.

—…lo quisimos hacer los dos, Vera. Para mí no fue un momento de venganza hacia Laia, ni algo que me apeteció de pronto, un calentón y punto. Yo lo hice conscientemente y porque lo deseaba mucho.

El corazón dejó de latirme por un segundo, y tomé aire. Ignoré sus últimas palabras con decisión, como si no hubiesen existido.

—Pero aun así lo hicimos mal, Marcus, eso no estaba permitido. A no ser que hubiese habido sentimientos más profundos, y no los había.

Costaba mucho mentirle mientras me miraba con esos ojos intensos, pero debía hacerlo. No me respondió, y se recostó hacia detrás como intentando salir de la atmósfera tan rara que se había creado. Sentí frío al notarle alejarse, así que sin pudor alguno subí mis pies y los acoplé bajo sus piernas, como si estuviese en una madriguera.

—Quizá hablar de esto nos cure —me dijo él al cabo de un rato. Asentí con esfuerzo.

—Pero que no se convierta en nuestro tema preferido —intenté bromear, empezando a alejarme de él. Aquello era peligroso—. Que luego nos convertimos en unos amargados, y con lo bien que lo pasamos juntos no sería bueno.

Sonrió mientras me levantaba y me siguió.

—Creo que tengo que irme —me dijo—. Es tarde ya, y si seguimos por aguas profundas se nos va a quitar todo el espíritu navideño.

Me desilusioné: por un momento me hubiera gustado que se hubiese quedado. Qué tonta. Aquello no hubiese tenido ningún sentido. Cerré los ojos para dejar de pensar y puse mi mejor sonrisa. Lo acompañé a la puerta y entonces él miró hacia arriba, sonriendo:

—Anda, mira qué casualidad.

Alguien había colgado encima del dintel de mi puerta unas hojas verdes, que mucho me temía que fueran muérdago.

—¿Y esto? Yo no lo he puesto ahí.

Enseguida sospeché de Maeve, pero no me veía a la viejilla subiéndose a una escalera aprovechando alguna ausencia mía. ¿Quién lo habría puesto?

—Bueno, el caso es que está ahí. Y ya sabes lo que se dice del muérdago…

—Pero nosotros somos españoles, no es nuestra tradición —le dije, poniéndome colorada. Empezó a reírse y me cogió por la cintura:

—Pero ahora no estamos en España, sino en Londres, y aquí los amigos se besan para desearse una feliz navidad.

No pude reaccionar, porque con un movimiento controlado me cogió por la nuca y me dio un beso en los labios que hizo estremecer todas las células de mi cuerpo. En ningún momento fue invasivo, pero solo sentir sus labios esponjosos contra los míos me hizo marearme.

Suaves, calientes, perfectos. Míos por unos segundos. Abrí un poco mi boca y le devolví el beso de forma jugosa, casi posesiva, con ganas de prolongarlo infinitamente. Sus manos subieron como para cogerme la cara y seguir besándome, las mías también lo hicieron para meterse en su pelo, pero de pronto me soltó.

Tenía la mirada velada y creo que estaba haciendo muchos esfuerzos por controlarse. Yo di un paso hacia detrás, intentando decir algo medianamente coherente:

—Pues si besas a todas tus amigas así, no entiendo cómo no tienes más…

—Las tengo, Verushka. Pero no las llevo bajo el muérdago.

Aquel nombre removió mil cosas en mi interior. Era como me llamaba él cuando éramos pequeños. Le miré, sin saber qué decir, y me sonrió:

—Hasta mañana.

Asentí, todavía un poco atontada, y vi cómo se iba. Hay que joderse, me dije. Me toqué la boca como queriendo preservar el calor de la suya, y la excitación me recorrió entera. Qué lío, qué lío... ¿A dónde nos iba a llevar todo esto? Porque aquello era jugar con fuego, me conocía demasiado bien y sabía que si seguíamos así acabaríamos follando como los putos dioses. Como aquella vez. Pero lo que no sabía era cómo iba a ser el después. ¿También desaparecería? ¿Sólo sería sexo? ¿Estaba siendo tonta tontísima por pensar en que podía haber algo más? Y sólo estaba pensando en él, me dijo. No estaría nada mal intentar entender qué era lo que sentía yo.

Una avalancha de temor me inundó mientras me dirigía hacia la cama y cerraba los ojos con fuerza. Pero no dormí demasiado, a las diez ya estaba desvelada. Tenía algo de resaca, y me levanté para tomarme un ibuprofeno. Uh, pensé. Demasiada mezcla la de anoche. Fui hasta la nevera para tomar un poco de zumo de naranja, y fue entonces cuando todo lo que había ocurrido la noche anterior me golpeó con toda su fuerza.

Marcus y su beso. Ese cálido y jugoso beso. Uf, tuve que coger aire. Estaba claro que me había afectado más de lo que nunca habría llegado a imaginar. Me eché en el sofá, pensando frenéticamente. A ver, si me había besado era porque se sentía atraído hacia mí. Aquello no había sido un beso de amigo, más bien había querido darme algo para recordar y confundirme aún más de lo que estaba. ¿Qué iba a hacer yo ahora? ¿Ignorarlo y actuar como si no hubiese pasado nada? ¿Dejar fluir el tema y ver cómo evolucionaba? Además, esto se me estaba mezclando con el tema Nigma. ¿Debía dejarlo pasar? Porque las fuerzas no me iban a dar para meterme en dos historias a la vez. Sobre todo sabiendo que en el fondo era con Marcus con quien más tenía que resolver, y que ganar o perder. Esa incertidumbre me

mataba.

No quería sorpresas. Quería tener todo dispuesto en mi mente para que cuando llegase el momento, estar preparada y ser racional. Me acordé de ambos y fruncí el ceño. Con Nigma estaba claro, me encantaba pasar el tiempo con él, y lo poco de la noche que habíamos pasado juntos había sido increíble. Podía ser algo que evolucionase a algo verdadero o si no, se convertiría en un Miki segunda parte. Recordé cuando conocí a Miki: los dos tuvimos que hacer verdaderos esfuerzos para no involucrarnos. Salíamos de relaciones rotas y no era lo que queríamos, por lo que cuando vimos que la cosa se puso intensa, hicimos un parón para relajarnos. Y aquello funcionó. Pero con Marcus era un dilema. Teníamos demasiado bagaje. Le conocía de siempre, y aquello era una ventaja. Porque siempre me había gustado cómo era, y estaba descubriendo que ahora, de adulto, me gustaba incluso más.

∞ MARCUS ∞

Joder, el beso. Ese beso bajo el muérdago. Desde anoche no podía hacer otra cosa sino pensar en él, en cómo su boca se amoldó perfectamente a la mía, y cómo fue su respuesta, devoradora y furiosa. El acordarme de sus labios calientes me tenía en un estado permanente de excitación, sentía que mi polla tenía vida propia. Parecía un mono en celo, y eso sólo con un beso. Pero es que había sido con ella. Con ELLA.

Aquel beso me había revelado muchas cosas a las que no había sido capaz de poner nombre en las últimas semanas. Joder, Marcus, me dije, no te tenía por un tío naíf, estaba claro que esto pasaría en algún momento, todo se estaba dando para acabar ahí, bajo el muérdago. Aun así, me cogió de sorpresa porque fue mi cuerpo el que tomó las riendas de la situación. La vi ahí, en la puerta, tan preciosa, cálida y sonrojada, y la sentí mía. Como si hubiera tenido todo el derecho del mundo de besarla.

Así que a partir de ahora, tenía que tener mucho cuidado. No podía poner en peligro esa frágil confianza que estaba consiguiendo que sintiese conmigo, eso era lo más importante. Volver a crear lazos, a hacerla entender que conmigo todo es seguro y fácil, que lo primero era que se sintiese bien conmigo. Recuperar lo que perdí, poco a poco.

Miré por la ventana mientras se iban encendiendo las luces de la ciudad y saboreaba una cerveza helada, perfecta para después de mi sesión de running por Hampstead Heath. Deseaba ocupar mi mente con otras cosas, las que hasta la fecha habían formado parte de mi ordenada vida, pero desde que ella había llegado, todo se había tambaleado. Y no sabía dónde íbamos a llegar con todo aquello. Ni siquiera hasta dónde quería llegar yo. ¿Sexo? Claro que sí. Si hubiera sido otra mujer cualquiera, ya lo habría conseguido. Pero con Vera quería tener una paciencia que me dictaba una parte desconocida de mí, y eso me hacía estar constantemente ansioso, con ganas de acelerar las cosas pero a la vez no dar un paso sin meditarlo mucho. En un principio pensé que era una especie de obligación de resarcirme por lo mal que lo había hecho en el pasado, pero conforme pasaban los días sabía que no era solo por eso. Que me estaba gustando más de la cuenta estar con ella, sentirla vibrar de risa o ser objeto de alguna de sus miradas fulminantes, ver las chispas que se originaban entre nosotros cuando nos mirábamos y nos entendíamos perfectamente, y encima ahora también deseaba su cuerpo. Besarle ese cuello que siempre olía tan bien, tirarle de las ondas del pelo hasta tenerla debajo de mí y morderla en todos esos sitios que sabía que era sensible, hundir mi lengua en ella hasta matarla de placer… Joder, otra vez estaba duro, palpitante, devastado.

Además, siendo totalmente honesto conmigo mismo, sabía que no era

solo sexo. Era infinitamente más que eso. Puto karma. Como decía una canción que no recuerdo de quién era, esa que hablaba del miedo de dejar pasar a la persona de tu vida, de esa "ella" que si no la atrapabas nunca más podrías volver a tener. El problema era que ya tenía la respuesta a esa pregunta. La había tenido hacía veinte años, y volvía a tenerla a hora. Y eso me hacía sentirme en terrenos pantanosos, donde un solo paso en falso haría que todo se fuese a la mierda, y a quedarme hundido en la indiferencia de una vida en la que había descubierto que si no estaba Vera en ella, no valía la pena.

9. INTERLUDIO ISLEÑO

Esa misma tarde de Navidad, mientras yo intentaba poner en orden mis pensamientos (o más bien mis sentimientos), recibí una llamada de un teléfono español. Contesté y una árida voz de mujer preguntó por mí:

—Sí, soy yo, ¿quién llama?

—Hola, soy Adela Sánchez, de la residencia donde tenemos hospedado a su tío Mateo.

Aquello me sonó mal. Nunca me habían llamado anteriormente.

—Siento tener que comunicarle que su tío acaba de fallecer, y usted figura como su único contacto.

Me senté, impactada. Mierda, mierda. No podía creer que aquello hubiese pasado, no ahora.

—¿Pero cómo ha sido?

—Los médicos dicen que se trata de un fallo cardiaco, no le puedo decir más por ahora. ¿Puede acercarse para poder hablarlo todo con calma y poder prestarle nuestra ayuda?

—Disculpe, estoy en Londres, tardaré un poco en ir. Tengo que mirar vuelos y organizarme…

Me estaba agobiando. Me levanté y mientras hablaba fui encendiendo la tablet para buscar el siguiente vuelo a la isla.

—El entierro será mañana día 26, por lo que espero que pueda llegar. Mientras tanto vamos gestionando todo lo necesario. ¿Hay alguien con quien pueda hablar de esto en su ausencia?

—No se preocupe, ya busco yo a la persona adecuada y le diré que hable con usted.

Mis dedos corrían sobre la pantalla y el único vuelo que vi fue uno low cost, a última hora de la tarde, al aeropuerto del sur de la isla. Llamé a mi jefe, sin importarme que era veinticinco de diciembre, y menos mal que lo cogió. No me puso problemas, y más le valía, porque me debían días libres de un proyecto de seis meses que había llevado a cabo en París. Decidí prolongar mi estancia hasta el fin de semana, ya que seguro que tendría cosas que arreglar, papeles que resolver, así que necesitaba algo más de tiempo.

Compré el billete y reservé un taxi, porque sabía que ese día en Londres, a partir de las seis de la tarde, no funcionaba el transporte público. Me iba a costar un pico, porque tenía que ir hasta Stansted, pero era la única forma de llegar a tiempo.

Me puse a hacer la maleta, luego me duché y me vestí, intentando no pensar en lo que realmente había pasado. No había visto a mi tío en años, después del entierro de mi madre, y nuestras relaciones no

fueron nunca buenas, pero no podía dejar de sentirme triste por su muerte. A fin de cuentas, fue la única presencia masculina en nuestra casa durante la infancia, después de que mi padre saliese por la puerta y no volviese jamás. Con él siempre tuvimos seguridad en casa, todo lo básico estuvo solventado, pero debo decir que la parte emocional, por lo menos conmigo, no había sido su plato fuerte. No obstante, tenía algunos buenos recuerdos con él, y era a eso a lo que me tenía que aferrar.

Me hice algo rápido para comer y terminé de meter las cosas de aseo en la maleta. ¿Qué más me faltaba? Ah, claro, no tenía dónde quedarme allí, así que me busqué un hotel de la zona para pasar los días. La casa de mi madre la tenía alquilada, por lo que no podía contar con ella, y como no teníamos más familia ni había cultivado especialmente mis antiguas amistades, no podía pedir favores a nadie.

El taxi me vino a buscar a la hora acordada y mientras me dirigía a Stansted le escribí a Laura, para que supiese que no iría a trabajar hasta el lunes, y luego, sin pensarlo demasiado, le escribí también a Marcus. No podía desaparecer así como así, sin decirle nada. No después de lo de la noche anterior. Ambos me contestaron enseguida, expresando sus condolencias, pero esperé algo más de Marcus. No sé, alguna palabra cariñosa. Algo más aparte de unas condolencias correctas. Me molesté conmigo misma. ¿Ves, Vera? Esto es lo que pasa cuando te encariñas, empiezas a esperar cosas del otro que luego llevan a la frustración si no se cumplen.

Tenía la cabeza como un bombo entre tantas cosas que me estaban sucediendo, y no me apetecía nada hacer un viaje de varias horas yo sola. Así que me tomé una pastilla para dormir en cuanto me subí al avión, y no me desperté hasta que estábamos aterrizando en mi destino.

El aire en el aeropuerto Reina Sofía me envolvió perfumado a hogar. La visión de la Montaña Roja, como una gran foca echada sobre la espuma del mar, hizo que algo dentro de mí vibrase de emoción y tuve que contener una sonrisa. Era increíble cómo, a pesar de que me había ido bastante joven de la isla, la tenía metida en mi ser de una forma inexorable. Me hubiese encantado saber si a Marcus le pasaba lo mismo… Cerré los ojos y me dije que había tardado demasiado en volver.

En cuanto llegué al hotel, uno recién reformado y por lo tanto de lo menos malo que había en aquel momento en la ciudad, dejé la maleta y salí a la calle. Eran las tres de la mañana de un veintiséis de diciembre, y la temperatura era de diecinueve grados, lo cual agradecí en el alma. Aparte de algunos jóvenes que iban rumbo a la zona de bares, no me encontré demasiada gente en mi caminata nocturna por el paseo de San Telmo. Respiré el aire del mar con fruición, cogiendo

fuerza para lo que me iba a encontrar. Según la mujer de la residencia de ancianos, a mi tío lo tenían en la cripta de toda la vida del pueblo, desde donde mañana se le llevaría a la iglesia de la Peña de Francia para la misa a la una, y luego llevarle al cementerio donde le enterrarían en el mismo nicho que a mi madre y a Laia. Es decir, me esperaban unas horitas complicadas.

Así fue. En cuanto llegué a la cripta, en la cual había bastante gente, fui recibida con triste alegría por parte de amigos de mi tío, que eran los que estaban haciendo guardia junto al féretro. A esas horas de la madrugada solo debía estar la familia más cercana, yo en ese caso, pero ellos me acompañaron con cariño, contándome anécdotas del difunto que me hicieron descubrir partes de mi tío que ni yo misma conocía. En todas ellas salía mi madre, que había sido su compañera fiel en sus andanzas por la vida. Les agradecí en el alma que intentasen teñir de buenos recuerdos aquellas horas complicadas, de hecho nos permitimos alguna que otra carcajada recordando anécdotas en las que, en algunas, también estábamos Laia y yo.

Ya de mañana, empezó a venir más gente y aproveché para ir al hotel para darme una ducha y cambiarme, necesitaba quitarme de encima la sensación pegajosa de haber estado despierta toda la noche. Desandé el camino hacia el hotel, parapetada tras mis maxi gafas de sol, pero sin dejar de admirar el azul profundo de las olas que lamían la playa de San Telmo. Paré un momento en una pastelería alemana tradicional para comprarme un café y un bollo, aunque cuando llegué a la habitación tuve que volver a tomarme otro café porque el cansancio estaba llegando a su punto álgido y necesitaba estar bien despierta en las próximas horas.

Cuando volví a la cripta, empezaron los reencuentros. Amigos de antaño que hacía años que no veía, las madres de estos amigos, que tantas veces me habían dado de merendar o me habían regañado por alguna travesura, gente del trabajo de mi tío y de mi madre que me conocían desde niña, hasta el estanquero de toda la vida del barrio, que ya se había jubilado hacía unos años… todo eso contribuyó a que se me formase un nudo en la garganta y estuviese a punto del llanto. Dios mío, ¿cómo se me había olvidado todo aquello? El sentimiento de pertenencia a un sitio, al de la infancia, que nunca se perdería del todo. ¿Cómo era posible que tras tantos años fuera, sólo hicieran falta unas palabras cariñosas para sentirme de nuevo en casa?

El momento más emotivo fue cuando la madre de Marcus, Nela, se me abrazó con todo el cariño del mundo, acariciándome el pelo y meciéndome como si fuese un bebé. ¡Cuántas veces había estado en casa de aquella mujer, viendo la tele, merendando bocadillo de mortadela, jugando a las cartas o simplemente charlando! La abracé con fuerza y pensé en la suerte que tenía Marcus de tener aquella

madre tan afectuosa y generosa, tan señora y tan cercana a la vez.

A la una fue el traslado a la iglesia y ya allí todo el mundo se movió hacia el templo tras el féretro. Yo iba en cabeza de aquella comitiva, acompañada de los mejores amigos de mi tío. No era capaz de derramar una lágrima, por lo contenida que estaba, pero no estaban lejos. Estaban siendo demasiadas emociones, demasiados recuerdos.

De repente noté que alguien más se sumaba a esa comitiva y se situaba a mi lado. Levanté la vista y se me paró el mundo. No podía creer que fuera Marcus el que estaba a mi lado, pasándome el brazo por el hombro. No pude formular pregunta alguna porque ya estábamos en el interior de la iglesia, solo pude darle las gracias en silencio, con una mirada larga que esperaba que entendiese, a lo que él respondió con un apretón en mi mano.

No me enteré de la mitad de la misa, tan conmocionada estaba que él hubiese sido capaz de coger un avión y plantarse en la isla solo para acompañarme. Aquello no lo hacía cualquiera. El corazón me palpitaba a toda prisa, y él, notando mi nerviosismo, me cogió la mano y entrelazó sus dedos con los míos. Eso hizo que el nudo de emociones se soltase y empezasen a fluir las lágrimas a raudales. Me tendió un pañuelo de papel que apreté en mi puño, intentando enfocarme en las palabras del cura, que había sido también amigo de mi tío y que estaba haciendo una homilía muy emotiva.

Unas horas después, cuando ya estábamos frente al nicho familiar, fui capaz de reaccionar. El ver el nombre de mi madre y de Laia grabados en aquella piedra fría e impersonal, hizo que quisiera que todo aquello terminase cuanto antes y poder irme. Suspiré con angustia, y Marcus, que no dejó de estar a mi lado en todo momento, me abrazó.

—Ya va a acabar, Vera, no te preocupes.

—Sí, por favor, no veo la hora de poder irnos de aquí.

Nela me flanqueó por el otro lado y me pasó el brazo por la cintura.

—Vente ahora a casa, Verita, que hago café y descansas un poco.

Se volvió hacia Marcus:

—Hijo, ¿Por qué no me avisaste que ibas a venir? Te hubiera ido a buscar al aeropuerto.

—Mamá, fue algo de última hora. Me enteré de lo de Mateo y quise estar con Vera, no pensé en más.

Madre e hijo se dedicaron una larga mirada que no me pasó desapercibida.

—Es que tu hijo está un poco loco, Nela —le dije, con una pequeña sonrisa.

—Siempre lo estuvo, no sé de qué me asombro —rio la mujer y me dirigió hacia la salida—. Siempre se dice que son las bodas y los entierros los que hacen reencontrarse a la gente, y en este caso ha sido

así. ¿Cuántos años hace que no nos vemos, Verita?

—Uf, yo creo que desde que murió mi madre. ¿Ocho años hace ya de eso? No había vuelto desde entonces.

—Pues deberías, aquí siempre podrás desconectar de toda esa vida loca que llevan ustedes los solteros de hoy. De todas formas, ¿ustedes mantenían el contacto? No lo sabía…

Lo dijo con ademán distraído, pero sabía que aquella pregunta era una maniobra maestra para sacar información. Marcus me miró con gesto divertido y le siguió el juego:

—Nos acabamos de encontrar en Londres, mamá. Vera está trabajando para mi empresa y tuvimos un reencuentro en los pasillos, así que imagínate.

—La vida junta a las personas, eso es así.

Eso me recordó a Maeve y no pude reprimir una sonrisa. La sabiduría de las mujeres mayores, cómo me gustaba. Siempre he creído que deberíamos escucharlas más.

Salimos del cementerio y Nela nos metió en su coche para llevarnos a su casa, que no había cambiado un pelo desde que era pequeña.

—Ahora te quitas los zapatos, y te echas un poco en el sofá. Marcus me ayuda a preparar algo de merendar, así podrás descansar *un fisquito*[2].

Como siempre en esa casa, cerré los ojos y me quedé dormida. Fue un sueño reparador, porque cuando abrí los ojos ya el sol se estaba poniendo y me sentí mucho mejor.

—Perdón, me he quedado dormida sin darme cuenta… —les dije, incorporándome lentamente. Me toqué la cara y la noté mojada. Vaya, si hasta me había babado, y me entró la risa.

Marcus estaba sentado con su madre en la mesa del comedor, sin duda departiendo en voz baja las últimas novedades. Se había cambiado, estaba en vaqueros y camiseta de manga corta, lo cual me hizo desear quitarme toda aquella ropa oscura y sobria. Él como siempre estaba perfecto, el muy jodido pusiese lo que se pusiese lo lucía como nadie. Desvié la vista de su camiseta y del pecho ancho y formado que se adivinaba bajo la tela, aquello no debía ser bueno para la salud de nadie y menos para la mía.

—Te hacía falta, no te preocupes. Nosotros nos hemos entretenido sin problema —dijo él, sonriendo a su madre.

—¿Quieres que haga más café? —dijo ella, solícita, y cuando le dije que sí, se fue a la cocina a preparar la cafetera. Miré a Marcus con algo de timidez, era la primera vez que estábamos a solas en todo el día.

—No sé cómo podré agradecerte esta locura tuya, no creo que pueda hacerlo nunca como quisiera. De verdad, Marcus…

—Shh, calla, boba. ¿Para qué si no están los amigos?

—Pues veo que tú eres uno de los de buenos, aunque te aproveches del muérdago.

Nos miramos a los ojos y nos reímos, aliviando la tensión que había entre nosotros. Sí, mejor así, me dije. Fácil y divertido, evitemos las intensidades.

—Ahora vas a comer, que mi madre se ha currado una buena merienda y no quiero que sea para nada —me dijo, conduciéndome a la mesa a marchas forzadas.

—Ay, sí, es verdad, qué mal, les[3] he dejado sin merienda y todo —dije, salivando con los manjares sencillos pero sabrosos que Nela había dispuesto en la mesa.

—Sí, tengo un hambre de lobo, y es culpa tuya.

Se sentó frente a mí y me dijo, de pasada:

—Yo me quedaré hasta el domingo, ¿y tú?

—Yo también —le dije, sonriendo lentamente. Aquello sonaba fabuloso—. ¿Pero no tienes que currar?

—Tengo vacaciones esta semana, ¿no te lo había dicho?

—La verdad es que tú y yo lo menos que hacemos es hablar de trabajo, así que no, no lo sabía.

—Bueno, pues así es. Podemos aprovechar para desconectar un poco. Bueno, si quieres, no sé si tienes algún compromiso, que seguro que sí…

—Los únicos compromisos que tengo son los relativos a la muerte de mi tío, que tendré que empezar a resolver mañana. Realmente eres tú el que tiene familia aquí, así que yo tampoco te quiero robar tiempo.

—De eso tú no te preocupes. Veo a mi madre bastante, y a fin de cuentas he venido para echarte un cable.

Lo dijo despreocupadamente, zampándose otra magdalena más. Le miré y no dije nada. Le dejaría elegir, así vería en qué se convertía todo aquello. Nela rompió el silencio que se había producido entre nosotros sentándose a nuestro lado y sirviendo más café, iniciando una cháchara que se prolongó hasta bien entrada la tarde. Me dejé llevar por la calidez y la cotidianidad de la situación, pero a las ocho tuve que obligarme a levantarme.

—Me encantaría quedarme, pero quisiera ir a cambiarme de ropa y a darme una ducha.

—Vale, yo te llevo —me dijo Marcus—. Mamá ya me ha dejado el coche para estos días.

Miré a Nela, que hizo un gesto con la mano.

—Yo no tengo que ir a ningún lado en particular en estos días, y para que estén alquilando un coche mejor se los dejo yo.

Le di las gracias y en un periquete estábamos en la puerta de mi hotel, que como todo en la ciudad no estaba demasiado lejos. Marcus

paró el coche y se volvió hacia mí, dubitativo:

—No sé si prefieres quedarte ya en el hotel, descansando, o te apetece una última vueltita por los sitios de siempre.

Me quedé callada un momento: quedarme tirada en la mullida cama de la habitación era tentador, pero más lo era pasear con Marcus. Me decidí al instante.

—Paseemos un poquito, me apetece. Ya esta noche dormiré todo lo que necesite, y todavía es temprano, ¿no?

Quedamos en vernos a mitad de camino de su casa y mi hotel, en el mirador de la Punta del Viento. Me fui a mi habitación y me di una ducha purificadora, que me dejó del todo relajada. Me puse un vaquero, una camiseta y una rebeca, y cogiendo mi bolso me lancé de nuevo a la calle.

Marcus ya me estaba esperando en la Punta del Viento. Me situé a su lado sin decir nada, y durante un rato estuvimos observando el devenir de las olas, que con su espuma iban llenando los charquitos entre las rocas. El aire marino me enmarañaba el pelo, pero hacía tanto que no lo respiraba que no me importó. El mar nocturno era misterioso, casi aterrador, pero para quien lo llevaba en la sangre, como yo, sonaba como un antiguo amigo. Inspiré con satisfacción y me di la vuelta hacia él:

—No me puedo creer que ayer estuviésemos en Londres y ahora, de pronto, aparecemos aquí, los dos juntos. ¿No te parece una locura?

—Es bastante poco creíble, pero sí, aquí estamos —dijo, sonriendo —. Sobre todo por ti, que dejaste de frecuentar estos lares. Yo sí que he estado viniendo de vez en cuando.

—¿Ah, sí? Porque yo nunca te vi las pocas veces que vine.

—Nunca coincidimos. Siempre preguntaba por ti, pero me decían que habías estado una semanita y que después te habías vuelto a la península.

—Entiéndeme, el venir aquí era recordar todo lo de Laia, y en mi casa tampoco me sentía cómoda. Prefería trabajar los veranos en lo que fuese y luego viajar con mis amigos. Si venía aquí, era casi por obligación.

Miré la vista que tenía ante mí y meneé la cabeza:

—Quizá me equivocase, porque creo que me perdí mucho. La juventud aquí tuvo que ser genial, ¿no?

—Bueno, yo tampoco lo sé porque me fui a estudiar a Inglaterra gracias a los contactos de Daniel, así que no viví el día a día aquí. Pero los veranos, que siempre venía todo el tiempo que podía, eran fabulosos. En aquella época el Puerto era el destino bomba, todo el mundo venía aquí. Había muchísima marcha por las noches, las playas se llenaban, las fiestas del Carmen todavía no habían degenerado y eran la esencia del verano, había varias pandillas de gente genial con

la que hacer cosas… Yo lo disfruté mucho.

—¿Y todavía sigues teniendo relación con ellos? —le pregunté, mientras empezábamos a caminar hacia el paseo.

—Sí, de hecho ya se enteraron de que estoy aquí y están dándome la vara con mensajitos —dijo sonriendo.

—Y con quién tienes contacto? Los conozco, ¿verdad?

—A la mayoría sí, pero hay gente que se unió más tarde al grupo. A ver, si no recuerdo mal conoces a Carlos, a Suso, a Manu, a Fátima, a Bea, a Rafa…

—Pues claro… ¿En serio que todavía tienen relación entre ellos? Eso no es muy frecuente, ¡qué divertido!

—Oye, si te apetece podemos quedar con ellos, por ejemplo mañana. Podemos cenar por aquí y luego ir a tomar algo.

Parecía un buen plan. ¡Qué fuerte, iba a volver a ver a toda aquella gente con la que había pasado mi infancia! Eran un poco mayores que yo, igual que Marcus, pero por ejemplo Suso había sido mi eterno enamorado en el instituto. Era uno de los guapetes de la época, con pelo rubio cortado a lo Nick Carter y unos ojos ambarinos que causaban estragos. Las chicas le iban como locas detrás, y él las miraba desde sus casi uno noventa de estatura con sorna, porque la única que le interesaba era yo. Cosa que nunca entendí, por cierto. Lo que el pobre no sabía era que yo me moría por Marcus, pero claro, no se lo podía decir, así que tuvimos una relación de on-off que lo tuvo por el camino de la amargura, hasta que desistió.

—¡Pues claro! Si mañana nos empleamos a fondo con todo lo que hay que resolver, será una buena recompensa para la noche.

—¿Estás segura? Si estás un poco rara por todo esto de tu tío, no hace falta que vayamos, puedo pasar sin verles…

—¡No te preocupes! Me encanta el plan.

Paseamos un buen rato, parándonos en varios sitios en los que había muchos recuerdos aparejados. La playita de San Telmo, la ermita, toda la avenida Colón, la playa de Martiánez y ya, de vuelta, la plaza de Europa. Lugares que me decían muchas más cosas que otras veces, algo que achaqué a la nostalgia. Se me estaba metiendo por todo el cuerpo subrepticiamente, pero con fuerza. ¿Por qué si no me estaban entrando unas ganas repentinas de volver a mi isla, de quedarme allí, con ese ritmo tan fabuloso de vida, ese clima increíble, a todo aquello que hace especial ese rinconcito del mundo? No sería conflictivo con mi trabajo, podía trabajar a distancia y luego desplazarme a los destinos de los diferentes proyectos. Podría vivir al lado del mar, podría… Moví la cabeza, como intentando despejarme o más bien darme un sopapo mental. Definitivamente estaba pensando en cosas que no tenían demasiado sentido.

Decidimos cenar unos bocadillos y unas cervezas en un bar, y a las

once estaba lista para irme a la cama. Al día siguiente tendría bastantes cosas que hacer, como ir a la seguridad social, al abogado, a los bancos y al asesor, por lo que prefería retirarme a tiempo. Me despedí de Marcus con un fuerte abrazo:

—De nuevo gracias. Lo que has hecho por mí es increíble. No sé por qué ha sido, pero solo puedo decirte que eres un amigo fabuloso.

Su cara se contrajo levemente, pero enseguida sacó su famosa sonrisa:

—No me lo agradezcas más. Si lo hice, es porque quería hacerlo. Y ahora solo tenemos que disfrutar este tiempo robado a Londres.

Se acercó a mí, y todas las alarmas se me dispararon. Pero solo depositó un beso en mi mejilla, y se fue.

10. MÁS FOOD FOR THOUGHT

El viernes fue un día duro. No paramos desde las nueve de la mañana hasta las siete de la tarde, cuando pudimos sentarnos en un bar de la Plaza del Charco a tomarnos un refresco. Yo tenía los pies molidos de tanto esperar de pie, y miré las botas planas que me había traído con agradecimiento. Menos mal que no se me había ocurrido ponerme tacones. La verdad es que en ese momento lo menos que me apetecía era pensar en tener que cambiarme y salir por la noche, pero hice un esfuerzo sobrehumano para intentar entusiasmarme.

—Si hubiéramos sabido esto con tiempo, te habrías quedado en mi casa —me dijo Marcus—. Habría sido más práctico.

—Ya, pero si tú me hubieras dicho que te venías, quizá no hubiese cogido hotel —le disparé con una sonrisa traviesa.

—Llevas toda la razón. Pero ya sabes que de pronto me da por hacer cosas un poco imprevisibles —me dijo, riéndose, aunque luego se calló, como si hubiese dicho algo incorrecto. Lo miré con curiosidad, pero desvió la mirada hacia la fuente central y se quedó callado. Aquello se prolongó unos minutos y me hizo sentirme incómoda. ¿Qué le pasaba? Decidí seguir hablando con naturalidad, a ver si se le quitaba lo que fuera que le había pasado.

—Entonces ¿a qué hora hemos quedado?

—A las diez en un restaurante de la zona de la Ranilla. Ya verás, está muy bonita, la han arreglado hace unos años y se ha convertido en una zona de reclamo —dijo, como despertando de una ensoñación. Ahora sus ojos de hielo verde lucían indescifrables, aunque su cara reflejaba un gesto amable.

Consulté el reloj y vi que debía irme.

—Te veo allí entonces.

—Te paso a buscar, no te preocupes.

—No, Marcus, es una tontería. Si está aquí al lado. Aprovecha tú para estar un rato en casa, que tu madre no te está viendo el pelo para nada.

Le despaché rápidamente a pesar de su insistencia, y me fui al hotel. Menos mal que había traído algo más o menos bonito, la verdad es que no sabía en qué momento había sido capaz de planificarlo, tal y como había sido el día veinticinco. Saqué de la maleta un vestido negro corto con escote corazón y que se ajustaba bastante bien a mis curvas, acentuándolas de una forma elegante. Me puse unas medias negras con costura por detrás y con el buen tiempo que hacía, no me hizo falta más abrigo que una fina cazadora de cuero. Me ahumé los ojos levemente, justo lo necesario para acentuar su ligera forma

gatuna, y me pinté los labios con un precioso nude aterciopelado que añadía un punto de sofisticación a mi look. Mis polvos fijadores de Nars, un poco de colorete, los toques estratégicos de iluminador y listo.

Como no había tardado demasiado en arreglarme, aproveché para trastear un poco en mi móvil, que tenía bastante descuidado en los últimos días. Enseguida vi que tenía un mensaje de Magda, y otro del club.

Hay una fiesta de fin de año que tiene pinta de ser increíble. ¡Y lo más curioso es que no hay que llevar máscara! ¿Te apuntas? Yo iré con algunas amigas, ¡nos podemos pegar una marcha de chicas genial!

¿Sin máscara? Eso significaba que Nigma no iría. Y por alguna extraña razón aquello no me supuso una decepción. De hecho tenía algo de miedo de enfrentarme a él. Sabía cómo iba a acabar todo si nos veíamos, y no estaba segura de si estaba dispuesta. No hacía falta pensar mucho por qué me pasaba eso. Dios mío, ¿estaba siéndole fiel a Marcus sin estar saliendo con él? ¿Y sin ni siquiera saber si él sentía algo? Bueno, algo sí que sentía, estaba segura. Si no, no habría hecho muchas de las cosas que gratuitamente me estaba regalando. ¿Pero era eso suficiente para determinar que podía haber algo entre nosotros? Quizá fuese mala conciencia por su parte, ganas de compensar lo sucedido en el pasado. Quizá fuese solo eso…

Llegados a este punto, tenía que ser honesta conmigo misma. ¿Quería yo que no fuese así? ¿Deseaba despertar en él algo más? No lo sabía. Mis estructuras mentales de antaño estaban demasiado bien asentadas para cambiarlas con tanta rapidez. Me había pasado mucho tiempo dolida con él, a pesar de que ahora le hubiese perdonado. Pero eso hacía que en el fondo no tuviese la confianza suficiente como para poder abrirme. Aunque debía reconocer que en los últimos días era lo que deseaba. Recordé el beso y un escalofrío recorrió mi columna vertebral. Si eso había sido con un beso, ¿cómo sería con un polvo? Cerré los ojos y me negué a rememorar las imágenes que tenía grabadas en mi memoria de la noche hacía veinte años.

El otro mensaje era del club, para invitarme a la fiesta. Lo pensé unos momentos, y determiné que una fiesta con chicas era lo que necesitaba para distraerme. Respondí que sí, y le escribí a Magda para decirle que me apuntaba con ellas. Decidí no darle más vueltas a la cabeza, sino tirar hacia delante como fuese, y salí a darme el paseo hasta el restaurante.

La zona de la Ranilla había quedado muy bonita, transformando el antiguo barrio de pescadores en unas callejuelas llenas de preciosos restaurantes, con velas y vegetación por doquier. Me encaminé hacia uno de ellos, donde ya había gente esperando por fuera. A medida que me iba acercando los iba reconociendo, y una emoción me invadió.

Allí estaban muchos de los amiguetes de épocas pasadas, ahora ya cerca de los cuarenta, pero con la misma energía de entonces.

—¡Vera! —oí que exclamaba una mujer que se me acercó a abrazarme con una gran sonrisa—. ¡No puedo creer que te vuelva a ver después de tanto tiempo!

Era Fátima, una de las compinches de mi hermana, a la que llamaban en su época "la india" por su cierto parecido con Pocahontas. Seguía siendo muy guapa, con un estilo roquero que le favorecía mucho. La abracé entre risas, y todos se agolparon a mi alrededor para tener su ración de besos.

—¡Qué guapa estás, jodida! —me dijo Suso, inconfundible incluso después de tantos años. Tenía pinta de motero, y recordé que Marcus me había contado que tenía un taller de motos que a pesar de la crisis funcionaba bien.

—Y tú sigues igual de buenorro que antes —le dije, riendo, a lo que me contestó con cara de dolido:

—Pues con la de calabazas que me diste qué pena que no te hubieses fijado mejor.

Nos reímos todos y en eso llegó Marcus, que se unió al grupo con una gran sonrisa. Joder, qué guapo estaba. Llevaba unos vaqueros que le quedaban perfectos, una camisa con no sé qué extraños pájaros que como siempre le daban ese toque modernito, y una americana también súper cool que en vez de hacerle parecer demasiado arreglado, le daba un toque elegantemente relajado. El estómago se me removió y me puse nerviosa. Vera, esto se está pareciendo demasiado a estar enamorada hasta las trancas, me dije. Frena, para, piensa, relájate. Cuidado con las copas esta noche. Sé cauta. No te estrelles otra vez.

Entramos al restaurante, y tras superar mi fase inicial de timidez y de cierto sentimiento de fuera de lugar, empecé a disfrutar de la noche. Me puse al día de la vida de todos, donde cabían matrimonios, hijos, divorcios, empresas y desempleo, el panorama social de la España del siglo XXI. También conté mis peripecias, y me enteré de varias personas que habían seguido mi senda. Unos trabajaban en península, otros en Europa, y hasta el que en su momento era el marginado del instituto, ahora triunfaba en una gran empresa japonesa.

Al par de horas nos movimos a un bar de copas que tenía una enorme terraza y música divertida, y allí empezó la fase de "¿te acuerdas cuando…?". Hacía tiempo que no me reía tanto con las anécdotas que empezamos a desentrañar, cosas de las que me había olvidado pero que seguían siendo igual de frescas y divertidas que en el momento en el que habían tenido lugar. También nombramos a Laia, porque estuvo presente en muchos de los momentos, y me encantó ver el recuerdo tan bonito y tan alegre que tenían de ella

todos los amigos. Bailamos mucho, en aquel sitio y en los demás que lo siguieron, y todos los chicos quisieron echarse una pieza conmigo, sobre todo Suso, que estaba intentando ganar las medallas que no consiguió en la adolescencia. Me reí mucho, porque en el fondo no habían cambiado, a pesar de las barriguitas cerveceras y alguna que otra calvicie incipiente.

El que no se acercó a bailar conmigo ni una vez fue Marcus, lo cual me extrañó, pero sabía que me observaba, lo había pillado varias veces. Las copas iban y venían, y hubo un momento en el que decidí que debía parar. Me estaban dando unas ganas terribles de acercarme a él y darle un beso, así que dejé la copa en la barra y me fui al baño, a echarme un poco de agua en la cara y a que se me pasase la bobería. Fátima, Bea y Chantal me acompañaron, y entre risas nos retocamos el maquillaje, hasta que Bea saltó con la cuestión que habíamos eludido toda la noche:

—Oye Vera, ¿Marcus y tú están juntos?

Noté que me puse coloradísima y disimulé poniéndome más polvos en la nariz.

—No, qué va, ¿por qué lo dices?

Ellas se miraron entre sí y me rodearon, como las brujas de Eastwick:

—Porque tiene toda la pinta de que lo están. Se respira algo entre ustedes que todas sabemos lo que es.

—Pues no, la verdad. Somos amigos, nada más.

—¿Y desde cuándo se están viendo? Porque Marcus nunca nos ha mencionado nada de ti, y viene como poco cada cuatro o cinco meses.

Me di la vuelta y las enfrenté con la cara de póquer que utilizaba en las reuniones de trabajo.

—De hecho nos acabamos de reencontrar. A mí me destinaron a su empresa a hacer un estudio, y nos chocamos en los pasillos.

—Je je je, ¡como en las películas! —dijo la siempre romántica Chantal, y las demás nos reímos.

—Es un buen comienzo —dijo Fátima, y me guiñó el ojo—. Mi olfato me dice que aquí hay tomate, cuate.

—Anda, ¡qué boba! —intenté salirme por la tangente, pero me miraron con sonrisitas sabihondas.

—Ya nos contarás, guapa. Que si Marcus quiere a alguna, no se le va a escapar.

—Ya, pero yo soy la hermana de Laia.

Las tres se quedaron quietas, asimilando lo que acababa de decir. Solo Bea reaccionó:

—Y Laia murió hace veinte años. Eso no es ninguna barrera. Ustedes no son las mismas personas que entonces, y pueden hacer con su vida lo que quieran.

Fátima debió notar mi cara de circunstancias, porque me abrazó por detrás y les dijo a las otras que me dejasen tranquila, que lo que tocaba esa noche era tomarnos otra copa y ya está. Le sonreí, agradecida, y volvimos al barullo de la discoteca, aunque a partir de ahí por mucho que quisiese, la noche no sería la misma.

Al día siguiente me levanté con una resaca considerable y con pocas ganas de salir de la cama. Pero dado que estaba allí, y no sabía cuándo iba a volver, no podía permitirme el lujo de pegarme un día entero metida en el hotel. No había quedado en nada con Marcus, así que decidí ir a darme una sesión de spa antes de comer. El día estaba precioso, y el techo de cristal de la piscina del spa refulgía azul. La playa de Martiánez estaba plagada de surfistas, las calles llenas de gente paseando y el verde de los acantilados más esmeralda que nunca. Me sentí feliz contemplando aquello, y mi resaca empezó a alejarse.

Cuando volví a la habitación tenía un mensaje de Marcus, muy escueto, en el que me preguntaba si me apetecía almorzar por ahí con él. Me faltó tiempo para responderle que sí, y quedamos para vernos en media hora. Me arreglé rápidamente y bajé a esperarle por fuera del hotel, con el corazón latiéndome más deprisa de lo normal.

Su plan de aquel día era dar una vuelta por la isla baja, una zona que me encantaba del norte, y que en un día tan bonito daba gusto recorrer. Le pedí que me dejase conducir, pero lo declinó alegando que prefería que disfrutase de las vistas a gusto. Me senté a su lado con un sentimiento que se parecía demasiado a una inmensa felicidad. Me miró de reojo y al ver mi cara se rio:

—Está usted hoy muy dicharachera, señorita. Tienes cara de una niña a la que llevan a la feria.

—Es que estoy muy contenta —le dije, mirándole a los ojos—. No me digas por qué, pero hoy es un día feliz.

—Ya veo —musitó y me echó otra ojeada, de esas suyas intensas pero indescifrables—. No te había visto nunca tan relajada.

Claro, iba en vaqueros y look marinero que había complementado con un pañuelo en el pelo. Nada que ver con la Vera habitual. Allí, en la isla, me sentía más joven, más libre, más desenfadada. Le sonreí, marcando descaradamente mi hoyuelo de la mejilla derecha:

—Quizá porque nunca me doy tregua. O porque los aires de la isla me sientan muy bien.

—Pues tendrás que volver más a menudo.

—Sin duda —prometí y me repantigué en el asiento. Pero mucho no me duró esa languidez, porque el camino estaba lleno de paisajes que comentar, cambios en los pueblos por los que pasábamos por los que preguntar y miles de ocurrencias que salían de mi boca, como si

estuviese eufórica. Él se reía con mis cosas, pero lo sentía cauto, como expectante. No tan cómodo como antes. Pero yo estaba de tan buen humor que no le hice caso, por lo que al final acabé por contagiarle y volvimos a nuestro esquema habitual, el fácil y divertido.

Almorzamos en un bar de playa tipo chill out marinero, en la punta oeste de la isla. Conseguimos mesa en la terraza y disfrutamos de una tarde estupenda, viendo el atardecer sobre el mar. Hablamos y hablamos, desde nuestras películas favoritas hasta los países donde habíamos estado, abarcando temas triviales y más profundos. Fue una tarde genial, que acrecentó mi sensación de que Marcus era increíble, y que no podía dejar de sentirme como en casa cuando estaba con él. Era como tener una manta calentita de felicidad encima de mis hombros, algo que era totalmente inesperado para mí. Al igual que lo era la sensación de no cansarme de mirarle y escucharle, de querer meterme bajo su piel y no salir nunca de ahí.

Volvimos al Puerto de la Cruz cansados, después de haber estado todo el día fuera. Le dije que me iba a ir a dormir temprano, a lo que él accedió gustosamente, y quedamos en que me recogía al día siguiente con Nela para llevarnos al aeropuerto del sur. Qué pena, pensé. No hubiese querido que se acabase aquel interludio inesperado. No me apetecía nada volver al trabajo y a la realidad.

11. AÑO NUEVO, DUDAS VIEJAS

El lunes fue un día tonto, porque era víspera de fin de año y todo el mundo tenía la cabeza en la fiesta de por la noche. Al ver el panorama, me fui al mediodía a casa, aunque allí tampoco encontré la paz que ansiaba. Estaba extrañamente inquieta, era como si el influjo de la isla se hubiese acabado abruptamente y la realidad se hubiese tornado más gris y triste.

Además Marcus también tenía planes para esa noche, por lo que mi noticia de que me iba a una fiesta con amigas no le había causado ningún efecto. Después del domingo, donde nos despedimos en el taxi con un abrazo que sentí hasta el fondo de mi alma, no había tenido contacto con él, y me sentí algo huérfana y olvidada. En el fondo me habría encantado ir con él a su fiesta, pero era peligroso pensar así. Yo no formaba parte de su vida, él tenía sus círculos y por mucho que me hubiese echado una mano en los días anteriores, ahora volvíamos a la vida real. Estaba claro: éramos amigos, y no podía pensar nada más allá. Me lo estaba demostrando.

Además tenía la certeza de que algo había pasado en los días en la isla, porque notaba a Marcus más distante. ¿Se habría arrepentido de ir? Creía que no, pero claro, a saber lo que se le podía pasar por la cabeza, sobre todo porque lo que hubiese entre nosotros, huía de palabras directas. Todo lo que estaba ocurriendo estaba basado en sutilezas, y eso era como caminar en terrenos pantanosos. Yo, que siempre fui tan práctica y tan poco dada a circunloquios, me estaba viendo atrapada en una red de hilos de seda que no me dejaban expresarme como solía hacerlo. ¿Y todo por qué? Por miedo. Porque si le poníamos nombre a lo que estaba pasando, quizá se volviese real y hubiera que tomar decisiones, y eso me espantaba. Todo aquello tenía demasiadas raíces finas ancladas en lo que había sido yo y en lo que me había convertido, como para tomarlo a la ligera. De alguna forma sabía que si Marcus y yo hablábamos, aquello podía convertirse en un terremoto devastador para nuestras vidas del que quizá nunca nos recuperásemos.

Sacudí la cabeza para ahuyentar de una vez por todas toda aquella cantinela y decidí empezar a prepararme para la fiesta. No lo pensé demasiado y me puse un vestido negro de terciopelo palabra de honor que tenía en el fondo de la maleta. Era sencillo, barato y sin pretensiones, pero daba el pego para una fiesta por la noche. Me recogí el pelo en un moño ruso en la coronilla, me maquillé fuertemente los ojos y añadí algún abalorio brillante para darle un toque a la sencillez del conjunto. Ya con mi pecho tirando de la tela

del palabra de honor iba a tener miradas suficientes, pensé horrorizada, y me di cuenta de que había aumentado algo de peso. Claro, si me las pasaba comiendo y bebiendo todo el día era normal, me dije. Propósito de año nuevo: ir a caminar a algún parque cercano. Me conocía demasiado bien para exigirme algo más.

La fiesta incluía una cena ligera, que disfrutaríamos de pie para poder conversar. Cuando llegué ya había bastante gente, y Magda y su enjambre de amigas me dio la bienvenida afectuosamente. A algunas las conocía, a otras no, pero me sentí cómoda al instante, como siempre me pasaba en las fiestas del club.

El local era súper moderno y lujoso, y estaba ambientado en los locos años veinte. La decoración era dorada y muy imaginativa, con todos los recursos efectistas que se necesitaban para tener a los invitados asombrados, y los camareros y camareras parecían salidos de las fiestas del Gran Gatsby. Otra gran ventaja era que tenía una terraza enorme que daba al Big Ben, de donde a las doce se lanzarían fuegos artificiales. Allí corrían fuentes de champán y se combatía el frío con grandes estufas. Me asomé a la calle y me sorprendí de toda la gente que abarrotaba los alrededores. De hecho había sido complicado llegar hasta allí, porque las calles estaba llenísimas de festejantes, y cada vez se veía más y más gente en la zona. Nosotros desde arriba estábamos en una posición privilegiada, y pensé que aquello era todo un lujo, algo que podría contar como batallita en un futuro lejano.

La cena estuvo riquísima, con una combinación perfecta de bocados deliciosamente templados y otros calientes, y el champán también lo estaba, por lo que antes de que fuesen las doce ya estábamos achispadas. Todo el mundo tenía una especie de cotillón, y las serpentinas y confetis volaban antes de que comenzase la cuenta atrás. Seguía llegando gente a la fiesta, sin duda proveniente de cenas particulares, y mis nuevas amigas estaban gorjeando ante los grupos de hombres en esmoquin que iban pasando por nuestro lado.

—Uuuuh, esto está prometedor —silabeó Jackie, una de las abogadas amigas de Magda, señalando con la cabeza a uno de ellos—. Esta noche tendremos nuestro regalito de año nuevo seguro…

—Sí, yo me pedí uno de esos —dijo Magda sacudiendo su rubia melena salvaje. Estaba impresionante con su vestido corto color azul índigo, que lanzaba mil destellos mientras se movía—. El de los ojos claros está para chuparse los dedos, parece sacadito de una revista.

Me giré para ver al portento, y casi me muero cuando me di cuenta de que era Marcus. Todo mi mundo se tambaleó. ¿Qué coño hacía allí? ¿Sabría que yo iba a venir? Qué presuntuosa, Vera, pensé. ¿Cómo lo iba a saber? ¿O sí? Si era la única fiesta que hacía el club por fin de año, estaba claro que nos veríamos allí. ¿Cómo no lo había pensado?

Ni se me había pasado por la cabeza…

Respiré con fruición y me decidí. Bebí de mi copa hasta apurarla del todo, y cogiendo otra de una bandeja que pasó a mi lado, me encaminé hacia él. No me vio, pero sus amigos sí, y una oleada de miradas apreciativas me recorrió de arriba a abajo. Levanté la cabeza hasta erguirme en toda mi estatura y eché los hombros hacia detrás, dispuesta al ataque.

—Hola —le dije, y enseguida sentí que no se sorprendió de verme. Pero alegrarse sí, y algo más que no logré descifrar. Me miró con sus enigmáticos ojos y la conexión duró eternamente. No podía estar más guapo y sentí que se me secaba la boca. Entreabrí los labios para humedecérmelos y noté cómo su mirada se afilaba al seguir el recorrido de mi lengua. Joder, Marcus, pensé y tuve que contenerme para no frotarme los muslos. La energía sexual que se había creado entre nosotros parecía engullirnos como un imán. Vi que su respiración se agitaba imperceptiblemente y que ahora era él quien se mordía el labio con suavidad.

—Marcus, ¿no nos vas a presentar a Gilda?

El encantamiento se rompió estrepitosamente y tuve que parecer un conejillo encandilado por las luces de un coche, porque Marcus hizo aparecer su lado más superficial y relaciones públicas para darme un momento para recomponerme. Me puso un brazo en la cintura y me presentó a todos sus amigos, sin duda viejos conocidos de correrías, a juzgar por las miraditas tipo "campeón, te lo tenías callado" que le estaban dedicando a Marcus. Intenté despejar mi mente y al notar cómo me observaban Magda y sus compinches desde el otro lado de la sala, lo vi claro.

—*Gentlemen*, estoy acompañada de unas amigas muy divertidas —dije, sonriendo hacia ellas—. ¿Os apetece conocerlas?

No hizo falta más. Los dos grupos se acoplaron encantados, y entre el barullo de presentaciones y primeros escarceos le pregunté a Marcus directamente:

—¿Cómo es que no me dijiste que venías a la fiesta del club? Habríamos podido venir juntos, sobre todo con el follón que supone venir hasta aquí —la excusa era de lo más barata, pero en ese momento no se me ocurrió otra cosa.

—No te puedo contar absolutamente todo sobre mí, Verushka —dijo sonriendo, y me tendió otra copa de champán—. Si no perderías rápidamente el interés. Es mejor ir desvelando las cosas poco a poco, o mejor aún: que las descubras tú misma.

Estaba claro que no estaba hablando de la fiesta. Miré hacia otro lado y saqué una sonrisa:

—¿Y estos amigos? ¿No son del trabajo, verdad?

Estaba diciendo tonterías, lo sabía, no podía sino decir cosas sueltas

que se me pasaban por la mente, porque le estaba preguntando cosas que no me interesaban lo más absoluto, pero el cerebro no me carburaba. El haberle encontrado en la fiesta me había dejado noqueada.

—Les conozco desde hace un par de años. De eventos del club, ya ves. No suele ser habitual encontrar a alguien que pertenezca a él en mis otros círculos de amigos. A no ser que sean amigas muy antiguas que tienen el don de sorprender y aparecer de pronto, sin avisar —me dijo, burlón, y me encantó ver que había recuperado lo que ya en mi mente llamaba el *modo fácil*.

—Exacto —me reí, y en ese momento la gente empezó a empujarnos a la terraza. Hacía frío, pero la excitación colectiva hizo que no lo sintiese. Magda y sus amigas ya estaban llenando sus copas de champán, expectantes por la cuenta atrás en el Big Ben. Yo eché de menos las uvas, aquello no era lo mismo sin el peligro a atragantarme, y sin el critiqueo patrio al vestido de la que ese año estuviese presentando las campanadas en la tele. Reprimí una sonrisa y me apoyé en Marcus, viendo cómo las manecillas del reloj se iban acercando al momento de la verdad. La gente comenzó a corear los números, y cuando el cielo se iluminó con miles de espectaculares fuegos, Marcus se inclinó hacia mí y me dijo en voz baja:

—Feliz año, amiga.

No sé si lo dijo con retintín, pero realmente no me enteré porque en ese momento volvió a besarme como lo había hecho en mi casa, cogiéndome por la nuca y atrayéndome hacia sí por la cintura, pegándome a él con suavidad. Me besó con labios lentos y calientes, mientras su mano iba recorriendo mi espalda, y yo le respondía hundiendo mi lengua en la suya, más excitada de lo que nunca había estado en la vida. Mis brazos se enroscaron alrededor de su cuello, deseando más mientras el beso aumentaba en intensidad, pero él se zafó lentamente, con la mirada casi oscura puesta en mí.

—No juegues con fuego, Vera.

—Entonces no me beses —dije, contrariada. Hubiese matado por poder seguir besándole hasta que se acabase el mundo, lamerle, morderle, provocarle hasta las últimas consecuencias. Los fuegos iluminaban su cara morena, dándole un aire peligroso, y me temblaron las piernas. Aquello se nos estaba complicando, y mucho, lo estaba viendo venir.

—Vamos, que nos perdemos la fiesta —me dijo con voz ronca. Me quedé parada, con todo mi cuerpo en contra de volver a entrar, y entonces se acercó a mi oído, bajando aún más la voz—. La otra opción es lamerte entera y follarte en uno de los baños, y por mucho que lo desee, no quiero que entre nosotros sea así.

—¿Cómo? —la voz apenas me llegaba a la garganta porque todo mi

riego sanguíneo estaba concentrado en un punto muy concreto de mi cuerpo.

—Como con cualquiera. Contigo, no —mi interior se estremeció con violencia y cerré los ojos. Noté que tiraba suavemente de mi mano y aflojé el cuerpo en señal de rendición. Como una sonámbula dejé que me guiase hasta la sala, y allí la música hizo que saliese de mi ensoñamiento. Nos miramos, serios los dos, y nos alejamos cada uno por su lado, como queriendo huir de la intensidad que se estaba creando in crescendo cada minuto que pasábamos juntos aquella noche.

Mis amigas estaban la mar de gusto con los amigos de Marcus, por lo que tuve que buscar una estratagema para despegarlas. Conseguí arrancar a alguna de ellas hasta la barra de cocktails del fondo, intentando encontrar la diversión que había reinado entre nosotras toda la noche, pero me sentí fuera de onda. Totalmente descolocada. Y la estocada final vino en forma de golpecito en mi espalda, al oír que alguien con una voz grave pronunció mi nombre con sorpresa.

Me di la vuelta y casi me atraganté con el daiquiri que tenía entre manos. Dios, era Nigma, lo que me faltaba. Me besó suavemente en la mejilla mientras dejaba un rastro de perfume delicioso junto a mi rostro, haciendo que mi mente se volviese loca. Y al juzgar por las miradas que me estaba prodigando, él también se acordaba muy bien de mí y de mi cuerpo.

—Finalmente pude venir —me dijo, y entonces recordé que me había dicho algo de que estaría en Londres sobre fin de año. Por dios, ni me había acordado con todo el lío de Marcus y mi tío. Me miró con mayor detenimiento y sonrió levemente:

—Diría que no me esperabas, y que tu sorpresa no es del todo cómoda.

Joder, cómo leía las caras el tío. Apuesta segura a que se dedicaba al espionaje o algo así, me dije. Le sonreí abiertamente, no tenía culpa de mi estado y así se lo hice saber:

—No creas que no me alegro de verte, Jackson. Estás muy guapo…

—Yo te prefiero como la última vez que te vi —sus ojos me llevaron a aquellos momentos en el ático y con terror sentí cómo me excitaba. Y aquello me hizo arrepentirme en el momento. Joder, ¿me estaba sintiendo culpable? No, peor, ¿sentía que le estaba siendo infiel a Marcus? ¿Cómo podía sentir que era infiel a alguien a quien ni siquiera tenía?

Le cogí del brazo y le aparté del barullo, consciente de que unos ojos grises estaban captando todos nuestros movimientos.

—No puedo decir que no me pase lo mismo —le dije, y noté cómo se acercaba un poco más. Puse la mano en su brazo y le miré directamente a los ojos—. Pero las cosas han cambiado desde la

última vez que nos vimos. Ha… ha pasado algo que no esperaba, y que ahora mismo me tiene totalmente fuera de juego. Eso significa que por mucho que me apeteciese, no podría acompañarte hoy.

Bien, ahora le tocaba a él decirme que era una presuntuosa y que no quería nada de mí, pero haciendo gala de todo aquello que me había mostrado en nuestras horas juntos, asintió con una media sonrisa y me acarició el hombro:

—No te preocupes, nunca puse mis cartas boca arriba por lo que es normal que me pierda algo tan extraordinario como tú. Solo quiero que sepas que si las cosas fueran diferentes, no hubiera dudado en hacer que lo único que tuvieses en la cabeza fuese el estar juntos.

Me sonrojé violentamente. Nunca me habían dicho algo así y me morí de la vergüenza. Cogió mi mano, la besó sin soltar mi mirada y murmuró:

—Adiós, Jessica.

—Adiós, Nigma —musité y vi cómo se alejaba entre la gente. Apuré mi recalentada copa hasta el final y tragando saliva me fui hasta mi grupo de amigas, que ya estaban haciendo bromas sobre el éxito de la española, que se llevaba todos los machos potables de la fiesta. Busqué a Marcus entre la gente, y le sorprendí apoyado en una barra, bebiendo whisky y siguiéndome con la mirada. Una oleada caliente me recorrió de arriba abajo y me desconcentré totalmente. La tensión era palpable entre ambos, y tenía claro que el verme con Nigma le había sentado como una patada en el culo. Enarcó las cejas y le di la espalda. Idiota, pensé. ¿Primero me besas, luego me plantas y ahora te pones celoso? Pues que te den morcilla.

Después de todo aquello la fiesta se convirtió en una pesadilla para mí. Glamurosa y divertida, pero una pesadilla. El beso de Marcus había despertado algo en mí que me angustiaba, todo mi ser se debatía entre lo que creía que debía ser, y lo que quería que fuese. Y el rechazar a Nigma había sido la gota final. Ahí estaba la evidencia de lo que pasaba y no podía enmascarar más la verdad que tenía ante mis ojos.

Aguanté el tipo como pude, bailando con las chicas con cara divertida, pero todo el rato consciente de dónde estaba Marcus. Muchos hombres vinieron a hablar conmigo, otras tantas con Marcus, y a las tres de la mañana ya no pude más. No me lo estaba pasando nada bien y prefería irme a llorar a mi cama. A llorar por qué no lo sé realmente, pero me sentía como si hubiese perdido algo que quería muchísimo.

Sé que me estaba observando cuando me despedí de las chicas, y no le dije nada al salir por la puerta. Si me acercaba a él estaba perdida. Menos mal que por fuera había una hilera de taxis para llevarme a casa, y me estaba dirigiendo al primero de la fila cuando Marcus me

alcanzó:

—¿Adónde vas?

—A casa, Marcus —le dije sin mirarle realmente—. Estoy cansada, eso es todo.

—Mentirosa.

—A ti no te debe importar lo que me pase —le dije, derrotada—. Deja de preocuparte por mí.

—No puedo.

Me cogió la cara para obligarme a mirarle, pero me resistí.

—Me voy contigo —me dijo y sin miramientos se metió conmigo en el taxi. No supe decirle que no, y mientras él le daba mi dirección al taxista volví la cara hacia fuera, porque no quería que viese que mis ojos se habían desbordado sin quererlo. Dios mío, qué lío. Laia, invoqué a mi hermana, por favor dime qué tengo que hacer. No quiero fallarte otra vez.

El trayecto fue eterno, y no quise mirarle ni un segundo. La tensión que existía era tan fuerte que creí que el taxi iba a prenderse en llamas. Le oía respirar tranquilamente, y me dieron ganas de arañarle. ¿Cómo podía estar tan sereno, cuando yo me estaba desintegrando por dentro?

Me bajé rápidamente en cuanto llegamos, mientras él pagaba la carrera, y me hice un lío con las llaves, no era capaz de atinar con el tembleque que tenía en todo el cuerpo. Me las quitó de las manos y abrió con calma, como si quisiera ganar tiempo. Yo me estaba desesperando, la espera de lo desconocido estaba siendo insoportable.

Finalmente cuando entramos y le miré, fue como si cayeran todos los muros y todas las barreras. Me aplastó contra la pared, besándome con rabia, y todos los demonios de mi cuerpo se despertaron para entregarme totalmente a él. El frenesí se apoderó de ambos y a trompicones entramos en el ascensor, donde seguimos besándonos como si estuviésemos al borde de la muerte.

Por Dios, qué bien sabía, y cómo me tocaba; yo no podía pensar otra cosa sino en arrancarle la ropa y que estuviese dentro de mí, para aplacar la urgencia tan grande que tenía de su cuerpo. Ya medio desnudos entramos en casa, dejando un reguero de ropa mientras él se dedicaba a acariciarme y a besarme, musitando palabras sucias que yo correspondía con mordiscos y arañazos que le hacían gemir de placer. Sus ojos reflejaban la intensidad de un mar en tormenta, y yo me sentí por primera vez en mi vida más mujer que nunca, poderosa y deseada. Su expresión al verme desnuda fue inequívoca, y casi como un animal salvaje me devoró, empujándome contra la pared mientras su boca me marcaba al igual que hacía yo con las uñas en su espalda. Esto era lo que yo quería, era lo que siempre había buscado. Ya no tenía ninguna duda.

No le dedicamos demasiado tiempo a los preliminares, estábamos llenos de deseo salvaje que sólo se podría aplacar de una forma. Me puse sobre él, húmeda y goteante, y cuando sentí que entraba como una barra de fuego, nuestras miradas se bloquearon y pensé que me moría. Sus ojos me decían mil cosas, me recorrían de arriba a abajo, sus manos me acariciaban la cintura, me excitaban los pezones, me apretaban las nalgas, parecía no saciarse de tocarme. Nos movíamos con furia, buscando la explosión conjunta, sin dejar de mirarnos, sudorosos, y cuando llegó gritamos ambos, en el orgasmo más largo e intenso de mi vida.

Caí sobre él, exhausta, inundando todo con mi cabello. El me abrazó y me dio la vuelta con pericia, acurrucándome contra él y respirando en mi cuello. Yo todavía estaba latiendo, y mis pezones seguían duros como diamantes. Me volví hacia él y le pasé una pierna por encima, pegándome a él todo lo que pude. Separó su cabeza, nos miramos indefinidamente y otro beso voraz se abrió paso en la quietud. No iba a poder saciarme de él esa noche, iba a ser imposible. Quería que me follase por todos lados, toda la noche y parte del día. Había despertado en mí a una Vera que no había aparecido nunca antes, que quería exprimirse hasta el final hasta que no quedase sino una crisálida vacía.

Y supe que aquello no había hecho sino comenzar. Me iba a convertir en una adicta de Marcus, en una yonqui de todo lo que estaba redescubriendo en él.

12. TE LLEVO ESPERANDO DESDE ENTONCES

Finalmente nos dormimos a alguna hora de la mañana, con su cuerpo pegado al mío y la mano posesivamente tocando mi estómago. Era el calor más delicioso del mundo unido al olor a hogar, el de su piel, su pelo, su respiración.

Cuando desperté fue como la mañana de Reyes, y sonreí contra la almohada. Qué gusto daba sentirle detrás de mí, respirando suavemente y abarcándome toda. Yo, que no era precisamente una mujer *petite*, sentía que me perdía entre sus brazos. Había estado en la cama con muchos hombres, pero nunca me había sentido así antes, no tan saciada, protegida y querida.

Mentira. Un recuerdo cruzó mi mente como un rayo y me paralicé. Así había sido también la primera vez. El despertar como en una nube, y luego la fría realidad. Dios mío. De pronto recordé toda aquella noche y la mañana que le siguió, y el sentimiento de malestar empezó a envolverme sin tregua. No, no quiero, pensé. Quiero seguir adelante, por favor, no quiero seguir anclada en el pasado. Deseo disfrutar de esto, y que sea lo que protagonice mi vida de aquí en adelante. No es justo, joder, no puede ser que ahora, por mi maldita obsesión, se fastidie todo. Pero mi mente me traicionó y tuve que levantarme, no podía seguir más en la cama.

Marcus no se enteró, siguió durmiendo plácidamente, y yo me puse una bata vieja de seda para sentarme al lado de la ventana, en una especie de diván. Fijé mi mirada en un punto inconcreto y empecé a intentar que esa desagradable sensación se diluyese, recordando la fabulosa noche que había pasado con él, rememorando cada cosa que me había dicho y que me había hecho sentir, pero fui incapaz de recuperar ese estado de felicidad. ¿Pero qué me daba miedo? ¿Por qué no era capaz de dejar atrás todo aquello, toda ese sentimiento de culpa? ¿No me merecía un nuevo comienzo?

No le oí levantarse, así que me sobresalté cuando sentí que me abrazaba por detrás y metía el rostro entre mi pelo.

—Buenos días, Verushka —me dijo y se sentó frente a mí, en el diván—. Estás preciosa esta mañana.

Me acarició la cara y me obligó a mirarle. Supongo que la desolación de mis ojos fue suficiente para hacer que retirase la mano y afilase la vista.

—¿Qué te pasa?

—Lo sé, Marcus, soy lo peor, de verdad. Por favor, perdóname…

Otra vez llorando, ¿qué coño me pasaba últimamente? Estaba hecha una llorica, lo odiaba. Yo no era así, pensé furiosamente.

—¿Te estás arrepintiendo? —me preguntó, y vi mucho dolor en sus ojos.

Intenté coger aire.

—No, no dudes de eso. Ha sido una noche fantástica, tú eres fantástico… pero no puedo dejar de sentirme mal. Por un lado me siento estúpidamente culpable, y por otro tengo miedo. Ni yo misma me entiendo…

Vi que intentó contenerse, que hizo verdaderos esfuerzos, pero al final no pudo y estalló:

—¡Joder, Vera! ¿Cuándo vas a dejar de flagelarte por lo que pasó hace veinte años? ¿No crees que ya es hora de dejarlo atrás? ¿No ves que ya no somos los mismos, que esto va en serio?

—Lo sé, Marcus, y no sabes cómo lo intento. No entiendo por qué me he levantado sintiendo esto —la voz se me quebró y emití algo parecido a un sollozo—. Sobre todo porque esta vez sí estás aquí, conmigo, y sé que no te vas a ir.

Vi que tomaba una determinación al notar cierto tono de pregunta en mi última frase:

—Vera… —me cogió las manos y su mirada me dominó, aun estando llena de ruego. Sus ojos, esa mañana de hielo verde, eran absolutamente honestos y sinceros—. Estoy tan enamorado de ti que me duele. Joder, desde que te vi de nuevo en los pasillos de la oficina ha sido así; cuando me di cuenta de que eras tú algo volvió a surgir en mí, algo que tenía enterrado muy adentro. Al principio intenté ignorarlo, pensando que era mera curiosidad, pero perdí la batalla. Volviste a demostrarme lo increíble que eres y no puedo luchar más, ni tampoco quiero hacerlo. Joder, no puedo dejar de pensar en ti, en tu pelo, en esa carcajada tan sexy que me dan ganas de comerte entera, en esa sensación de que eres de toda la vida pero a la vez hay mil cosas que no sé de ti... No sé cómo hacer para que entiendas que quiero ser feliz contigo, solo contigo. Y que quiero afrontar todo esto como un nuevo comienzo, como el que ambos nos merecemos.

Creí que me iba a dar un colapso de todas las emociones que estaba sintiendo. Le veía ahí, anhelante, ansioso, con su corazón puesto a mis pies, y yo era incapaz de decirle que yo también le quería, que me moría por tenerle conmigo. Estaba tan bloqueada que no tenía forma de hacer que mi boca pronunciase las palabras que yo misma deseaba decir con todas mis fuerzas.

Derrotada, me solté suavemente y hundí mi cara en mis manos, empezando a sollozar en silencio. El suspiró muy hondo, esperó un rato y luego le oí levantarse:

—No te vayas, por favor —le supliqué, al ver que se estaba vistiendo.

—En realidad no quiero, pero siento que ahora mismo es lo mejor.

Creo que necesitas tiempo para entenderte. No quiero estar así contigo, si estamos juntos es porque los dos lo deseamos. Y ahora mismo tú no sabes lo que quieres.

—Marcus, por favor —odiaba cómo estaba sonando, pero no quería que se fuese. Pero tampoco era justo hacerle quedarse, si no podía decirle lo que él quería escuchar.

Salió del dormitorio con su esmoquin, tan imposiblemente guapo que me desgarró por dentro. Volvió a sentarse junto a mí y me acurrucó en su regazo, acariciando mi pelo con suavidad. Su calor, su olor, el relieve de su portentoso pecho, todo era embriagador pero a la vez conocido. Ese era mi hogar, me dije, y me odié por no poder decírselo.

Estuvimos un rato callados, hasta que le oí musitar suavemente cerca de mi oído:

—Vera, quiero luchar por esto. Estaré para lo que necesites, pero antes quiero que te aclares. Ya sabes lo que siento, ojalá pudiese expresarlo mejor para que te enteres bien, pero supongo que lo sabrás, por todo lo que ha pasado en estos días.

Claro que lo sabía. ¿Cómo me había permitido ni siquiera dudarlo? Todas sus atenciones, toda su preocupación, todas sus invitaciones supuestamente casuales denotaban que quería estar conmigo a toda costa. El viaje al entierro de mi tío, todo el tiempo que me dedicó a mí y no a su familia, todo eso denotaba claramente lo que sentía. Que me quería con él, a mí y a nadie más. Qué tonta, qué tonta había sido.

Impotente, vi cómo se levantaba y se me aflojaron las piernas. Ay Dios mío, ¿cómo iba a solucionar esto ahora? Fui tras él, intentando decir algo medianamente coherente, pero al mirarle no pude hacer otra cosa sino besarle mil veces, sin querer despegarme de él hasta que se deslizó por la puerta y yo la cerré con mi propio peso. Fuerte mierda, Vera, me dije. En vez de decirle que es el hombre que llevas esperando toda la vida y no dejarle salir de la cama hasta el año siguiente, tú te bloqueas y le dejas irse. Como siempre, haciendo gala de tu toque con los hombres.

Pasé el día como un alma en pena, ingiriendo cantidades ingentes de pizza y tarrinas de helado, además de pensar tanto que al final me dolían las neuronas. ¿Qué tenía que pasar para quitarme de encima el miedo y la culpa? Era una mujer adulta, tenía que tomar decisiones, eso estaba claro, pero no podría hacerlo si no me aclaraba. No podía comenzar nada con Marcus sin hacer borrón y cuenta nueva, le debía eso a él y a mí misma. ¡Qué difícil era! ¿Por dónde iba a empezar?

Aun así, no podía evitar sentir que por encima de todo flotara ese increíble sentimiento que había dentro de mí, la felicidad basada en todo lo que me había dicho él. ¡Me quería! ¡Estaba enamorado de mí! Aquella noche me había hecho el amor como nadie antes,

entregándose en cuerpo y alma. Me abracé, intentando recobrar su calor y sus caricias. Mi estómago estaba lleno de mariposas, colibríes y dragones. Me miré en el espejo: la cara me irradiaba luz, algo que no pasaba desde hacía mucho tiempo. Y no había sido capaz de decirle nada, ni siquiera que yo sentía lo mismo por él. ¡Qué gilipollas que era! Pero ahora no iba a lograr nada diciéndoselo, no me iba a creer. Tenía que demostrarle que estaba convencida.

Al día siguiente fui a trabajar inmensamente nerviosa. Deseaba verle y a la vez no. Aun así me esmeré en arreglarme: pantalón pitillo tobillero con un botín de tacón fino que me estilizaba las piernas milagrosamente, una camiseta holgada de cuello un pelín desbocado y una americana de tela suave que tenía la altura perfecta para disimular mi cadera. Eso, junto a las ondas de mi melena oscura, un maquillaje suave con labios encendidos, y una maxi bufanda sobre mi chaquetón en lana beige, me hizo sentirme preparada para enfrentarle. Nada de vestidos sueltos hoy, no.

Estuve toda la mañana en nuestra sala, con el resto del equipo, esperando a que fuese la hora de almorzar para verle. Pero mi gozo en un pozo. Ni rastro de Marcus por ningún lado. Me reprendí: no tenía sentido deprimirme. Estaba claro que él ahora mismo no tendría muchas ganas de verme, y tenía que respetarlo. Pero aun así me di alguna vuelta de más por la empresa, buscando supuestamente una fotocopiadora, o yendo a la máquina de vending para comprarme una chocolatina. Pero nada, no hubo forma. Y no quería preguntar por él, porque no tenía ningún sentido.

Me fui a casa arrastrando los pies. Me sentí tremendamente sola. Marcus había llenado mi vida en las últimas semanas y ahora parecía que vivía en un desierto. Sin darme cuenta había empezado a articular mis días alrededor de él, esperando sus mensajes o llamadas. Y ahora mi móvil estaba más muerto que muerto.

Esa tarde me llegó un mail del abogado de mi tío. Aparte de ponerme al corriente de varios asuntos que no había podido concluir el viernes pasado, me decía que había unas cosas que mi tío había pedido expresamente que se me enviasen a mí tras su muerte. Los había enviado ese mismo día por mensajería exprés, y me llegarían en como mucho cuarenta y ocho horas. Me quedé intrigadísima. ¿Qué sería lo que tío Mateo había querido que tuviese, y que no me había podido enviar hasta que hubiese muerto? Aquello sonaba muy raro. ¿Tendría que ver con Laia? ¿O con mamá?

Me puse el pijama, pensativa, y empecé a prepararme algo de cenar. Pero una llamada a mi puerta hizo que interrumpiese mis preparativos. Era Maeve, con una fuente llena de lasaña vegetal.

—Creo que hoy necesitas algo así —y sacó de detrás de su espalda

una botella de vino rosado. Se me aguaron los ojos de la gratitud, y se dio cuenta.

—Ay, *honey*, no estés triste, que todo se arregla, ya verás.

En un momentito dispuso todo para sentarnos a cenar, mientras yo la miraba algo boquiabierta:

—¿Cómo sabías…?

—Tus malas vibraciones me llegaban por debajo de la puerta, y pensé que si no me dejabas descansar, entonces tendría que ayudarte. Come, niña, que no ayuda pero hace que te sientas mejor. Todo se afronta mejor con la barriga llena.

Me puso dos cucharadas gigantes de lasaña y logré sonreír:

—Maeve, tú sabes más cosas que el resto de gente, no me lo niegues. No soy tonta, me he dado cuenta de muchos detalles y sé que lo haces de alguna forma…

Pensé que no me iba a responder, pero de pronto fijó en mí sus ojos aguamarina con una inteligencia aguda:

—Lo sé, simplemente. Digamos que tengo una intuición más desarrollada que la normal. Tanto que a veces sé las cosas que van a pasar, o que han pasado.

Aquello no me sorprendió. Sabía que aquella vieja escondía más de lo que contaba. Pero no me dio miedo, sino una enorme confianza.

—Eso te habrá llevado a situaciones complicadas contigo misma. ¿Qué pasa si ves algo que crees que las personas implicadas deben saber, se lo dices o dejas que cada uno busque su camino?

Se llevó el tenedor a la boca, masticó concienzudamente y pareció pensar un momento. Luego, fijando la vista en mí, comenzó a hablar:

—Sí, si son personas de mi confianza. A mis hijos los salvé una vez, diciéndoles que no fueran a determinado sitio en sus vacaciones. Murió mucha gente, y ellos no estaban allí. Se salvaron por hacerme caso. También con mi marido tuve una experiencia parecida, aunque no pude evitar que me abandonase demasiado pronto.

Tomó un sorbo de vino y pareció muy joven, como si por la iluminación tenue sus arrugas desapareciesen.

—También lo he usado alguna vez con una clienta. Trabajaba muy estrechamente con ellas, y alguna se convirtió en especial para mí. Nunca les dije las cosas tan directamente, pero sí les dejé caer algo para que pensasen bien lo que iban a hacer. Pero nada más.

—¿Y por qué me cuentas todo esto a mí? —le pregunté—. ¿Hay algo por lo que deba tener miedo?

—Solo quiero decirte que no estés temerosa por el futuro, y no dejes que tu pasado te quite la felicidad. Todo está bien, Vera —e hizo un gesto con su mano, como abarcando el mundo—, no tienes por qué preocuparte.

Asentí, embebiéndome de cada palabra. No quería preguntarle más,

pero me estaba dando mucha tranquilidad. No sé lo que estarían viendo sus ojos, más allá de mí, pero transmitía calma.

—Es difícil —le dije—. Es un comportamiento aprendido desde hace mucho tiempo. Cuesta mucho cambiar eso.

—¿Aún a costa de perder el amor de tu vida?

La pregunta me hizo un nudo en el estómago y dejé el tenedor en el plato. Más vino, necesito más vino. Pero ella puso una mano sobre mi brazo extendido y meneó la cabeza:

—No te distraigas de lo importante. Tienes que centrar todos tus sentidos en resolver las cosas. Es el momento más importante de tu vida personal: deja de buscar excusas y dedícale tiempo a esto. Si necesitas una semana, así será; si es un mes, pues también. Si lo haces bien, tendrás tu recompensa.

—¿Y él me esperará? —pregunté con voz débil.

—*Deary*, él te esperará hasta el fin de mundo. Te lleva esperando toda una vida, no te olvides de eso.

Aquella frase me derrumbó por dentro y tuve que hacer verdaderos esfuerzos para coger aire. Levanté la mirada y sólo me encontré con los ojos sabios y bondadosos de Maeve, que me hicieron creer ciegamente en lo que me estaba diciendo. Una sonrisa pugnó por romper mi rostro serio y ella se contagió de la misma.

—Pero esta noche haremos un alto el fuego y lo pasaremos bien juntas. Así te daré un poco de positivismo y podrás coger la semana con fuerzas.

Aquello en el mundo de Maeve se traducía en ver una película antigua muy bonita, comiendo helado las dos de una tarrina y comentando la peli como cotorras. Eso hizo que durmiese bien, y que al día siguiente todo no pareciese tan negro. Es que realmente no lo era, me dije a mí misma. Tenía a un hombre fabuloso enamorado de mí, tanto como yo lo estaba de él. Todo el asunto tenía muchas más luces que sombras. Me esforcé en pensar en todos los momentos maravillosos que me había hecho pasar en estas últimas semanas, y luego me obligué a recordar lo bien que lo habíamos pasado siempre cuando jóvenes. También rememoré muchas cosas de Laia, para intentar recordar cómo era ella, cómo pensaba, qué le gustaba, pero era complicado, porque muchos recuerdos se me habían desdibujado. Hacía mucho tiempo de aquel agosto fatídico, más tiempo del que habíamos pasado juntas en vida.

Una ayuda inesperada me llegó en forma de envío de mensajería urgente. El viernes recibí en casa un paquete no demasiado grande, con remitente del abogado de mi tío. Cerré la puerta y rompí el envoltorio con las tijeras, para descubrir que lo que me había enviado el abogado era una cajita de bombones. Enarqué las cejas, incrédula,

pensando que era una broma, pero cuando la abrí casi la dejo caer al suelo del impacto. En la caja estaba el diario de Laia, aquél en el que escribía sin cesar en el año de su muerte.

Lo abrí, empujando su delicado cierre, y entonces caí en la cuenta. Me había olvidado de que Laia encriptaba su diario, lo escribía en un código cuyo significado solo conocía ella. Por eso me lo había enviado Mateo, él no habría sido capaz de desentrañar sus misterios y esperaba que fuera su hermana quien lo hiciese. Pero eso me llevaba a otro pregunta: ¿por qué no me pidió ayuda en vida? Le habría echado una mano con toda seguridad. Entonces entendí que probablemente en ese diario hubiese escrito algo que él no querría que yo supiese, y por eso me lo había enviado una vez muerto.

Me senté y hojeé el diario con cuidado. La letra de Laia, puntiaguda y agitada, me hizo retroceder veinte años en el tiempo. Ella era la mayor, la interesante, la que se ponía a escribir en el diario echada en su cama mientras yo la observaba desde el sillón. No me dejaba ver nada, pero a veces me comentaba cosas, y yo le replicaba burradas para hacerla reír. Sabía dónde lo guardaba, en un lugar secreto que solo ella y yo sabíamos, pero tras su muerte no lo encontré allí. Pensé que se lo habría llevado la policía para investigar si en ese documento encontraría alguna pista que explicase la muerte de Laia, pero alguien se me había adelantado. Ahora supe que había sido Mateo.

El código no me pareció demasiado complejo, y sabía que si lograba pasar aquello al ordenador podría resolver el enigma. Pero tendría que escanear todo el diario, y era viernes por la noche, no tenía forma de ir a ningún lado a utilizar un escáner. Y tampoco conocía ninguna aplicación que fuese lo suficientemente potente y precisa para hacer el trabajo. Preferí hacerlo a la vieja usanza, para no cometer fallos.

Pero no podría esperar al lunes, ni de coña. Tenía que buscarme la vida para ver si lograba encontrar un escáner de uso público en Londres. Me metí en Internet para encontrar alguna solución, aunque en mi mente la solución más apetitosa habría sido escribirle a Marcus para preguntarle si tenía escáner, y así de paso poder verlo. El no haberle visto en toda la semana me estaba matando, tenía un auténtico mono de sus ojos azul hielo y su sonrisa tremendamente sexy. Sabía que él no quería verme hasta que yo fuese capaz de darle una respuesta, pero me daba igual. Seguro que él tendría tantas ganas de un Kit-Kat como yo. Cogí el móvil y sin dudarlo demasiado le escribí un whatsapp, contándole lo del diario y preguntándole si tenía un escáner que prestarme.

Me contestó a las dos horas, mientras yo estaba debatiéndome en si empezar a comerme las uñas o una tarrina de Ben & Jerry's. Cabrón, pensé, ahora te gusta tenerme en ascuas.

Sí tengo. Te lo llevo mañana al mediodía, si vas a estar en casa.

Mi corazón dio una voltereta y acto seguido hizo el baile de la alegría. ¡Va a venir! ¡Nos vamos a ver de nuevo! ¡Me ha dicho que sí! Nerviosa le confirmé que sí iba a estar, y acto seguido me fui al dormitorio a elegir lo que me iba a poner. ¡Mañana debía estar radiante! Me había emocionado tanto con el hecho de volver a verle que por un momento se me había olvidado el misterio del diario, al cual eché una mirada de culpabilidad. Me lo llevé a la cama para echarle un vistazo, y antes de dormirme concluí que el código no era complicado, a fin de cuentas había sido hecho por una chica de diecisiete años, pero tenía su intríngulis. Con la ayuda de la tecnología y mi propia cabeza, acostumbrada a retos parecidos, seguro que lo conseguiría desentrañar.

A la mañana siguiente me desperté de un sobresalto, recordando que Marcus iría a verme al mediodía. Como un resorte salí de la cama, metiéndome en la ducha para lavarme bien el pelo. Me lo sequé y dejé que cayese en suaves ondas, acentuando el look femenino que quería llevar aquel día. Me puse las medias de blonda y el body de encaje negro, para luego ponerme la falda gris de caída suave que había elegido y la camiseta negra de mangas caladas y profundo escote en pico. Unas pulseras y una capa de crema efecto flash de belleza, más un maquillaje sutil y unas gotas de mi perfume favorito, eso era todo lo que necesitaba para sentirme dispuesta a triunfar. Me miré en el espejo y me pregunté si no estaba demasiado arreglada para estar en casa, pero mi yo interior meneó la cabeza. Marcus debía saber que me había puesto guapa por él, por lo menos se merecía darle esa alegría. Hasta me arreglé las uñas y me depilé las cejas, sin duda buscando llenar el tiempo que quedaba hasta que viniese. Conforme se iba acercando la una de la tarde me parecía cada vez más a un gato enjaulado. Por Dios, qué ansiedad. Y qué tontería más grande la mía, pensé. Si todo esto se solucionaría solo con que fuese capaz de sentirme a gusto con mi pasado. Tenía al alcance de mi mano el poder arreglarme para él sin ningún tipo de estrategia, solo para sentirme sexy y llevármelo a la cama y no dejarle salir.

A la una y media tocó el portero y le abrí, con manos temblorosas. En lo que subía tuve que secarme las palmas de las manos en un paño de cocina. ¡Ni que fuera a verme Steve Jobs renacido! Increpándome mentalmente me dirigí a la puerta, porque ya debía estar por fuera.

Así fue. Me tuve que contener para no echarme en sus brazos. ¡Estaba divino! Aquel día parecía salido de un catálogo de Hackett, y sonreí porque me di cuenta de que él también se había arreglado para venir a verme. Nos miramos a los ojos y no pudimos evitar sonreír, disolviendo toda la tensión.

—Estás muy guapa, Vera. Me encanta tu ropa de estar por casa —me dijo, regodeándose en mi cara de culpabilidad.

—Gracias. Estoy muy nerviosa —le confesé—. No sabes las ganas que tenía de verte.

—Y yo —dijo, mudando su expresión a la de hombre con todo bajo control. Lo supe: no podía entrar en este juego, no después de que me hubiese dicho todo lo que sentía y que yo luego no hubiese sido capaz de responderle. Tenía que respetarle y no ponérselo más difícil. Pero la mujer sensual y cachonda que habitaba en mi interior no quería desistir. Uf, aquello iba a ser complicado.

—¿Dónde has estado toda la semana? —le pregunté, mientras él dejaba el escáner sobre la mesa. Empezó a desenrollar los cables mientras me contestaba:

—Aproveché para salir al mercado con varios comerciales. Es una buena época para hacerlo, no hay demasiado trabajo…

Lo entendí. Había buscado la forma de trabajar sin tener que ir a la oficina, y sin tener que verme.

—¿Y fueron provechosas tus visitas?

Hablar de trabajo nos hacía estar en territorio neutral, y por lo tanto nos aferramos al tema. Me contó que había estado visitando varios canales de distribución, y traía noticias frescas, de a pie de calle. Nos enfrascamos en una conversación interesante, porque añadía información a mi trabajo, y entre tanto él fue instalando el escáner y yo sirviéndole una cerveza. Pronto lo tuvo todo dispuesto y le acerqué el diario. Vi que lo miró con reverencia, y entendí que para él también era importante.

—¿No te da miedo descubrir lo que haya podido haber escrito? —me preguntó, y asentí:

—Sé que algo raro tiene que haber, porque si no mi tío me lo hubiese dado hace muchos años. Estoy un poco acojonada, la verdad, pero supongo que es mejor saberlo que ignorarlo.

—¿Crees que vas a descubrir la clave? —me preguntó, con cierto respeto. Sonreí:

—Tengo todo el fin de semana para trabajar. Pero creo que sí, me gustan este tipo de retos, así que no pararé hasta conseguirlo.

—Entonces no irás esta noche a la fiesta del club… —me dijo, con la mirada puesta en la pantalla. Me sorprendí:

—No sabía que había fiesta. O espera, sí, algo de eso me suena haber visto en Facebook… —me acordé de Nigma, pero ahuyenté su recuerdo sin pensarlo más—. No creo que vaya, Marcus, no tengo ganas y además me interesa más solucionar lo del diario. ¿Tú irás?

—No lo sé todavía, es con máscara, así que todo el mundo irá a lo que irá.

Sentí una punzada de celos, imaginándome a Marcus ligando con otra, y le miré, deseosa de confirmar que realmente no iría. Hizo como que no se dio cuenta y empezó a escanear el diario.

—Lo que no entiendo es cómo les da tiempo de montar fiestas tan increíbles en tan poco tiempo. ¡Si el lunes fue la de fin de año! Para montar un evento así creía que se necesitaba bastante más trabajo.

—Lo cierto es que dentro del club hay varias divisiones para ello, por lo que unos montan las fiestas periódicas o normales, digamos, y luego hay otro grupo de gente que organiza los eventos especiales.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Tengo mis contactos en la organización —dijo con una sonrisa traviesa. Vaya, otro con privilegios en el club, pensé. Capaz que conocía a Nigma. Uh, pensé, nunca hubiera dicho que los círculos en Londres eran tan pequeños.

—Iba a hacerme algo de almorzar, ¿te apetece quedarte? —le pregunté, cruzando los dedos para que me dijese que sí. No me miró, enfrascado en la tediosa tarea de escanear. Realmente lo estaba haciendo porque quería, yo esperaba que me dejase el escáner y hacía el trabajo yo, pero él había tomado las riendas y lo estaba haciendo él. ¿Sería porque quería quedarse?

—No es buena idea, Vera, pero vale.

Suspiré hondo, anotándome mi primera victoria. Por lo menos le retendría un par de horitas más. Me alejé de él para meterme a preparar algo medianamente apetecible, algo que me mantuviese ocupada mientras él iba escaneando el delgado diario. Saqué el robot de cocina, tipo Thermomix pero no tan completo, y decidí hacer un risotto con langostinos. Con el robot podría dejar el risotto dándose vueltas sin tener que estar media hora esclavizada frente al fuego, moviendo y removiendo. Tenía todos los ingredientes, así que me puse a prepararlo en silencio, algo que fue bastante incómodo porque ese silencio empezó a crecer y pareció engullirnos. Solté los cuchillos y puse algo de música, avisando a Marcus que en mi playlist favorita podía encontrar hasta ópera rock, así que esperaba que no se asustase.

La música hizo que mi incomodidad se diluyese y pronto empecé a tararear las canciones, moviéndome al compás de ellas. Para mí la música era algo esencial en mi vida, me daba ánimos cuando estaba deprimida, me calmaba cuando estaba nerviosa y me emocionaba hasta el extremo con determinadas canciones. Me liberaba cantar e imitar a los cantantes y grupos que más me gustaban, sobre todo en el coche, cuando nadie podía oírme. Aquel día presté más que nunca atención a las letras de las canciones, deseosa de centrar mi atención en algo que no fuese el saber que Marcus estaba allí, al alcance de mi mano, y que no debía acercarme. Cuando sonó “The story”, supe que sería mi perdición, y la paré, pasando a la siguiente.

—¿Por qué la quitaste? —me preguntó Marcus, sorprendido. Intenté buscar una excusa pero su mirada me hizo confundirme aún más.

—Es que… bueno, esa canción me habría hecho sentir muy rara.

—¿Por qué?

—Porque habla de cosas que ahora mismo no quiero oír estando aquí contigo —no sabía cómo salir del apuro, y él no me ayudó:

—Entonces si algún día la escuchamos, sería porque todo se ha aclarado —me dijo él, volviéndose hacia mí y analizándome con ojos escrutadores.

—Sí —musité—. Para mí es la canción más bonita del mundo. Y quiero escucharla contigo sin ningún tipo de duda entre nosotros.

Se levantó y cogió el móvil.

—"The story" —leyó—. Cantada por Sara Ramírez.

Me puse roja.

—Sí, es de la banda sonora de Anatomía de Grey. Del capítulo musical que hicieron hace ya varias temporadas. Pero la original es de Brandi Carlyle.

—La escucharé —me dijo, guiñándome un ojo. Me apuré:

—Ay, no, qué vergüenza. Si lo haces, por lo menos no me lo digas.

—Tranquila, Vera, no pasa nada. No es para tanto —sus palabras algo frías se suavizaron por esa sonrisa tan sexy que me encantaba, y que me dejaba sin respiración. Se volvió a sentar, dejándome de pie como una tonta, con el delantal mal abrochado e hiperventilando. Coge aire, me dije. Céntrate en el risotto, Vera, y deja que todo fluya.

Puse la mesa, saqué el vino blanco de la cava, dispuse unas rebanadas de pan en la panera y preparé una ensalada rápida de canónigos, aguacate y sésamo tostado. Cuando levanté la vista él ya había terminado, y me estaba observando con una mirada que me intimidaba un poco. Se levantó y dio una vuelta a la isla, para oler el risotto que estaba ya en su punto. Rallé el parmesano y le di unas cuantas vueltas más, para luego servirla en nuestros platos hondos.

—Qué pinta, Vera. Eres algo así como la bruja buena de la cocina.

Me puse roja, y me reí:

—Hay que ver qué rápido se te conquista por el estómago, Norén.

—Soy fácil de conquistar —dijo sonriendo inequívocamente, y a mí casi se me cae el cucharón al suelo. ¿Así que ahora estaba juguetón? Me fui de su lado, bordeando la isla por el otro extremo, y puse los platos en la mesa.

—Pues demuéstramelo comiéndotelo todo —le dije, como a un niño, y se rio.

—Y el vino es perfecto —volvió a elogiar al tomar un sorbo helado del verdejo que había elegido.

—¿Y ahora por qué estás tan contento? —le pregunté, algo sorprendida. Hoy su ánimo estaba bastante inestable, por lo que veía. Apoyó los codos en la mesa y se echó hacia delante, capturando mi mirada con maestría.

—Pues que he decidido que hoy no voy a luchar más por

mantenerme distante. Estás haciendo que me sienta muy a gusto, y la verdad es que no puedo resistirme a tus malas artes —sonrió traviesamente.

—Vaya, ¡qué educado! —le dije, enarcando las cejas—. Un poco petulante tu comentario, ¿no?

—¿Y ahora por qué te mosqueas? —me preguntó, algo estupefacto.

—Lo siento, tienes razón. Es que todo esto me supera, no sé muy bien cómo actuar.

Me cogió la mano y la acarició.

—Es fácil. La situación es la siguiente: yo tengo muy claro que quiero estar contigo. Tú también, eso creo, pero todavía no puedes. Por mil cosas o por una sola, todavía no lo sabes, pero por lo menos estás en ello, quieres solucionarlo. Entonces sabemos que hay una cosa, la base, que está clara: que hay sentimientos. Ahora solo tenemos que lidiar para que tú puedas resolver tus cosas con calma. Pero no hoy. Quería venir, instalarte el escáner e irme, pero lo cierto es que no puedo. Aunque me haga daño.

—No quiero que te haga daño —le dije suavemente—. Pero no sé cómo hacer para que no sea así.

—La decisión más racional sería comer, darte las gracias por el almuerzo y marcharme. Y que tú te quedes resolviendo lo del diario, porque eso quizá te ayude a ver cosas que antes no sabías.

Me miró, pidiéndome que le dijese que no, que eso no era lo que yo quería, y que deseaba que le pidiese quedarse toda la tarde. Pero decidí ser adulta y responsable, a costa de tragar muchos nudos:

—Eso es lo que haremos, Marcus. Es lo mejor.

—¿Estás segura? —me preguntó, con los ojos brillándole de un modo peligroso. Oh, se estaba poniendo en modo depredador, y yo era una presa fácil.

—No —susurré entrecortadamente. La intensidad fue demasiado y solo podía fijarme en sus labios, tan excitantes, mientras yo sentía cómo se secaban los míos.

—Ven —dijo, tendiéndome la mano. Echó la silla hacia detrás y no pude hacer otra cosa que ponerme a horcajadas sobre él. El primer beso fue ardiente, desesperado, queriendo sustraerle la vida. Sus manos me bajaron las mangas de la camisa, y el roce de mi entrepierna con la bragueta abultada de sus pantalones me hizo gemir de placer. Con rapidez le desabroché la camisa, mientras él, con un sonido apreciativo al ver el sexy body negro, me iba bajando las tiras de encaje. Mis pechos volvieron a la vida, escapando de su prisión y siendo objeto de las caricias de sus manos.

—Qué bonitos son, tan redondos y perfectos —murmuró mientras seguía besándome el cuello y excitándome los pezones. Yo empezaba a estar como loca, me estaba matando con los suaves tirones que

prodigaba a mis pechos, y cuando me los devoró con la boca tuvo que contenerme para no dejarme ir. Eran como impulsos eléctricos que tenían conexión directa con mi clítoris. Y encima tenía al alcance de mi mano su bronceado pecho, sus poderosos hombros y brazos, con esos músculos que se movían mientras me tocaba, presos bajo su suave piel.

—Ahhh —le oí decir, al darse cuenta de que llevaba medias y liguero—. No sabes cómo me pone esto.

Apartó mis bragas buscando la chorreante humedad, y cuando se dio cuenta de lo mojada que estaba gruñó, excitado. Yo empecé a desabrocharle la bragueta, luchando contra los botones, y cuando su erección surgió liberada en todo su esplendor, me incorporé sobre mis tacones y me balanceé sobre ella, dejando que tocase los fluidos que encharcaban mi entrepierna. No sé de dónde sacó un condón, pero la rapidez con la que lo puso podría haber entrado en el Guinness de los records.

—Dios, Vera, no me hagas esto —me pidió con voz ronca y le obedecí, ansiosa, ensartándome en él con lentitud. Nos abrazamos, besándonos cada punto de la cara, cuello, espalda, mientras nos agitábamos hacia el clímax final. No podía pensar en nada más sino en ese orgasmo explosivo, que llegó como el estruendo de un trueno y que nos dejó a ambos sudorosos y temblando, víctimas de un terremoto. No podía dejar de abrazarle y besarle, enroscada en él como una hiedra, sin querer dejarle ir.

Me cogió la cara, con la mirada desnuda, y me acarició la mandíbula:

—¿Ves cómo esto es real? Tú sabes que lo sientes y que lo quieres, Vera…

—Lo sé —le dije, besándole—. Es lo que deseo. A ti y a todo esto.

—Pero no puede ser si no dejas atrás lo otro. No quiero estar juntos y que dentro de un año nos estalle en la cara.

—Entonces ¿por qué has querido volver a hacer esto? Aparte de por las razones obvias —le dije, sonriendo. Hundió su mano en mi nuca y me acarició la cabeza:

—Quería darte un recordatorio. Por si te habías olvidado.

—Eso es imposible —le dije, acariciando su pecho. Volvió a abrazarme y su cuerpo tembló de una risa suave:

—Nos hemos olvidado del risotto. Tanto trabajo para nada.

Yo también me reí.

—No te preocupes, para eso tenemos el microondas. ¿Tienes hambre?

—Vuelvo a tener —me dijo, y de pronto noté cómo su erección volvía a crecer debajo de mí. Le miré, divertida, y mi reacción no se hizo esperar.

—Pero ahora nos vamos a algún sitio más cómodo —le dije, levantándome y cogiéndole de la mano. Hizo como que pensaba y de pronto me cogió en brazos, como si fuese una pluma.

—Esta chica está muy sucia. Necesita que la bañen urgentemente.

Mmm, Marcus y yo en la ducha. No hizo falta que me convenciese. Me dejé llevar y pasamos la tarde entre la ducha y la cama, disfrutando de esas horas robadas sin pensar en nada más. Hablamos, comimos, echamos polvos gloriosos, recordamos, nos reímos, pero sobre todo se instaló entre nosotros una sensación de maravillosa intimidad que no recordaba haber compartido con nadie antes. Nos contamos cosas muy nuestras, otras más frívolas, hablamos de futuro, de pasado y de presente. De trabajo, de proyectos, de vida, de posibilidades. De lugares en el mundo y de nuestra isla. Nos besamos como si el mundo se fuera a acabar, con esa ansia de no poder dejar de tocar la piel del otro. Y sobre todo nos miramos, sí, directamente a los ojos, disfrutando de esa sensación de saber que ahí era donde teníamos que estar.

∞ MARCUS ∞

No sabía cómo sentirme. De despertarme absolutamente flipado por la noche que habíamos pasado juntos, al cubo de agua helada al ver que a pesar de todo no había llegado a romper todas las barreras. Su gesto desesperado me partió el alma, pero a la vez me cabreó. Iluso de mí, había pensado que con lo que había pasado, todo ya estaba claro entre nosotros. Y en cierta forma sí lo estaba, porque por lo menos sabíamos lo que sentíamos, pero me mataba el no poder luchar contra aquel recuerdo de haberla dejado tirada, y peor todavía, contra la eterna culpa que siempre llevaría dentro. La traición hacia su hermana, a pesar de que ésta nunca se llegó a enterar. Aunque no hacía falta que se hubiese enterado, la culpa era como una araña venenosa que tejía sus redes y atrapaba todo pensamiento redentor, y si la dejabas vivir en tu corazón, la red se convertía en muro. Para una persona como Vera, para la cual la lealtad era un valor inherente a su ser, reincidir en algo que consideraba malo era como abrirla en canal.

Y luego llegó la tarde en su casa, otro subidón de adrenalina que me dejó muerto por el abismo que vi ante mí. Un abismo en el que estaba cayendo con todo el gusto del mundo, porque estaba lleno de luces, de calor y de ella. Su olor, su risa, las estrellas en sus ojos. Esas estrellas que eran promesas de lo que habría sido lo nuestro si no hubiésemos compartido aquel pasado. Que en otro contexto, estaríamos de lleno disfrutando de algo increíble, como lo eran los momentos que compartíamos. Esa unión perfecta, el comprendernos sin decirnos nada, el romperte por dentro solo con verla sonreír y ladear la cabeza para dejar caer la cascada de su pelo, la luz que transmitía su piel al rodearme. El sentir que estaba en casa después de mucho tiempo, el querer hundirme en ella hasta morir de gusto. Ella era todo lo que siempre había deseado tener como compañera de vida: una mujer de verdad, inteligente y avispada, con un humor chispeante, una forma de ver la vida afín a la mía, preciosa hasta decir basta… Y además era Vera, con todo lo que eso conllevaba.

Le di muchas vueltas a la cabeza sobre cómo ayudarla para aclararse, para que pudiese embarcarse en lo nuestro sin cortapisas, sin temores. No era fácil, porque no quería presionarla ni dirigirla en una dirección que luego fuese incorrecta. Lo mío no era la paciencia, nunca lo había sido, y aunque me esforzase al máximo, sabía que la iba a cagar si cedía al impulso de tentarla para no despegarse de mí. Más tardes como la que acabábamos de pasar, por ejemplo. Eso no sería justo para ninguno de los dos, debía dejarla ser libre para solucionar todo ese caos interior que estaba sintiendo. La entendía, eran demasiadas cosas, pero quizá pudiese darle luz en lo que tenía que ver conmigo.

Entendí lo que tenía que hacer después de una noche muy mal dormida. Me estaba tomando un café humeante cuando supe que para ayudarla tenía que contarle todo, todo desde el principio. Quizá fuese algo que ya sabía, pero yo nunca se lo había dicho directamente. Y en ese momento de clarividencia, supe que era algo que no podíamos obviar en todo esto. La llamé, con el corazón desbocado, y pude sortear su irritación al prometerle que era algo que necesitaba oír. Me vestí rápido y al salir miré mi casa. Cuando volviese, ya no habría secretos entre ella y yo. Y eso me dio una tranquilidad que me hizo serenarme y poner rumbo a Mayfair.

13. DE CÓMO INTENTAR ENCAJARLO TODO

Por la noche, una vez que Marcus se fue a casa "a recuperarse", como me dijo, yo me puse el pijama y decidí meterme a tope con el enigma del diario. Físicamente estaba cansadísima, pero tenía la mente fresca y despejada para poder desentrañar un misterio como aquel. Estuve varias horas trabajando con las páginas escaneadas, buscando una forma de encontrar una lógica al código, y ya empezaban a bailarme las letras cuando de pronto todo encajó y la pantalla empezó a cambiar. Como si fuera magia el texto tomó forma y empezó a reorganizarse, construyendo frases coherentes y completando las cuarenta hojas que había escritas. Sentí un hormigueo de emoción: por fin una parte de mi pasado iba a tener más luz. Dejé que terminase el proceso, y me senté en el sofá, con una manta sobre mis piernas, expectante.

El diario comenzaba el día de reyes del año en el que murió Laia. Hablaba de sus regalos, de cómo lo había pasado, del cansancio de haber estado hasta tarde empaquetando los regalos. Muchos de los pasajes del diario eran así, simples anotaciones de lo que había hecho y lo que no, hasta que en febrero empezó a escribir sobre asuntos más profundos, más íntimos y personales, que hicieron que mi corazón latiese más deprisa.

Esta noche he vuelto a discutir con Marcus por ese jodido asunto de la universidad. Él se quiere ir a la de fuera, no a la de aquí, lo sé, pero disimula porque sabe que a mí me disgusta. No puedo dejar de sentirme mal, porque no tiene culpa de que yo sea así, demasiada apegada a mis cosas y no demasiado ambiciosa. Sí, así es, no soy ambiciosa, ya lo he dicho. No quiero irme de aquí y salir al mundo, me gusta sentirme tranquila y protegida en mi isla, en mi pueblo, rodeada de la gente que quiero. Marcus no, él desea volar, ver otros lugares, es igual que Vera. Sé que los dos me abandonarán, y eso será horrible, pero como les quiero tendré que aguantarme. Argh, otra vez esta sensación de no encajar, de no encontrar mi lugar. ¿Toda mi vida será así?

Leí varios pasajes similares:

Creo que esto con Marcus se va a ir a la mierda. Somos demasiado diferentes, aunque le quiero mucho. No sé si estoy enamorada de él, porque no sé si soy capaz de eso, ni con él ni con nadie. Pero me encanta estar con él y me siento segura. ¿Seré de esas mujeres que se conforman

con lo que tienen, sin buscar más, y que con cuarenta años lo dejan todo, incluido marido e hijos, y se hacen artistas bohemias en Montmartre? Quizá mi pareja ideal sea una persona que no me exija, que no aspire a cosas que no llego a entender…

Hoy Vera vino disgustada del instituto. Suso la está acorralando, y ya no sabe qué hacer. Yo no estaba en el mejor de mis momentos, y creo que no le fui de mucha ayuda. Quizá sea cuestión de que hable directamente con Suso y le diga que si la sigue presionando no va a conseguir nada con Vera. La conozco, odia que la aten y que le respiren en la nuca. Y el pobre Suso, que aunque es un chico estupendo, es de los que quieren ser novios tradicionales. Estar juntos en los recreos, después de clase, todas las noches, agobio total para alguien como mi hermana. Mamá la escuchó, las oí hablando en la cocina, pero bueno, mamá nunca está en este mundo así que no creo que le haya dado ningún consejo valioso. Solo ve lo que hace Mateo, y esto es algo que me está mosqueando mucho. ¿Pasas de tus hijas para atender a tu hermano? ¿Qué coño es esto?

Hoy estoy mal. Todo es gris, como una niebla que no me deja levantarme. No quiero ver a nadie, menos a la peque, que intenta animarme como puede. No soy yo, soy alguien que no debería estar en este mundo. Hay algo de mí que está mal, mal, mal, y no sé lo que es. Soy una figura de esas estiradas que tiene mamá, Lladró creo que se llaman, pero rota. Muy mona, muy fina, pero mal hecha desde el principio. Nadie me entiende, todos creen que mi vida es ideal. Tengo todo lo que quiero. Pero hay algo que no tengo, aunque no sé lo que es. Y lo peor es que tampoco tengo ganas de ponerme a buscarlo, no tengo las ganas ni las fuerzas suficientes. Prefiero quedarme aquí, sentada en la niebla, porque ella no me exige nada, y el mundo ahí fuera, sí.

Las lágrimas empezaron a correr por mis mejillas. Ay, hermana, pensé. Cómo me hubiera gustado ser adulta cuando tú eras pequeña. Te habría sabido ayudar, escucharte mejor de lo que hice. Intentar luchar contra esos demonios que tenías dentro. El dolor se expandió por todo mi pecho, haciendo que me doblase, casi sin aliento. Cerré el diario, si todo iba a ser así tendría que dosificar la lectura para ir recuperándome de cada puñalada que sus palabras suponían. ¡Mi pobre Laia! ¿Cómo nadie se dio cuenta de cómo estaba? ¿Mi madre había estado ciega o qué? ¿Qué clase de madre no se daba cuenta de algo así, y más con mi hermana, que no sabía disimular y su cara era un libro abierto?

Las lágrimas fueron mis compañeras durante la mayor parte de la

noche, y solo al amanecer logré dormir un poco. Me levanté a las once, hecha una piltrafa, dispuesta a enfrentarme a los descubrimientos que me esperaban dentro del diario. Pero una llamada de Marcus trastocó todos mis planes y me dio, si cabe, aún más que pensar y de lo que preocuparme.

—Vera, necesito hablar contigo —me dijo directamente y me sorprendí.

—¿No puedes esperar a que termine el diario?

—No, lo siento. Tengo que contarte algo y no quiero que pase más tiempo.

Mi estómago se encogió. ¿Con qué me iba a encontrar ahora?

—¿De qué se trata? ¿Y por qué tiene que ser en este momento, y no antes o después? ¿Por qué no me lo contaste ayer?

Suspiró con cierto pesar.

—Porque creo que para tomar una decisión debes tener toda la información completa, y hoy por hoy no la tienes.

—Joder, Marcus, me lo estás poniendo bonito, sobre todo después de la noche que llevo. De verdad, ¿tiene que ser hoy?

—Por favor.

Suspiré con resignación. A ver qué coño me iba a contar. Un matrimonio secreto, con su mujer recluida en un psiquiátrico; una enfermedad extraña que iba a minar sus facultades; un contrato con el diablo por su alma inmortal; no sé, había leído suficientes novelas para esperarme cualquier cosa.

—Llegaré a tu casa en media hora, ¿te parece?

—Vale —le contesté y me fui corriendo a la ducha, intentando parecer medianamente humana para cuando llegase. Estaba terminando de ponerme un poco de colorete cuando sonó el timbre y fui a abrirle. Como siempre, estaba como para salivar. Me abrazó, besándome el cuello lentamente y dejándome con los pelos como escarpias.

Me separé y le miré, expectante:

—¿Me vas a contar algo ya? ¡Estoy muy intrigada! ¿Tienes a alguien encadenado a una cama como tu esclavo, o algo así? A ver si tú también vas a tener un cuarto de juegos o algo parecido…

Se rio por primera vez.

—¿Y si fuera así?

Me reí yo también.

—Me decepcionaría. Perderías esa gracia tan original que tienes.

Me abrazó con fuerza.

—No te preocupes, que no van por ahí los tiros. Soy de lo más normalito en ese aspecto.

—Bueno, normalito lo que se dice normalito… —le dije, frunciendo los labios—. De eso nada, monada. Eres mi dios del sexo particular. Y

eso que todavía no he catado todo lo que tienes que ofrecerme...

—Mmm, no me tientes, Verushka, estoy muy impaciente —sus ojos hielo se iban tornando grises conforme la tormenta de deseo los iba invadiendo. Me mojé inmediatamente y mis pezones se erizaron. Como un imán me fue atrayendo hacia él, y sin duda habríamos acabando follando como animales si mi mente no me hubiese dado un toque para calmar la situación. Apoyé mi frente en la suya, separando nuestros labios, y puse las manos en su pecho, alejándome. Sonreí levemente al escuchar su gemido frustrado pero no reculé, en cambio me apoyé en la mesa, en pose expectante, y cuando me miró vi que había conseguido cambiado el chip, y también que estaba muy nervioso:

—Quiero ser del todo sincero contigo, Vera, porque no lo he sido desde el principio. No te he mentido, pero he obviado contarte algo que no sé cómo te lo vas a tomar.

El corazón me dio un vuelco y noté como se me empezaban a calentar las orejas.

—¿Vas a dejar de dar vueltas y decirme lo que me tienes que decir? —sin duda la noche anterior no había hecho nada bueno por mí, estaba bastante irascible.

—¿Me vas a escuchar? —me dijo con calma—. Por eso he venido, para explicarte por qué hice lo que hice. Esto nunca ha sido un juego para mí, no la ha sido desde el inicio de todo, cuando éramos adolescentes. ¿Me vas a dar la oportunidad de explicarme? Luego si quieres no hace falta que lo hablemos, entiendo que necesitarás tiempo para asimilarlo, si finalmente lo haces, claro.

El ruego en sus ojos de diamante era tan grande que tuve que aceptar.

—Adelante. Soy todo oídos —le dije, cruzando los brazos. Él se echó hacia delante, apoyándose en sus muslos, y empezó a desentrañar la historia con su voz grave.

—Vera, la primera vez que nos encontramos aquí en Londres, cuando me crucé contigo en los pasillos, no te puedes imaginar el shock que me supuso el verte. Tantos años recordándote y ahora estabas ahí, en mi empresa, como caída del cielo y con cara de no apetecerte nada saber de mí. No sabes lo nervioso que estaba en aquella primera reunión que tuvimos, deseaba poder decir las palabras correctas para tener la más mínima oportunidad contigo. Sabía que no ocupaba el puesto de tu persona favorita en el mundo, y lo corroboré las siguientes veces que nos vimos. Tenías una barrera enorme construida contra mí, y lo entiendo. Pero no quería que eso siguiese siendo así ahora, de mayores. Sé que no lo manejé bien cuando lo de Laia, y decidí demostrarte que ya no era ese niñato que conociste. Sentí mucha curiosidad por ver cómo eras ahora, cómo habías

evolucionado, qué te gustaba, qué te emocionaba… Y por eso te invité a la cena de empresa.

Allí, esa noche, fue cuando por primera vez empecé a darme cuenta de que eras la misma, esa chica que tan importante fue para mí en el pasado. Fue tu forma de moverte, alguna frase que repetiste y que me hizo recordar todo aquello, no sé… simplemente lo supe. Y aquello me volvió loco. Entendí que tenía que conocerte y buscar más tiempo contigo, pero no estaba seguro de que aceptaras. A pesar de que me dijeras que me habías perdonado cuando jugamos al juego de la botella, no lo creí del todo. ¿Cómo me ibas a perdonar si yo tampoco me había perdonado a mí mismo, por ser tan poco honesto contigo? Sé que ahí debería haber parado todo, el acercarme a ti y quizá volverte a hacer daño, pero tenía tantas ganas de estar contigo y disfrutarte toda, que era incapaz de esperar. Sí, lo sé —dijo, al ver mi ceño fruncido—, en gran parte pensé con la polla. Estaba claro que quería follarte, pero sobre todo quería pasar tiempo contigo. Pero no tiempo como amigos, sino como una pareja de verdad.

Asentí, con el corazón latiéndome a mil.

—La noche del speed dating, cuando nos vimos allí, no fue casualidad. Yo estaba en la organización, y por eso quise ir y hablar contigo en un entorno donde quizá pudiésemos decirnos las cosas sin tapujos. Ya viste que no pude, te dije dos tonterías y luego me esfumé como un gilipollas. Y luego estuvo lo de aquel tipo, con el que ganaste el premio de la noche. Supongo que sería el que viste en fin de año, ¿no?

Me había puesto roja. Joder, ni por asomo pensé que se hubiese enterado.

—¿Te acuerdas que al día siguiente no fui a trabajar, y te dije que había estado con fiebre? Mentira. Me fue imposible ir a la empresa y encontrarme contigo, y es la primera vez que no voy a trabajar por un motivo así. Estaba muerto de celos. Quería aplastarle la cabeza a ese tío y llevarte conmigo para no soltarte nunca.

Entonces decidí que tenía que ir a la guerra con todas mis armas. No podía dejar que ahora que te había encontrado, fuese otro el que te ganase. Pero tenía que ser cuidadoso, porque al mínimo fallo sabía que ibas a saltar y te ibas a refugiar en esa armadura que tienes creada. Pero empecé a ver que te abrías, que empezabas a disfrutar conmigo, que te gustaba verme y estar juntos… Todo se aceleró con lo de tu tío, mi impulso de ir al entierro fue lo más irreflexivo que he hecho en mi vida, y sentado en el avión ya me estaba arrepintiendo, porque no sabía si realmente querrías que estuviese allí contigo. Pero cuando vi tu cara en la iglesia supe que había hecho bien. A partir de ahí… —hizo un gesto de impotencia con las manos— no pude contenerme más. Ahora que te he encontrado no voy escatimar

esfuerzos en evitar dejarte escapar.

Se levantó y me dio la espalda, sin duda buscando las palabras. Jugueteó con una revista que tenía sobre la estantería y luego se volvió:

—Tengo treinta y siete años, Vera, ya no soy un niño y sé lo que quiero en la vida. Y tú eres el eje de todo. Lo fuiste siempre, desde que éramos pequeños.

Me quedé pegada al sillón. ¿Qué estaba intentando decirme?

—No te entiendo…

—¿Sabes cuánto tiempo hace que nos conocemos? —me preguntó, volviendo a sentarse a mi lado. Me cogió la mano y se me acercó. Me estaba empezando a marear y tuve que desviar la vista. Cogió mi cara y me obligó a mirarme a los ojos.

—Desde el colegio, ¿no? ¿Treinta años? —susurré.

—Más o menos. Siempre fuimos amigos, ¿recuerdas? Pero para mí no era solo eso. Eras más pequeña que yo, pero siempre estuve esperando para poder salir contigo. Para mí eras la más increíble, el premio por el que merecía la pena luchar.

Me estaba faltando el aire. Aquello era lo último que había esperado escuchar.

—¿Pero entonces por qué…?

—Porque nunca me diste un pista. Desde que cumpliste los trece me acerqué más a ti, ¿te acuerdas de todo lo que hacíamos juntos? Éramos los mejores amigos, pero yo esperaba que poco a poco te dieses cuenta de que podíamos ser algo más. Y esa noche, la de unos carnavales, cuando casi te besé, ¿te acuerdas?

Dios mío, estaba desenterrando memorias que llevaban en el olvido décadas. De pronto me acordé de esa noche y cómo había desperdiciado la única oportunidad que había tenido con él. Y todo por mi inseguridad, mi inexperiencia, por no ser una más con la que se magreaba en carnavales.

—Después de esa noche, noté que te empezabas a apartar de mí. Joder, estaba desesperado, no sabía cómo hacerlo para que no te fueses. Y en cambio fue Laia la que empezó a prestarme atención. Lanzó todo un ataque y yo, como niño de quince años deseoso de probar todo aquel mundo nuevo, no me resistí. Tú le cediste el sitio que habría sido tuyo, y no pareció afectarte. Eso me molestó, pero decidí que no podía seguir colgado de ti. Como dice el refrán, “si no es Juana, es la hermana”. Tan tonto como eso, pero en ese momento me pareció lo mejor. Te tendría siempre ahí, pero ahora como la hermana de mi novia. El problema fue que con el tiempo me di cuenta que no era tan sencillo. Laia era un encanto, pero no era para mí. Pero claro, éramos la pareja del instituto, los populares, los guays, aquello era demasiado goloso como para perderlo. Yo la quería, pero de quien

estaba enamorado era de ti.

—No sigas, por favor… —le dije, ya con lágrimas en los ojos. Aquello me estaba doliendo mucho.

—No, ahora que he empezado lo vas a escuchar todo. La noche que nos liamos, la de la muerte de Laia, para mí fue el puto cielo, la gloria, el paraíso. Me dio igual Laia en ese momento, por fin tenía conmigo a la chica adecuada. La que tenía que haber sido desde el primer momento.

—Pero esa mañana ni me mirabas, no sabes lo frío que estabas, me sentí tan rechazada…

—Lo sé, fue la única reacción que pude tener, porque los remordimientos me estaban comiendo. Había pagado un precio caro por ser egoísta. Te había fallado a ti, como tu amigo, a tu hermana y a tu familia.

—Marcus, no seas melodramático, ni que esto fuera una tragedia griega… —solo le faltaba darse latigazos.

—Ya lo sé, pero es lo que pasó hace veinte años lo que te impide confiar en mí. Y por eso quiero que sepas lo que en realidad pasó, y que el que nos acostásemos, no fue un deseo momentáneo. Tú eras la chica a la que quería, y por eso fui egoísta, quise pasar contigo la noche que llevaba recreando en mi mente durante mucho tiempo.

Me levanté, tenía demasiadas cosas en la cabeza. Paseé en silencio por la estancia, intentando pensar, pero me era imposible. No sabía cómo reaccionar.

—Entonces lo que me estás diciendo que es que nosotros siempre hemos estado desencontrados.

—No es solo eso… Lo que te quiero decir es que la he cagado, y mucho, haciendo tonterías. Pero en el fondo el objetivo era el mismo, y era estar contigo.

Entonces se calló, como rebobinando nuestra conversación. Me miró, con un brillo nuevo en la mirada:

—¿Qué has dicho de estar desencontrados? ¿A qué te refieres con eso?

Una oleada de calor me subió por todo el cuerpo cuando por fin entendí que nunca había sabido de mis sentimientos. Cerré los ojos, incrédula, y mil recuerdos empezaron a llegar a mi mente a la velocidad de la luz: la primera vez que le vi, a ese chico que estaba aprendiendo a manejar el monopatín y que solo por eso ya entraba en la categoría de los interesantes; la primera vez que hablamos, cuando me lavó mi rodilla pelada en el chorro del muelle, después de haberme caído del columpio de la plaza; cuando me di cuenta de que cada vez que me miraba con aquellos ojos sonrientes me sentía como envuelta en mil mantas calentitas en un día de nieve; nuestras sesiones de bodyboard en Playa Jardín, donde tragué más algas que otra cosa,

pero que valían la pena por ver ese destello de admiración en sus ojos cuando conseguía ponerme de pie en la tabla; los paseos por la playa comiéndonos un helado, y en los que aprovechábamos cualquier oportunidad para rozarnos las manos, el pelo, con el falso pretexto de que éramos muy amigos; ese momento electrizante en carnavales, donde entre sombras y luces, algo apartados de la carpa donde estaba todo el mundo, nos pusimos a bailar demasiado juntos, casi sin aliento, con las miradas bloqueadas, expectantes por algo que no llegó a pasar; el ardor de estómago que se instaló perennemente en mí cuando empezó a salir con Laia, y tener que tragármelos en casa haciéndose arrumacos; mis rolletes para olvidarle, y esos escasos triunfos cuando veía que verme acompañada le molestaba; y la noche final, esa noche que había revivido mil veces.

Mientras le veía acercarse con la sonrisa más increíble del mundo, no pude evitar ver de nuevo la película que me sabía de memoria.

La de una tarde en la que coincidimos por casualidad en la plaza, mientras el viento se levantaba a nuestro alrededor, cálido y envolvente.

Cuando nos movimos con el grupo al bar donde, poco a poco, nos fuimos quedando solos, y cambiamos la cerveza por el ron.

Cómo ese viento nos atizó en la cara cuando salimos del bar, de madrugada, con las manos entrelazadas, como hacíamos antes. Recuerdo que mi pelo volaba alrededor de mi cara, y él se reía en voz baja, intentando sujetármelo mientras nos refugiábamos bajo las cornisas de los edificios.

Cómo creamos magia entre los dos, con miradas, susurros, cómo nos olvidamos de todo y nos besamos brutalmente en el callejón que daba a su casa. Ese beso desesperado, ansioso, que nos hizo subir a su casa y refugiarnos en su habitación del ático, sin remordimientos, sólo queriendo meternos en la piel del otro lo más hondo posible. Porque estábamos en casa, lo supimos los dos, al menos esa noche. Y fue amor, por lo menos esas horas.

De pronto me vi atrapada entre su cuerpo y la pared. Me besó lentamente los labios y yo cerré los ojos, intentando ignorar las ganas que tenía de quitarle la ropa. Le oí preguntarme en un murmullo si lo que le estaba dando a entender era cierto, y solo pude gemir afirmativamente mientras iba mordisqueándome la garganta. Le noté sonreír contra mi boca y su voz grave reverberó en mi cuerpo:

—Siempre me he preguntado si la piel tiene recuerdos. Porque yo te llevaba conmigo desde aquella noche. Y cuando volví a verte, sentí que mi piel vibraba sólo con tu olor. Joder, Vera, no me puedo creer que tú también… si lo hubiera sabido, esta historia habría sido muy diferente…

No podía dejar de besarle mientras pensaba en lo increíble que

estaba resultando todo, cómo el no poner palabras a los sentimientos podía llevar a situaciones como la nuestra. Le tiré juguetonamente del labio inferior, a lo cual respondió con un gruñido, pero me obligué a separarme. Necesitaba escapar de su presencia narcótica, todavía tenía preguntas y si me seguía tocando no iba a poder hacérselas. Me deslicé a lo Houdini por un lado, y obviando su mirada frustrada me apoyé en el respaldo del sofá:

—Pero ¿entonces por qué no tuvimos más contacto? ¿Por qué te fuiste a estudiar y nunca supe más de ti? Si tanto te importaba, no entiendo cómo pudiste dejarme así, sin mirar atrás. No sabes lo que dolió eso, Marcus, y entiéndeme que esa desconfianza sea parte de lo que me pasa ahora…

—Vera, era muy difícil volver a ti cuando sentía que te había fallado. Vale, tú también quisiste acostarte conmigo, no es que te obligara, pero yo era el que tenía a respetar, no solo a Laia sino a ti, y me sentí muy culpable. Creí que después de eso no querrías saber nada de mí. Entonces decidí que debía dejarte ir, tenías todo el mundo por delante para hacer cosas y conocer a alguien que no fuera yo. Ya lo sé, suena súper derrotista, pero piensa que solo tenía diecisiete años. Ahora no lo habría hecho, tenlo por seguro.

Me faltaba poco para hiperventilar. Tragué saliva y respiré hondo, buscando fuerzas en el terremoto que había en mi interior.

—Marcus…—me acerqué a él y le miré a los ojos—. Tengo demasiadas cosas que pensar. Está lo del diario, que está resultando muy difícil de leer, y todo lo que me acabas de contar. Necesito tiempo para procesarlo todo.

—Por supuesto —me dijo—. Sé que ahora mismo tienes demasiadas cosas en la cabeza, y encima hoy te he dado más. Pero espero que lo de hoy te sirva para ayudarte a aclararte, por eso lo he hecho.

—Lo sé. Pero esto va más allá. No puedo estar contigo sin estar… en paz conmigo misma. Son muchas cosas las que tengo que asimilar para poder seguir adelante.

Tuve que aguantar las lágrimas con todas mis fuerzas.

—No te preocupes. Esta semana tengo un rodaje y me voy fuera unos días. Podrás estar tranquila. Por lo menos ahora lo sabes todo, no sabes el alivio que me supone.

—Bueno, sólo has tardado veinte años en decirme todo esto, me imagino que estarás aliviado —le dije, intentando que mis palabras no se tiñesen de ironía. Todo aquello me estaba superando. Toda mi historia había cambiado y necesitaba interiorizarlo. Eché una mirada de soslayo al diario y me dio miedo, mucho miedo.

—Vale —asintió con cara de póquer—. Solo te pido que cuando vengas a mí, lo hagas porque realmente lo tienes todo claro.

En cuanto se fue decidí salir yo también, no podía quedarme más tiempo en casa. El aire estaba demasiado lleno de sentimientos intensos y recuerdos dolorosos.

El aire frío de fuera pareció sacarme de la atmósfera opresiva de dentro. Caminé largo rato hasta darme cuenta que estaba perdida, y entré en la siguiente parada de metro. Hice los transbordos de forma mecánica, y finalmente me vi llegando a St James's Park. Era un paraje triste en invierno, con las hojas caídas y el lago casi helado, pero los pájaros en el paseo y las aves en el lago llenaban el aire con sus graznidos. Me arrebujé en la cazadora, metí las manos en los bolsillos y me puse a caminar furiosamente.

No podía creer todo lo que había descubierto en la última hora. Una brutal hoguera de felicidad se desplegó dentro de mi pecho. ¡Él también me había querido! No había sido unilateral, sino mutuo. ¡Qué idiotas habíamos sido! ¡Qué niños! Por miedo nunca fuimos capaces de decirnos claramente lo que había entre nosotros. Y eso nos llevó a hacerlo todo mal. Muy mal, de hecho.

Pero luego me dije que no podía estar mal si había sido porque nos queríamos. Habría sido malo si lo hubiésemos hecho por un calentón, como pensé que había sido, por lo menos por su parte. Sí, habíamos traicionado a Laia, pero ya no me parecía tan horrible. Sobre todo porque ahora, después de tantos años, nos habíamos dado cuenta de que lo nuestro era definitivo, implacable. Que aquello que sentimos de adolescentes había tenido una base de verdad y que ahora se estaba desarrollando como debía ser. De pronto sentí cómo una parte de mi corazón se derretía, como si una placa de hielo se hiciera añicos después de muchos años. Y con ella mi barrera hacia Marcus acababa de agrietarse hasta desintegrarse.

Salí del parque y seguí caminando hacia Trafalgar Square. No quería meterme en casa, necesitaba aire y gente a mi alrededor. Deambulé por las calles, con la mente llena de pensamientos. Poco a poco me fui relajando, y decidí que necesitaba tiempo para llegar a comprenderlo. No iba a solucionarlo todo ese día. Me entró hambre y me metí en un pub para zamparme un buen Sunday roast. Aquel día no estaba para guardar la línea, necesitaba comida caliente y un postre bien calórico. Me leí el periódico mientras comía, disfrutando de mi momento de soledad, y cuando hube apurado la última cucharada del brownie me eché hacia detrás, soñolienta. ¿Qué estaría haciendo Marcus? ¿Cómo se habría quedado después de nuestra conversación? Sólo pensar en él me llenaba de excitación, me removí inquieta en la silla y sonreí para mí misma. Y si solo fuera eso… pero estaba jodida con Marcus Norén. Cada vez que me acordaba de su sonrisa, un pinchazo dulcemente doloroso me apretaba el pecho.

Estaba tan agotada que dormí de seguido hasta la mañana siguiente,

pero me desperté con un catarro descomunal. Uf, la caminata del día anterior parecía haber atacado mis defensas y las había dejado en huelga de brazos caídos. Llamé a Laura para comunicarle que me quedaría en casa ese día, y me dispuse a salir a la farmacia a comprarme algún antigripal cuando Maeve se personó en mi puerta:

—Toma, te he traído algo para la gripe.

Ni le pregunté cómo lo sabía, lo tenía claro. Le di las gracias efusivamente dentro de mi nebulosa gripal, pero no se conformó con irse a su casa.

—Venga, *deary,* que te ayudo un poco.

Era como tener a mi abuela en casa. Me dispuso en el sofá, me hizo zumo de naranja y unas tostadas, y finalmente el vaso con el antigripal, una especie de Frenadol inglés.

—No debes tomarte la medicina sin nada en el estómago —me dijo mientras me obligaba a comer.

—Gracias, Maeve. La verdad es que estoy derrotada…

—Sí, tus energías están muy bajas. Te sugiero que hoy descanses, duermas y no te pongas a pensar en todas esas cosas que te quitan el sueño.

Iba a salir por la puerta pero se detuvo, fijando en mí sus extraños ojos:

—Todo está bien, Vera. Lo de ahora y lo de antes. Solo tienes que creértelo.

El corazón dejó de latirme por un segundo y la miré con los ojos escociéndome. La mujercilla sonrió y susurró algo, que en mis enfebrecidos oídos fue un sonido confuso. Le sonreí distraídamente y se fue.

Estaba hecha una braga, la verdad. Y yo que quería ponerme a desentrañar el diario… pero tenía razón. No sería capaz de enfrentarme a lo que contenía si no estaba plena de fuerzas. Dormí durante la mañana hasta que ella volvió a aparecer, esta vez con un maravilloso cottage pie. La pena fue que apenas lo saboreé con la congestión que tenía, pero me sentó estupendamente. Pasé la tarde tirada en el sofá, viendo películas tontas, y dormitando a ratos. Supongo que con todas las emociones de los últimos días mi cuerpo dijo “stop” y necesitaba una jornada para recuperarse, porque el martes me levanté perfecta y con mucha energía. Tanta que mi equipo se agobió al verme tan activa.

—Señores, tenemos que finalizar ya el estudio del segmento de desayunos. Debemos dimensionar las ocasiones de consumo y presentarlo la próxima semana, para que lo debatan internamente y nos den feedback.

—Y si nos lo aprueban, ¿ya nos metemos con el resto de segmentos?

—Sí, menos mal que ya llevamos trabajo adelantado. Si no, no

podremos cumplir los tiempos de entrega —dije, pensando que en febrero terminaríamos el trabajo y debería irme. O no, me dije. Nada me impedía tener mi base de operaciones en Londres. Despaché ese pensamiento de mi mente, no era momento de ponerme a pensar en cosas personales. Dejé al equipo en la sala y salí a buscar agua, resuelta a empezar a beberme esa famosa cantidad de líquido diario que nunca cumplía.

Cuando me acercaba al expendedor de agua sentí una presencia detrás de mí, y no me hizo falta mirar para saber quién era. Me volví y allí estaba, inmensamente guapo vestido con unos vaqueros y un jersey verde manzana que dejaba poco a la imaginación, y con un trolley en la mano sobre el cual tenía plegada su gabardina. Nos sonreímos con cautela, y él fue el primero en reaccionar:

—Me dijeron que ayer estuviste enferma.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque vi a Laura y me lo dijo.

Qué cotilla la tía, y no me había dicho nada.

—Sí, estuve agripada… ¿Adónde te vas?

—A Brasil, al rodaje, ¿te acuerdas?

—Vaya, ¡qué envidia! Creo que lo de Brasil no lo mencionaste…

—Justamente para no darte envidia.

Nos quedamos callados, mirándonos con una sonrisa tonta. Jodido Marcus, pensé. Qué ganas tenía de matarlo a besos.

—Te veo a la vuelta —me dijo lentamente, rompiendo el momento.

—Te llamo cuando…—me interrumpí. ¿Cuándo qué? ¿Cómo podía decirlo? Pero él me entendió y con una mirada cálida me guiñó un ojo. Me quedé atontada viéndolo marchar. Por dios, por dios. Como diría mi amiga Angélica, “yo quiero uno de esos por Reyes”. La suerte mía era que éste ya lo tenía, solo tenía que decirle que sí. Enfadarme conmigo misma por ser tan blanda era inútil. Lo que tenía que hacer era asegurarme de que realmente estaba haciendo borrón y cuenta nueva con él, era lo que nos merecíamos los dos.

13. LA VERDAD QUE NUNCA VI

Esa semana mi cometido era leerme todo el diario y casar lo que descubriese allí con mis sentimientos. Había recibido un gran empujón por parte de Marcus, al haberme confesado todo lo que había ocurrido antaño, y ahora tenía que terminar el trabajo yo. Por ello me dispuse a leer las anotaciones de Laia, con el corazón más ligero por lo de Marcus, pero temerosa de lo que fuera a descubrir acerca de las tinieblas de mi hermana. El diario no era largo, pero quería leerlo con cuidado para entender bien todo. Por ello estuve dos noches para ello, y cuando terminé no fui capaz de soltarlo. La consternación que me había causado todo lo que había leído necesitaba una segunda lectura, para confirmar que había comprendido todo lo que allí se detallaba.

Se acercan los carnavales, y las chicas quieren que nos hagamos un disfraz para salir todas juntas. A mí no me apetece realmente, pero al final acabaré haciéndomelo, porque la resistencia sería inútil. La madre de Fati nos los coserá, esa mujer es una máquina, la verdad. Creo que al final iremos de Catwoman, pero a mí no me hace mucha gracia porque para hacer pis es un rollo… prefiero algo más fácil de quitar y poner, tipo mesonera con falda ancha. Marcus y los chicos también se van a vestir por su lado, y Vera no sé lo que hará.

Al final nos disfrazaremos de Campanilla, la de Peter Pan. Ya fui a probarme hoy el vestido, menos mal porque estamos a lunes y el viernes es la primera noche de carnaval. Estamos intentando que nos dejen ir a Santa Cruz, pero creo que no va a poder ser, mi madre por ejemplo está totalmente en contra. Bueno, nos quedaremos por aquí que también lo pasaremos bien. Estoy animada, ¡creo que van a ser unos buenos carnavales! Me encantaría teñirme el pelo para la ocasión, pero no creo que mamá me deje. Bueno, no sé, como tampoco nos presta mucha atención a lo mejor me lo pinto de verde y ni se da cuenta. Ella también va a salir, se está haciendo un traje de cazamariposas con el grupo de amigos, y por supuesto Mateo saldrá con ella. A veces me digo si el que Mateo esté siempre con ella hace que no sea capaz de encontrar pareja. Mamá es guapa y estilosa, no sé por qué no se busca un hombre. Papá no volverá jamás, eso seguro, así que ya podría buscarse un noviete. Aunque entonces la veríamos todavía menos…

No sé cómo escribir esto. Dios mío dios mío dios mío dios mío dios mío. Por favor Dios mío que lo que he descubierto no sea verdad. Por favor por favor por favor. Tengo que saber si es cierto o no. Tengo que encontrar la forma de saber si la burrada que estoy pensando es verídica. Joder joder JODER.

Acabo de llegar de casa de tía Casi, he estado allí el fin de semana y aunque no me lo ha dicho, estoy segura que lo que vi es real. Asquerosamente real. Dios, qué asco me da todo. ¿Cómo voy a vivir sabiendo esto? A Vera no se lo puedo contar, ni siquiera a los implicados. No puedo, no puedo, no puedo de verdad. No puedo ni escribirlo aquí. Aunque tendré que hacerlo, porque si no reventaré. Y esto reventará por algún lado, ya sea que la que reviente sea yo.

Tengo que escribirlo. Aunque sea para que nunca jamás se me olviden los detalles de todo esto, por si flaqueo. Por eso intentaré hacerlo lo más objetivamente posible, relatando los hechos tal y como nos dicen en clase de lengua que hagamos:

El primer sábado de carnaval Vera y yo salimos de casa para ir a hacer botellón con las chicas antes de bajar a los chiringuitos de marcha. Luego vinieron Marcus y sus amigos, y nos dieron casi las tres riéndonos todos juntos. Marcus no estaba muy cariñoso y se las pasó hablando con mis amigas, pero tampoco me importó mucho, ya que últimamente había estado un poco plasta y preferí que corriese aire entre nosotros. Bebimos bastante y cuando llegamos a la fiesta ya estaba colocada, aunque como nos pusimos a bailar y a vacilar se me empezó a pasar un poco. Como a las cuatro de la mañana empecé a sentir un fuerte dolor de cabeza, que fue a más conforme pasaba el tiempo, y al final decidí irme, estaba empezando a pasarlo mal. Vera se ofreció a acompañarme, pero me dio pena porque estaba súper animada bailando con unos amigos de otro pueblo, así que le pedí a Bea que me acompañase porque ella también estaba algo cansada. Marcus se metió por medio, pero le dije que no hacía falta que se fuese conmigo, que vivíamos cerca y las calles estaban llenas de gente. Sé que se molestó un poco pero me dio igual, lo que quería era llegar a casa y tomarme una pastilla para el dolor de cabeza. Bea se quedó en su casa dos calles antes que yo, y yo apreté el paso para llegar cuanto antes. No vi luces encendidas, así que mamá o no había vuelto o ya estaba acostada.

Me tomé la pastilla con un vaso de agua gigantesco y me eché en la cama a trompicones, casi sin quitarme el disfraz. Y me habría quedado allí durmiendo hasta las tantas si a las dos horas no me hubiese despertado con un montón de ganas de hacer pis. Salí de mi habitación y me metí en el

baño que está al lado del cuarto de mamá, buscando a tientas la taza del váter porque ni había encendido la luz. Cerré la puerta y entonces fue cuando lo oí: dos voces suaves en el cuarto de mamá, una femenina y otra masculina, una puerta que se abría, la de mamá, y que luego se cerraba. Pasos suaves pero inequívocamente masculinos que se alejaban por el pasillo. ¡Hala!, pensé. ¡Mamá se ha traído un ligue a casa! Me invadió la curiosidad y agucé el oído para escuchar los pasos bajando las escaleras y abriendo la puerta de la calle, para así salir del baño e ir a espiar por la ventana, pero no escuché nada de eso. En cambio lo que oí fui otra puerta que se abría y cerraba dentro de la misma casa. Una sorpresa desagradable me invadió cuando entendí que era la puerta de la habitación de Mateo. ¿Qué hacía él en el cuarto de mamá a esa hora? ¿Por qué tenían que encerrarse en el cuarto para hablar? Porque habría jurado que mamá cuando abrió la puerta lo hizo con la llave pasada. Aquello me mosqueó mucho y apenas pude conciliar el sueño en mi cama. El asunto me olía a chamusquina de la buena.

Al día siguiente todo el mundo en casa estaba de lo más normal. Nos tomamos una tacita de caldo y un plato de ropa vieja, y pasamos la tarde viendo la tele. Mamá y Mateo estaban como si nada, pero yo estaba con la mosca detrás de la oreja. Decidí que tenía que investigar un poco más acerca del asunto, y eso pasaba por ver qué pasaba en casa el lunes de carnaval, cuando supuestamente nosotras estuviésemos de fiesta.

Mi plan para el lunes salió a pedir de boca: salí de nuevo con todos, con cara de estar malita, y mi excusa de que estaba hecha polvo por la regla me dio el permiso necesario para irme a casa a las tres de la mañana. Mamá y Mateo habían salido también esa noche, pero los habíamos visto hacía un rato y creo que tardarían mucho en irse. Así que me fui antes a casa, me metí en mi cuarto sin dar pistas de que estaba allí, y esperé a que llegasen.

Lo hicieron sigilosamente, hasta demasiado para estar borrachos, lo cual me sugirió que eran ya unos maestros en ese arte. Mamá entró en mi cuarto y no me vio, porque me había escondido debajo de la cama, y dejó la puerta entreabierta mientras oí que le decía a Mateo que no había nadie. Usó su nombre, por lo que tengo absoluta constancia de que era él. Y entonces empezaron los ruidos. Besos, gemidos, ropas que se rasgaban, todo esto en el rellano de la escalera como animales en celo. A trompicones se metieron en el cuarto de mamá, mientras yo, muerta de la vergüenza y de la ira, escuchaba los ruidos de lo que estaban haciendo. ¡Y mira que lo hicieron! Aquello no parecía terminar nunca. Mis manos temblaban, el corazón me retumbaba en los oídos y no deseaba otra cosa sino morirme. Nunca, ni en mis peores pesadillas, hubiese pensado que aquello iba a ocurrir, y que llevaba ocurriendo mucho tiempo. Dios mío, ¡eran hermanos! ¿Cómo podían haber llegado a eso? ¡Qué asco! ¿Y si eso llevaba pasando desde que eran jóvenes? ¿Por eso se había marchado

papá? Y peor todavía: ¿éramos nosotras hijas de Mateo?

Tuve que luchar contra las ganas de vomitar, y no pude correr al baño hasta que terminaron y Mateo se fue a su habitación. Eché todo lo que tenía en el estómago mientras lloraba y lloraba en silencio. ¿Cómo iba a poder seguir viviendo después de esto? ¿Qué iba a hacer, les iba a decir que lo sabía?

A la mañana siguiente me fui de casa temprano y me senté en mi sitio favorito, en el rompeolas. El mar me calmaba y me prometía olvido. Allí intenté serenarme y decidí llegar al fondo del asunto, y eso pasaba por ir a hablar con la tía Casilda, hermana de mamá y Mateo. Ella tenía que saber algo. Además yo me llevaba muy bien con ella, no habían sido pocas las veces que había bajado al sur a su casa en la playa a pasar unos días. No quedaría raro si me iba en esos días de fiesta a verla.

Al llegar a casa Mateo estaba despierto y su mirada fue la misma de siempre cuando me preguntó si quería café. Ay, si supieras que lo sé, me decía a mí misma cuando mecánicamente le tendía una taza. Lo que me daban ganas era de coger la cafetera caliente y metérsela en los huevos. Hijo de puta, pensé. No tenías más mujeres a tu alrededor que tenías que follarte a mi madre. ¿O a lo mejor fue ella la que lo empezó todo?

Le comuniqué que quería irme unos días al sur con Casi, lo cual lo descolocó un poco al saber lo mucho que me gustaban los carnavales, pero no le dio mayor importancia. Mamá sí me miró extrañada, pero luego se le quitó a ponerse a escuchar la animada descripción de Vera de cómo había ido la noche. ¡Pobre hermana!, pensé. No puedo cargarte con esto, no todavía. La información que tenía entre mis manos era una bomba de relojería que podía romper totalmente nuestra familia, y tenía que manejarla bien.

Al día siguiente ya estaba cogiendo la guagua[4] para irme al sur. Dormité la hora y poco que duraba el viaje, y cuando me bajé en la parada en la autopista Casi estaba allí para recibirme. Me abrazó con su olor característico a sol y zumo de naranja, y no pude sino echarme a llorar. Me acunó en su voluminoso pecho sin preguntarme qué pasaba, y no fue hasta por la tarde, cuando mis primos se habían ido a la plaza del pueblo a ver a sus amigos, que me preguntó directamente qué me ocurría. Yo no sabía por dónde empezar, así que lo dije como mismo lo sentía. "He visto a mamá y Mateo haciéndolo en su habitación". Se puso blanca y se llevó la mano al pecho, y por un momento pensé que le daba un infarto. Pero el color volvió a su rostro aunque su respiración seguía entrecortada. Juró en arameo y luego me miró, con una cara de enfado que no había visto jamás en su rostro.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo, niña?

—Te lo digo porque los oí, Casi. Algo así no me lo iba a inventar.

—Te debes de haber confundido, eso es imposible —me dijo, pero algo en ella me hizo saber que me estaba mintiendo.

—Tú lo sabes —la acusé, y aunque estuvo un rato intentando convencerme de lo contrario, al final se desparramó encima de la mesa.

—Joder, la madre que los parió. Pensé que aquello había acabado hacía mucho tiempo.

—¿Y por qué iba a acabar, si viven juntos en la misma casa? Tienen la mejor excusa del mundo.

—Eva me lo juró, me dijo que eso había sido una época mala, y que el haber perdido a tu padre la convenció de que no debía volver a hacerlo.

—Pues la otra noche parecían conejos —le dije con desdén. Mi cara de asco debía ser tal que Casi me miró directamente a los ojos:

—Laia, estás hablando de tu madre, un poco de respeto.

—¿Y de mi padre también? —le dije venenosamente. Para mi sorpresa, Casi no se escandalizó.

—Yo no debería estar hablando de esto contigo. Deberías hablarlo con tu madre y con Mateo.

—¡Antes muerta! No quiero saber nada de ellos, no quiero que me den sus excusas patéticas…

—A ver, no estoy justificándolos, para nada, lo que están haciendo es horrendo y va en contra de todas las leyes. Pero a fin de cuentas es tu madre.

—Y mi padre seguro que también —le volví a repetir—. ¿Desde cuándo sabes tú todo esto? Por favor necesito que me cuentes todo lo que sabes, a lo mejor eso hace que no les diga nada y que no rompa la paz, sobre todo por Vera…

Joder, creo que debería pensarme bien lo de estudiar derecho. Estaba llevando a la tía Casi por donde quería.

—Son viejas historias, Laia, no creo que deba contarte todo. Tu madre y Mateo estuvieron bastantes años separados y cuando se vieron de adolescentes algo pasó entre ellos. No lo sabía nadie sino yo, y porque me enteré como tú.

—¿Y cómo lo permitiste? —mi boca estaba seca de la furia.

—Yo era leal a mi hermana, Laia —me dijo, y eso me dejó muda. Yo tampoco habría delatado a Vera—. Vi lo que pasaba, vi cuando tu madre se casó con tu padre para olvidar a Mateo, cómo Mateo se enfadó y se fue durante un tiempo, cuando nacieron tú y tu hermana, pero cuando vino de vuelta todo volvió a ser igual. Entonces tu padre se fue, pero nunca me enteré si había sido por eso o porque se fue con otra. Ahí fue cuando tu madre se dio cuenta que la historia con Mateo le estaba robando todo lo que podía ser normal en la vida, y me dijo que no volvería a pasar.

—Qué buena mentirosa es —le dije, estrujándome la frente.

—Voy a hablar con ella —me dijo, decidida, y me enfadé.

—No le digas nada, Casi, ¿cómo lo vas a justificar? No quiero que le digas nada de mí hasta que yo decida lo que voy a hacer.

—Laia, tienes diecisiete años, tú no vas a decidir nada. Esto tengo que

resolverlo con ellos, que son los adultos.

—Ni de coña —le dije—. Si quieres decirles algo no me involucres a mí. Invéntate lo que quieras, pero por ahora no quiero que sepan que estoy al tanto.

—¿Por qué? Quizá eso sea una medida de presión.

—Si llevan así toda la vida, ahora no van a parar. Casi, no quiero que Vera se entere, si hablas con ellos seguro que algo se notará y al final mi hermana lo acabará por descubrir.

—¿Por qué quieres proteger a tu hermana tanto? Es también de la familia…

Cuando vio mi cara se apiadó.

—Perdona, estoy actuando de abogado del diablo. Por supuesto que no queremos que Vera se entere. Pero tú me preocupas, sé cómo eres y esto te puede afectar…

—No lo hará —le prometí, mintiéndole descaradamente.

—Aun así tengo que hablar con ellos.

—¿Con qué excusa? No los has pillado en nada, no puedes sacar el tema así como así.

—Yo sé cómo, no te preocupes —me dijo—. Te mantendré al tanto de lo que necesites saber, pero ten por seguro que esto no se quedará así.

Me volví al Puerto sin sentir alivio, pero con el ánimo mejorado porque si Casi decía que se iba a involucrar, lo haría. Aquella mujer era como una tormenta cuando quería, y seguro que aclararía algo con mi madre y Mateo. Uf, cada vez que lo pienso se me revuelve el estómago. Quisiera no tener que pensar más y flotar nada más, inconsciente y feliz.

No puedo dejar de pensar en este tema. Menos mal que ya empezaron las clases y por lo menos me distraigo algo, pero las noches las paso en vela intentando entenderles. Pero no soy capaz… ¡¡Son hermanos, por Dios!! ¿Cómo han podido estar así durante tantos años? Claro, es la tapadera perfecta, nadie les puede decir nada. Viven juntos con las hijas/sobrinas, como una buena familia. Nadie se podría imaginar lo que hay dentro de esta casa. Siento como un peso encima de mi cabeza, solo me apetece estar sola en mi cuarto, intentando que pasen las horas. ¿Esto va a ser así siempre? ¿Podré dejarlo atrás algún día?

Casi ha movido ficha. Nos ha invitado a la casa de la familia de su marido, que está en los altos de Arico, a pasar el fin de semana. La excusa es el cumple de Raúl, mi primo. Creo que allí intentará coger por banda a mi madre y a mi tío, no me cabe duda. Algo hará. Yo estaré atenta para enterarme, porque seguro que no me dice nada. Tengo que ver cómo lo hago. Por lo menos esto me da ánimos, de hecho ayer me fui a estudiar

con Vera a la biblioteca y luego estuve con Marcus un rato. Me siento fatal al verlos contentos en esos momentos en los que estoyde mejor humor, es como si cualquier migaja les ayudase a sobrellevar mi habitual desidia y antipatía. Hoy me traje a Marcus a casa y lo hicimos en mi cuarto, estoy deseando que mamá me pille para poder enfrentarme a ella y decirle que ella es mucho peor que yo.

Resumen del fin de semana: revelador. Y triste, por lo menos para mí. Me he enterado de cosas que preferiría no haberme enterado, y lo peor de todo es que no puedo contárselo a nadie. Esto me está matando por dentro…

Bueno, voy a escribirlo todo para que no se me olvide ni un detalle:

Nos fuimos el viernes por la tarde hacia Arico, con el coche lleno de cosas, sobre todo ropa porque a esa altura y en marzo hace frío. Allí ya nos esperaban Casi y su familia, lo cual fue genial porque tenía ganas de pasar tiempo con mis cuatro primos. Además, al haber tanta gente era más fácil escabullirse, si se daba el caso.

La primera noche asamos unas chuletas y estuvimos hasta las tantas de cháchara junto al fuego. Me fui a dormir una de las últimas, sin duda queriendo estar al loro de todo, pero mi madre se fue bastante antes y Mateo se quedó de charla con Paco y Casi, ajeno a las miradas entre ella y yo. Yo estaba cansada dadas las noches que llevaba sin dormir, así que si hubo algo ni me enteré. Por eso decidí que la noche del sábado iba a estar con los ojos bien abiertos.

Mi decisión tuvo su recompensa. Esa noche todo el mundo estaba medio achispado, hasta nosotros que estuvimos bebiendo cerveza a escondidas. Estaba segura que el alcohol iba a hacer que mi madre y Mateo tuviesen ganas de lío, y por eso me moderé para no perder un detalle. A las dos nos fuimos todos a dormir, yo a la habitación con mi prima Lea y Vera, y mi madre a la habitación que compartía con Mateo. Estaba segura de que no iban a arriesgarse a hacer nada ahí, por lo que estaba claro que saldrían de la casa. Me di cuenta de que Mateo no cerró con llave la puerta de fuera, y Casi también, porque vi que fruncía el ceño ligeramente. Solo me quedaba esperar.

Y así fue. Una hora después de que todo el mundo estuviese durmiendo, oí cómo el silencio abría paso a susurros y una puerta que se abría. No me levanté, porque estaba segura de que al rato Casi iba a ir detrás de ellos. Un cuarto de hora después la oí ir de puntillas hacia la puerta, y le di unos minutos de ventaja para luego escabullirme yo. La vi a lo lejos, encaminándose hacia los antiguos establos de la casa. Se paró por fuera, escuchando un rato, les estaría dejando tiempo para terminar lo que estuviesen haciendo. Mi corazón estaba a mil, sabía que aquello iba a tener una trascendencia brutal. Intenté no hacer ruido, a lo cual me ayudaba la

pinocha que tapizaba el suelo, y ni se enteró cuando me situé detrás de la puerta entreabierta, justo después de que ella hubiese entrado y los hubiese sorprendido en bolas.

—¡No me puedo creer lo que estoy viendo! —la oí decir en voz alta, con la furia distorsionándole la voz—. ¡Viciosos, asquerosos! Eva, ¡me prometiste que esto no volvería a pasar! Eres una mentirosa, y tú, Mateo… Con todas las mujeres que te van detrás, ¿le metes la polla a la única que no puedes, a tu hermana?

Me hubiese encantado verles la cara, pero habría sido arriesgarme demasiado.

—Casi, por favor, no es…

—¡Ni se te ocurra decirme que no es lo que parece! ¡Pues claro que es lo que parece! ¡Degenerados! ¡Menos mal que papá y mamá no han tenido que ver esto!

—Casi, no te metas en cosas que no te importan —oí decir a Mateo, y cerré los puños de rabia. Casilda se rió con todo el sarcasmo del mundo.

—Pues claro que me importa, idiota. ¡Pero qué ejemplo les están dando a las niñas! ¿Qué se creen, que esto no pueden llegar a descubrirlo ellas algún día?

—No lo harán, no te preocupes…

—¿Y tú cómo lo sabes? Ya son mayores, y si se enterasen imagínate las consecuencias…

—Ninguna, Casi, no habría consecuencias. Lo negaríamos todo y ya está —seguía hablando Mateo, mi madre parecía estar muda.

—Sí, claro, lo negarías si te pillan con los pantalones bajados y la polla en la boca de tu hermana. Me encantaría ver las explicaciones que les darías.

—Ellas llegarían a entenderlo, seguro, sé cómo son mis niñas… —la voz angustiada de mi madre se hizo paso entre los gritos de Casi y Mateo.

—Pero ¿tú eres tonta o te lo haces? ¿Estás tan enferma que no te das cuenta que esto no hay quien lo entienda? Que son hermanos, ¡cojones! ¡Que esto va contra natura!

—¡Pero es que nos queremos, Casi, ha sido siempre así! ¿No entiendes que el único hombre que ha habido en mi vida ha sido Mateo, y eso no cambiará nunca?

Las palabras de mi madre estaban siendo como mazazos en mi pecho.

—¿Y tu marido? ¿Para qué te casaste y tuviste dos hijas con él, si nunca le quisiste? ¿Cómo has podido ser tan zorra?

—Jaime nunca fue hombre para mí…

—Claro que no, sobre todo si llegó a enterarse de esto.

—¡No, nunca lo supo!

—¿Y supo que las hijas que pensaba que eran suyas no lo eran?

Un dolor de cabeza lacerante empezaba a castigarme.

—Casi, no hables de lo que no sabes. Las niñas…

—… son tuyas, Mateo, digas lo que digas. Está claro.

Se hizo un silencio, y luego mi madre habló:

—Laia sí. Vera no, es de Jaime.

—¡Me da igual! ¡Como si son del butanero! Aquí lo que está mal es que dos hermanos tengan relaciones, y encima hayan tenido descendencia. ¿Qué hubiese pasado si Laia hubiese tenido cualquier enfermedad? ¿No se habrían culpado?

—Pero no es así, ella…

—Ella podría haber sido cualquier cosa menos normal, y todo por culpa de unos degenerados.

—Casi, no espero que lo entiendas, pero ya a estas alturas no vamos a dejarlo —sentenció Mateo, tan sereno como si hubiese estado tomándose un café.

—¿Ah, no? ¿Ni siquiera si las niñas se enterasen?

El silencio invadió la sala. Finalmente fue mi madre la que dio la respuesta:

—No. No voy a renunciar a Mateo. Nunca.

Me cogí del pecho, mientras comenzaba a llorar.

—¿Y si les denuncio? ¿Y les quitan a las niñas?

Casi estaba presionando la situación al límite, pero mi madre no se desmoronaba.

—Lo siento, Casi. Ellas tendrán su vida, y Mateo es lo que quiero para la mía. Además, sé que tú no nos vas a denunciar. Eres nuestra hermana, nunca nos harías eso.

—No me tientes, Eva, porque en lo que pienso es en tus pobres niñas y en la farsa de vida que llevan.

—¡Pero es peor si se enteran! Es mejor dejarlo así… ellas pronto se irán de casa, se irán a estudiar fuera y…

—Claro, eso es lo que quieren, ¿verdad? Para jugar a las casitas de verdad, solitos en casa, y ya no tener que cortarse. ¡Qué asco, de verdad!

La oí moverse hacia la puerta pero se volvió por última vez para sisearles:

—Mañana les quiero fuera de aquí. Invéntense lo que quieran, pero no quiero tenerlos cerca. Las niñas se pueden quedar, ya las llevaremos nosotros al Puerto. Pero ustedes lárguense. No los soporto.

Casi ni me dio tiempo de moverme, pero mi tía salió tan ofuscada de los establos que no se dio cuenta de que yo estaba allí. Reculé hacia el pinar, totalmente cegada por las lágrimas, y con la mente centrada en una sola cosa: mi madre no nos quería. Nos sacrificaría por encima de estar con Mateo. Me adentré en el pinar y allí pasé la noche, petrificada ante lo que acababa de escuchar. La noche estuvo muy fría, y por la mañana, cuando me fueron a buscar, estaba con fiebre alta y la garganta como un globo. Cogí una pulmonía muy fuerte de la que todavía me estoy recuperando, y es ahora cuando estoy pudiendo escribir.

Esto ha supuesto un punto de inflexión en mi vida. No sé si podré salir de esta mierda, solo tengo ganas de dormir y no pensar. El vivir aquí me está matando, no soy capaz de mirarles a los ojos. Supongo que piensan que estoy de rebelde y por eso estoy antipática, que piensen lo que quieran. Ahora mismo no me apetece ni hablar con ellos.

Hace tiempo que no escribía. Las cosas siguen igual, y no me siento con fuerzas para disimular que estoy bien. Vera está preocupada por mí, pero no le puedo contar esto. Influiría en el resto de su vida y no quiero que sea así. Prefiero cargarlo yo, aunque no sé qué desenlace darle. Por un lado pienso que debería enfrentarlos, pero como ya sé que mamá no le dejará y que en cambio pasará de nosotras, no me atrevo. Quizá debería decirle que lo sé y hacerle la vida imposible, pero tampoco sería bueno. He pensado mucho, hasta he intentado ponerme en su lugar y entender cómo el amor puede hacer que se traspasen barreras infranqueables, pero creo que estoy demasiado dentro del tema para poder llegar a perdonarles. La otra opción es seguir así e intentar vivir mi vida ajena a esto, pero no sé si seré capaz. Esto me está minando las fuerzas, cada vez tengo menos ganas de despertar por las mañanas. Quizá esto sea porque genéticamente soy un engendro, algo que no debería haber nacido. Por eso no soy fuerte, luchadora. Hay algo que no está bien dentro de mí, y ya sé de quién es culpa.

Hace dos noches me escapé y me fui al rompeolas. Es el único sitio donde encuentro la paz. Hasta los cangrejos me respetan y me acompañan en silencio.

Ya no sé cómo disimular con Marcus, siento que me estoy distanciando de él. Le veo tan guapo, con esos ojos de hielo y las rastas oscuras, tan exótico y generoso que pienso que es una pena que se desperdicie conmigo. No creo que me aguante mucho, hay mil chicas que desearían estar con él y que le tratarían mejor. Intento compensarle con sexo, porque es el único sentimiento vivo que se me da bien. Es como si me redimiese cada vez que estamos juntos. Es lo más normal que hago últimamente.

Creo que voy a tener un bajón considerable en las notas. ¡Y encima se me viene la selectividad! Ojalá fuese rica para no tener que hacerla y poder irme por ahí durante un tiempo, alejarme de todos. Pero tampoco creo que fuese capaz. No se me da muy bien manejarme sola, no soy aventurera.

Están planeando una acampada en la playa de los Patos. Para después de selectividad, claro. No me apetece nada, la verdad, pero Vera quiere ir y si no voy yo, no la dejarán. Haré el esfuerzo, pero en realidad quisiera estar en casa y pillar a esos dos con las manos en la masa. A ver si así mamá es capaz de decirme que renunciaría a nosotras por estar con el

asqueroso de Mateo.

Me he librado de la selectividad, pero porque he suspendido cuatro asignaturas y tendré que preparármela para septiembre. En casa han puesto el grito en el cielo, pero me metí en mi cuarto e hice oídos sordos. Que les den por el culo.

14. EL PASADO QUE COMPARTIMOS

Bueno, otro capítulo que añadir a la escabrosa historia, y espero que con esto concluya para siempre. Si no es así, prefiero no estar, prefiero desaparecer. Porque lo que ha pasado entre mamá y yo es tan grave que si no hay consecuencias, está claro que mi existencia no tiene sentido.

El viernes me traje a Marcus a casa, a sabiendas que mamá y Mateo se iban a cenar con unos amigos. Él estaba algo renuente, últimamente las cosas no van bien y está molesto conmigo. Creo que espera que le deje, no es capaz de hacerlo por sí mismo. En vez de eso lo metí en mi cuarto y me lo tiré varias veces, intentando olvidar todo lo demás. Lo sé, soy egoísta, pero a estas alturas me da igual.

Estábamos tirados desnudos en la cama, con el cuarto apestando a sexo reciente, cuando mamá entró por la puerta y nos pilló in fraganti. Se puso como un basilisco, echó a Marcus de casa y me metió en su habitación para echarme un sermón. Yo estaba muy serena y fría, como si fuese una espectadora ajena al show que se avecinaba.

—Laia, ¡esto no puede ser! ¡Te he dicho mil veces que no quiero que metas a Marcus en tu cuarto cuando no estemos!

—Ah, claro, porque te crees que nosotros no follamos, sino nos cogemos de la mano y nos decimos cosas bonitas. Si no es aquí, será en otro sitio, mamá, no seas hipócrita.

Mi actitud la enervó todavía más. Yo, la hija perfecta, la hija amante, la niña de sus ojos, la estaba desafiando.

—¡Es una falta de respeto! En mi casa no toleraré este tipo de actitudes. Tienes que pensar en los demás que viven aquí…

No la dejé acabar.

—Lo que sí es una falta de respeto es lo que haces tú, mamá.

Me acerqué a ella con los ojos inyectados en sangre y acusándola con el dedo.

—Tú sí que eres una desvergonzada, follándote a Mateo día sí día no. ¿O qué te crees, que no me daría cuenta?

Su cara pareció derretirse como una máscara de cera, y bajó los brazos hasta que cayeron laxos a su costado.

—Eso es una falta de respeto, y no lo mío. ¡Qué asco me das! ¿No podías buscarte a otro, sino a tu hermano? Te lo has montado muy bien, mamá, ¿quién iba a sospechar que entre los dos hermanitos había algo más que amor fraternal?

—Laia…

—¡No te atrevas a decirme nada! Has perdido totalmente el derecho de reprenderme de nada, tú, que eres la peor de todas. ¡Por Dios, menos mal que Vera no sabe nada!

—¡Cállate! —el grito retumbó en mis oídos y se acercó a mí—. ¡Te prohíbo que me hables de esta forma!

—¡Es la forma en la que te mereces que se te hable, asquerosa!

El bofetón que me llevé me hizo recular, pero no me dolía tanto como para mitigar la rabia que tenía dentro.

—O dejas de hacerlo, o se lo digo a Vera —la amenacé—. Y lo contaré por ahí para que todo el mundo sepa cómo eres realmente. Tú y tu hermanito, el tío Mateo. ¿O debería llamarlo papaíto?

—Ni se te ocurra amenazarme, Laia —vi que estaba asustada—. Tú no entiendes nada, y no creo que puedas llegar a entenderlo nunca.

—Es que no quiero entenderlo, porque no hay nada que comprender. Ya lo sabes: o dejas tu enferma relación con Mateo, o te denuncio. ¡Que lo sepas!

—No serás capaz… será tu palabra contra la mía.

Aquella no era mi madre, era como si todos los años de amor se hubieran desvanecido. Todas mis esperanzas de que se arrepintiese y que me prometiese que lo iba a solucionar estaban desapareciendo.

—Te lo vuelvo a repetir: o lo dejas o todo quisqui se enterará del culebrón.

De pronto pareció que las fuerzas la abandonaron.

—Laia, por favor, no quiero que nos hablemos así…

—Eres tú la que no entra en razón. Mamá, ¿no entiendes que esto no puede ser? ¿Cómo has sido capaz de darle tu consentimiento a algo que no es normal? ¿Y encima tener una hija con él?

—Laia, tú eres lo mejor que ha salido de todo esto, sabes que te quiero con toda mi alma…

—Pero lo quieres más a él, ¿no? Porque no eres capaz de terminar con él por el bien de tu familia.

—¿Qué quieres que haga? —su voz parecía un lamento. La estaba convenciendo.

—Que se largue.

—No puedo.

—Sí que puedes. Hazlo por nosotras, por Vera y por mí, por favor.

Vi que se debatía y eso me estaba matando. Al final suspiró y comenzó a llorar:

—No sé si podré…

—¡No seas tan floja, mamá! Siempre has sido la fuerte de la familia, ¿cómo es que no lo eres ahora?

—Porque es tu tío quien me da esa fuerza, yo sin él no sería nadie.

—Eso es lo que él quiere que pienses. ¡Pero sí que puedes! Anda, mamá, por favor, dile que se vaya, y tú podrás ser feliz con alguien real.

Negó con la cabeza, sollozando, pero de pronto pareció tomar una determinación.

—Le diré que se aleje un tiempo, Laia.

—Para siempre, no hay otro trato.

—Por ahora es lo que te puedo dar. ¿Me prometes que no dirás nada mientras lo hagamos así?

Lo pensé intensamente. Creo que no iba a conseguir más de ella por ahora.

—Vale. Pero quiero que se largue ya. Y no le digas que yo lo sé. No quiero que se meta conmigo. Quiero que piense que de verdad ha sido decisión tuya.

No me dijo nada, siguió llorando como si le partiesen el alma. Me quedé un rato mirándola y una oleada de oscuridad me envolvió. No sé si era tristeza, rabia o indiferencia. Lo cierto es que me fui y esa oscuridad cada día es más densa. Porque no creo que lo haga, me mentirá y al final todo quedará igual. Si al final descubro que no ha sido capaz, no sé cómo lo podré soportar.

Mateo lleva un mes fuera. A nosotras nos han dado la excusa de que un proveedor le ha invitado a una feria de textiles en el extranjero, y que luego se quedará una temporada en la península buscando nuevos proveedores. Eso quizá requiera que tenga su estancia habitual allí. Muy convincente, la verdad. La pobre Vera se lo ha creído, tampoco le ha afectado mucho porque no tiene demasiada afinidad con él. Normal, para él será la hija del hombre con la que estuvo casada su amante. Tampoco es que tenga mucho más afecto hacia mí, pero sí se nota la diferencia. Mi Vera. Ojalá no se entere de esto, por lo menos ahora. Quizá de mayor sea capaz de verlo de otra forma, pero ahora la destrozaría. Solo quiero que viva ajena y contenta, aunque últimamente sé que está preocupada por mí. También creo que ella y Marcus hablan sobre cómo estoy, e intentan animarme. Lo que no saben es que ya soy una causa perdida.

Me está tocando estudiar por las mañanas para sacar las asignaturas pendientes. Me estoy concentrando en eso, aunque no sé si tiene demasiado sentido porque no tengo ni idea de lo que haré una vez pase la selectividad. No quiero irme del Puerto y darle a mi madre la ocasión de volver a sus juegos enfermos. No sé, quizá sea cuestión de buscarme un trabajo y así no depender económicamente de Mateo y ella. Por lo menos así no podrán amenazarme con no darme pasta.

Hoy ha sido un buen día, la verdad. Estuvimos en la embarcación de la virgen del Carmen y debo decir que lo pasé muy bien. De hecho ha sido el mejor día que recuerdo en los últimos meses. Mamá también salió con las amigas y así pude concentrarme en la diversión, en la música y el agua que nos tiraban desde los balcones. Los chicos me tiraron del muelle al mar, como en los viejos tiempos, y por la noche acabamos cenando todos juntos.

¡Me acosté feliz!

Mamá está depre, pero no me da ninguna pena. Más depre estoy yo. A pesar de que Mateo no esté, no remonto el vuelo. He tenido que cogerle pastillas para dormir a escondidas para descansar algo. He perdido peso, y menos mal que estoy bronceada porque si no parecería una zombi. El grupo siempre está inventando mil cosas, pero no me apetece nada. Muchas veces me quedo en casa. Ya creo que ni me echan de menos.

Ya es definitivo. Marcus se va a estudiar a Inglaterra en septiembre, me lo ha dicho hoy. Algo me dice que lo sabía desde hace tiempo, pero no tenía huevos de decírmelo. Según parece, le han admitido en una buena universidad gracias a los contactos de su padre. Por lo tanto a nuestra historia le quedan dos telediarios. Él dice que no, que no tiene por qué, pero realmente no hay nada que nos sustente ya como pareja. Creo que solo existe la costumbre. En cuanto se vaya, todo cambiará y quizá sea mejor así. Él es como un perro de presa, insistente y terco, no sé por qué quiere convencerme de que todo está bien cuando no es así. Pero tampoco tengo fuerzas de hacerle entender lo contrario. Creo que dejaré que esto caiga por su peso, es lo mejor.

El próximo fin de semana nos iremos de nuevo de acampada. La otra vez lo pasaron tan bien que quieren repetir, y claro, debo ir para que a Vera la dejen. La verdad es que no me apetece nada, pero intento recordarme que es lo mejor que puedo hacer ahora mismo. Esta vez nos vamos cuatro días, de jueves a domingo. Tengo que ver cómo quedó la caseta de la última vez, a ver si tengo todos los vientos o si tengo que ir a comprar alguno.

De las acampadas lo que más me gusta son las noches, porque puedo escaparme a sentarme en algún lugar alejado de la playa y ver cómo las olas vienen y van, intentando atrapar los rayos de luna. Normalmente nadie me interrumpe, porque todos están o borrachos o durmiendo, así que no me echan de menos. Ni siquiera Marcus, que ya está habituado a mi distanciamiento. Supongo que pensará que ya se me pasará.

Me llevaré el diario por si consigo captar mejor mis pensamientos allí, en paz.

No tengo a nadie quien contarle esto, menos mal que me traje el diario. La acampada comenzó bien, como siempre, con mucho sol y mar, pero fue la noche del jueves cuando recibí el golpe. Estábamos haciendo un arroz en

el campingas cuando Vera se me acercó con gesto extrañado:

—Laia, ¿tú sabías que Mateo venía este fin de semana?

El mundo se me paró en ese instante y tuve intensas ganas de echarme a llorar.

—¿Y eso? ¿Cómo te enteraste?

—Me lo dijo Suso, que su padre, que trabaja en el aeropuerto, lo había visto ayer al mediodía llegando de Madrid.

Me cago en todo, todo, todo, atiné a pensar. Ahí estaba, la prueba de que mi madre era una mentirosa y una faltona a su palabra. Intenté recomponerme ante la mirada inquisitiva de mi hermana, que enseguida captó que algo no iba bien.

—Pues no tenía ni idea. Qué raro que mamá no nos haya dicho nada.

Hizo un gesto que si no hubiese sabido a ciencia cierta que no tenía ni idea de nada, me habría levantado sospechas.

—A saber. Se ve que no tendría ganas de vernos. Me la suda un poco, la verdad.

—Lo mejor que haces —le dije, e intenté concentrarme en el guiso. Mi mente estaba dando mil vueltas, tenía que encontrar la forma de pescarlos. ¿Cómo podía hacer para irme de la acampada sin levantar sospechas? ¿Debía fingir que estaba mala?

Ahora, de madrugada, he encontrado la solución. Voy a ser honesta y a decir que me voy porque tengo que hablar con Mateo antes de que se vaya. Bueno, no tan honesta porque diré que se trata de algo que me inventaré sobre la marcha, pero la acción está clara y debo hacerla.

El sábado será el día D.

Ya está todo claro. He perdido. Mi madre me ha mentido y me ha dicho que no va a poder cumplir su palabra. La he visto por primera vez como es: una mujer dependiente, abducida por Mateo y sin voluntad propia. Él ha vuelto para convencerla de que algo que ha funcionado toda la vida puede seguir funcionando, y ella le cree.

Me he enfrentado a Mateo, a mi tío y padre, en persona. Nunca pensé que sería capaz de algo así, pero me he convertido en otra persona. Creo que Vera se quedó preocupada cuando me fui de la acampada, porque estuve muy fría y antipática, algo que no es habitual en mí. Supongo que sería una suerte de preparación del estado de ánimo que necesitaba para el enfrentamiento. Ni siquiera el sofocante calor y el cansancio de la caminata para coger la guagua me echaron para detrás.

Cuando llegué no estaban, y les esperé sentada en la cocina hasta que volvieron. No me esperaban, por supuesto, y fue un gusto ver la cara de mi madre cuando se dio cuenta de que estaba allí. Se puso pálida como una muerta y se llevó las manos al pecho. Pensé que le iba a dar algo, y enseguida él fue con ella para ver si estaba bien.

—Me encanta cómo en esta familia se cumplen las promesas —dije—. ¿Qué, contentos con la mini luna de miel que se han procurado mientras no estamos?

Mateo, con esos ojos tan parecidos a los míos, me miró como si me viera por primera vez. Luego miró a mi madre, que bajó la vista, y volvió a fulminarme.

—Así que eres tú la que está detrás de todo esto, Laia. Ya sabía yo que tenía que haber algo más.

—No, no he sido yo, han sido ustedes los que me han hecho tener que dar este paso. Qué tonta fui al pensar que a mamá le importábamos Vera y yo más que tú, está claro que no es así.

—Laia, esto no es una competición —gimió mi madre, retorciéndose literalmente las manos.

—Claro que no. Es una decisión entre tu amante y tus hijas. La mayoría de las mujeres lo tendrían claro, la verdad.

—Yo los quiero a todos, Laia, tal y como éramos antes —confesó ella sin mirar a Mateo. Éste estaba quieto, observando nuestro duelo de palabras, y sin inmutarse se encendió un cigarro.

—Ya sabes que no puede ser. Y sabes lo que haré ahora que has incumplido tu promesa.

Mateo me miró con frialdad y se acercó a mí. Vi que estaba sudando, lo cual fue como una pequeña victoria. En el fondo no estaba tan indiferente.

—Tú no vas a hacer nada, Laia. Te callarás como la niña buena que siempre has sido y ya está.

—Tú no eres nadie para decirme qué es lo que tengo que hacer, gilipollas —le espeté, y vi que le costó controlarse.

—Sabes que lo soy. Y como poco soy el cabeza de esta familia.

—La única cabeza con la que piensas tú es la que tienes entre las piernas, por no decirlo de otra forma.

Pensé que me iba a pegar, pero se contuvo y se cruzó de brazos.

—Mejor te callas o te vas a arrepentir, niña.

—¿Me estás amenazando? ¿A tu hijita querida? —le dije con retintín, acercándome a él. Lo que vi en sus ojos me hizo darme cuenta lo mucho que me rechazaba.

—Un desgraciado error que no tendría que haberse dado, que lo sepas.

Aquello fue la estocada final. Sentí que todo se desmoronaba y no fui capaz de decir nada más. Me fui a mi cuarto sin hacer caso a las llamadas y lágrimas de mi madre, que se perpetuaron hasta bien entrada la noche.

De esta no salgo. Es demasiado horrendo para seguir siendo yo. No puedo más. No tengo fuerzas. Nadie me puede ayudar.

Terminé de releer el texto y me dejé caer hacia detrás, con el corazón retumbándome en los oídos. Lo que había leído era demasiado duro para ser verdad. Sentí cómo un vacío enorme se abría

en mi pecho, como si un bloque de hielo hubiese caído de golpe sobre mí, fisurando y astillando todo lo que encontraba a su paso. Tenía la garganta agarrotada, casi no la sentía, y si hubiese querido hablar, estaba segura de que no habría sido capaz de articular palabra. Me llevé las manos a la cara, para intentar masajearme las sienes, y solo ahí fui consciente de que me temblaban compulsivamente. Intenté coger aire y solo cuando lo solté, como si hubiese corrido un maratón, me salió la voz.

—La puta madre de los cojones.

Me levanté, de nuevo intentando coger aire, y por un nanosegundo deseé tener a mano un cigarro. Me fui a la ventana y la abrí, a pesar de que fuera estábamos solo a un par de grados sobre cero, y yo llevaba un pijama de algodón no demasiado abrigado. Respiré el aire nocturno muy hondo, intentando rebajar la intensidad del taladro que tenía en la cabeza. Estuve así un rato, dejando que mi cuerpo se aflojase y mi mente recuperase algo de lucidez. Cuando noté que me estaba helando, cerré la ventana y me di la vuelta hacia mi cálida y acogedora casa, que parecía haber cambiado en los últimos diez minutos, como si se le hubiese aplicado un filtro en blanco y negro.

Tenía la boca seca y me abrí una tónica, conteniendo el impulso de añadirle un chorrete de ginebra. No era el momento de afrontar todo aquello con alcohol. Miré el diario, tan aparentemente inocente sobre el sofá. Joder, si hubiera sabido lo que contenía, quizá me habría pensado bien el leérmelo. O no, me corregí. Ahora estaba en shock, pero en el fondo era mejor haberme enterado de todo aquello. Cuantas más cosas supiese sobre aquellos meses, más luz tendría la historia de Laia.

Me senté, cerrando momentáneamente los ojos. Aquello iba a ser difícil de digerir. De pronto se me había derrumbado el recuerdo de mi hogar, ese aroma a café, ropa planchada y a las velas de canela que a mi madre le encantaba quemar. Las sobremesas con telenovelas venezolanas y las meriendas de bocata de Nocilla y jugo Libby's de pera-piña, los sábados de pescado fresco que traíamos del muelle y los domingos perezosos de mar y plaza. Los días que hacía conejo frito con mucho ajo, en los que por arte de magia se congregaban en torno a la mesa todos nuestros amigos, o las tardes de invierno con las tazas de chocolate La Candelaria y el típico bizcocho casero de yogur y limón. Todo aquello ahora se me hacía falso, sin reducto de veracidad, porque tenía la certeza de que mi madre habría renunciado a eso en un pis pas, si la hubiesen puesto ante la disyuntiva. Siempre, siempre, siempre habría elegido a Mateo, lo había dejado muy claro. Y nosotras tendríamos que haber ido detrás, de seguidoras, o alejarnos, como al final hicimos, cada una a nuestra forma.

Joder. No podía ni imaginar cómo había dejado aquello a Laia, si a

mí, de adulta, me había noqueado. No solo por la sordidez de la historia, sino por ese descubrimiento de que, a fin de cuentas, habíamos llegado al mundo por equivocación, sobre todo Laia. Y eso la había destrozado. Entendía ahora, sabiendo lo sensible que era, cómo toda aquella información la había dejado devastada, sin ganas de vivir.

Era una estupidez preguntarme cómo no me había dado cuenta de nada. Evidentemente no lo había hecho, como no lo hacen los adolescentes metidos en su mundo, más interesados en empezar a crear sus experiencias que en el resto de cosas que pasaban a su alrededor. Para mí lo importante era la vida fuera, el grupete de amigos, las fiestas que improvisábamos con una facilidad pasmosa, las locuras de las tardes perfumadas de sal marina y noches cálidas donde la ciudad era nuestra, el soñar con irme fuera de la isla más pronto que tarde, volar con mi mente y no ponerme límites, permitiéndome ser cualquier cosa en mis sueños de futuro, y lo más arduo de todo, intentar olvidar a Marcus y todo lo que me hacía sentir. En casa tenía a una madre que se preocupaba por nosotras pero nos dejaba libres, lo cual a mí me venía fantástico. El que mamá tuviese su vida social y sus planes nos dejaba a nosotras mucho más margen de maniobra que a nuestras amigas, cuyos padres les dejaban salir mucho menos y exigían saber de ellas constantemente.

Y Mateo… era nuestro tío, era normal tenerle en casa, al igual que había pasado con la abuela, que vivió con nosotros hasta que murió, antes de cumplir yo los ocho años. Mateo se quedó con nosotras, y claro, a fin de cuentas era el hermano de mi madre, nadie podría haber pensado nada raro. Para mí, no era una presencia ingrata. No se metía demasiado en mis cosas, tampoco era cariñoso, pero bueno, nos daba una especie de sensación de seguridad al tenerle en casa.

Pero después de leer lo que había escrito Laia, sentí que mi interior se encogía de pura rabia. ¡Qué hijo de puta que había sido! ¿Cómo había podido decir todo aquello, ser tan cabrón? Era el colmo del egoísmo, me dije, mientras me abría otra tónica. Y hasta después de muerto no quiso dejar las cosas como estaban, no. Me tuvo que hacer partícipe de toda la historia, ¿y para qué? Todos sus protagonistas habían muerto, ya no había vuelta atrás.

Con el pasar de las horas, empecé a serenarme y a ver cosas que antes no había sido capaz de ver. ¿Y si el enviarme el diario era la forma de Mateo de decirme que lo de Laia era culpa de ellos y de nadie más? Sé que en los meses oscuros tras la muerte de Laia, él también estuvo preocupado por mí, y mi madre parecía un alma en pena temiendo perderme a mí también. ¿O suponer eso era ser demasiado generosa con él?

Lo que finalmente acabé entendiendo era que no podía juzgar tan

fácilmente. Por supuesto que lo hicieron mal, sobre todo hablando así, tan a la ligera, de nosotras, pero ¿quién era yo para decir que su historia era mala? Con los años había visto muchas veces que las personas no elegimos de quién enamorarnos, y que se hacían cosas realmente atroces en nombre del amor, por lo que en algún momento fui capaz de asentir y decirme que aquella historia no era culpa de nadie, y menos de Laia y mía. Que ella se hubiese enterado había sido fruto de la casualidad, y por desgracia esa coincidencia hizo que su final se precipitase antes de tiempo. Nunca sabríamos si su muerte fue accidental, o provocada por ella misma. O si simplemente se dejó ir, sin pensar.

Con las horas me fui calmando, pero una ansiedad indescriptible empezó a hacer mella en mi interior. Necesitaba saber algo más, por lo menos por qué la relación de mi madre y mi tío se había convertido en lo que finalmente fue: una historia de amor oscura y dañina, pero una historia de amor a fin de cuentas. Quizá nadie supiese su historia real, pero necesitaba algo más de luz, porque solo así podría asimilarlo y, de alguna forma, aceptarlo. Si no lo hacía, nunca tendría paz. Además, había visto demasiadas cosas en mi vida para juzgar qué forma podía tomar el amor. Y como Laia, sentí que debía acudir a la tía Casi para obtener más información.

Lo pensé detenidamente durante esos días, y finalmente decidí irme el fin de semana a la isla. Se me estaba yendo un pastizal en viajes, pero sentí que aquello era de vital importancia. No sabía muy bien qué iba a descubrir con mi visita, pero por lo menos necesitaba hablar de aquello con alguien que había estado al corriente de todo.

15. ENTENDERLO TODO

Llegué a la isla el viernes por la noche, tras dejar hecha la presentación final de nuestro trabajo en Londres y al equipo cerrando los pocos flecos que quedaban. El aire templado me saludó al salir del aeropuerto y me reconfortó, era como si una mano amiga me acariciase el pecho y me dejase respirar de nuevo. Cogí el coche de alquiler y me dirigí hacia mi hotel, un last minute que había conseguido el mismo día, en la zona turística del sur de la isla. La mañana siguiente había quedado con Casi y quería dormir un poco antes de verla, pero el cambio de ambiente hizo que me despejase y pasé varias horas en la amplia terraza frente al mar, escuchando su pausado devenir. Era el mismo mar que se había llevado a Laia, pero aun así me tranquilizaba y borraba algo de mi ansiedad.

Había vuelto a la isla sin decirle nada a Marcus, lo cual me hacía sentir un poco mal, y me prometí a mí misma enviarle un whatsapp a la mañana siguiente. Tampoco hubiese querido que viniese, me admití a mí misma. Todo aquello era demasiado personal y demasiado doloroso en ese momento. Necesitaba aquel fin de semana para despejarme y decidir, fuera lo que fuese. Él me había dejado tiempo para aclararme, y lo mejor que podía hacer era hacerle caso.

Paseé por el Médano antes de ir a ver a mi tía. Recorrí el paseo de madera de cabo a rabo, y antes de sentarme en una de las cafeterías para desayunar, sentí la necesidad de meterme en el mar. La bahía estaba quieta, el sol hacía poco que la bañaba, pero el agua no estaba tan fría como esperaba aunque sí tan cristalina como recordaba. Me sumergí con disfrute y nadé un rato suavemente, de repente estaba muy despierta y activa. Me sequé vigorosamente en la orilla y al estar metidos de lleno en una ola de calor con calima incluida, hasta el pelo se me secó durante el paseo hacia el otro lado del pueblo.

Casi me recibió en su nueva casa con una sonrisa en los labios, pero con lo lista que era sabía que se estaría preguntando el porqué de aquella repentina visita. Me sentí como en casa en el nuevo apartamento en el que vivía con su marido, después de dejar la vivienda en el centro del pueblo en la que había habitado desde su boda.

—Era muy ruidosa, Vera, el pueblo se ha masificado y hay épocas en las que no se puede ni dormir —me dijo mientras me servía café—. Preferimos mudarnos a esta zona, que ya ves, está a diez minutos caminando del centro y está la mar de bien.

Asentí mientras el aire del mar me agitaba el pelo. El apartamento estaba enfrente de la playa, una de las favoritas de los amantes de los

deportes marinos pero no tanto de los bañistas en general, ya que era algo pedregosa. Tenía una terraza estupenda en la que Casi había trasladado sus plantas autóctonas que bajo sus cuidados brotaban salvajemente. Eran un estallido de color alegre y vivaracho, muy acorde a la personalidad de Casi, que aún con sus casi ochenta años seguía tiñéndose el pelo de escarlata y se pintaba las uñas de los colores de moda.

Esperé a que se sentase dificultosamente en un silloncito de mimbre y entonces mientras saboreaba el zumo de frutas que me había hecho, le dije con suavidad:

—Tu hermano Mateo me legó el diario de Laia, el que escribió los meses anteriores a su muerte. Lo recibí en estos días y lo he leído.

Me miró fijamente. Sin duda estaba preparada para la conversación. Siempre fue la más inteligente de los tres hermanos, pensé.

—Tu hermana también vino por aquí a hacerme preguntas —me dijo, con un leve suspiro—. Pero no pude ayudarla.

—Sé lo que hiciste por ella y te lo agradezco. Pero hubo muchas más cosas después de eso.

Le conté lo que Laia había escrito y vi cómo sus facciones se contraían de furia.

—¡Virgen santa! ¡Esto Eva jamás me lo contó! Sabía que Laia no cesaría

hasta llevar la cosa hasta el límite, pero no tenía ni idea de lo que mi hermano iba a ser capaz de decirle. Ahora lo entiendo todo…

—¿El qué entiendes? Porque yo no entiendo nada. No sé por qué mamá quiso traernos al mundo si realmente nunca quiso tener una familia como tal, sino su único deseo era estar con Mateo. ¿Por qué no se fugaron juntos o algo así? De esa forma no hubiesen destruido tantas vidas…

—Porque tu madre era una cobarde, Vera. Me duele decirlo, pero nunca tuvo los cojones para hacer de su vida lo que hubiese querido que sea. Nunca fue capaz de decidir. Quería tenerlo todo.

—Pero de esa forma lo tuvo todo a medias.

—Sí, pero a ella le bastaba. Vera, nunca debes dudar de que tu madre no te quisiese, porque sé lo que sentía por ti y por tu hermana. Si no las hubiese querido las hubiese abandonado y ya está, sabía que la familia se haría cargo. Pero era débil, y no podía dejar a Mateo. Estaba unida a él de una forma que nunca llegaré a entender.

—Yo al que no entiendo es a Mateo. Ese tío nació con alguna deficiencia emocional, si no, no entiendo cómo fue capaz de decirle todo aquello a Laia. ¡Era su hija, por Dios! ¿No podía rescatar aunque sea un poco de humanidad? ¡Que era una niña de diecisiete años, coño!

—Él no la quería, Vera. Era un estorbo más para poder estar con tu madre, igual que tú.

No me dolió lo que me dijo. Lo tenía muy claro y así se lo dije.

—Vera, lo que tienes que comprender es que pasase lo que pasase, Laia no era una chica fuerte. Todos aquellos hallazgos la deprimieron y nunca pudo salir de ahí.

—Pero si no se hubiese enterado, probablemente hubiese estado aquí con nosotras —dije, tragando lágrimas. Casi me cogió la mano y me miró a los ojos, con esa sabiduría curtida durante muchos años.

—Si Laia hubiese sido una chica de hoy en día, probablemente habría estado en tratamiento psicológico. ¿No te acuerdas de esas temporadas grises que le daban, cuando no quería ni levantarse de la cama? ¿Y cuando desaparecía y había que ir a buscarla por todo el Puerto? Ella no estaba bien, Vera, y si hubiese crecido se habría convertido en una de esas mujeres adictas a las pastillas antidepresivas y nunca habría sido feliz. Lo de tu madre aceleró el proceso, y no estoy diciendo que se haya suicidado. Digo que si el mar se la llevó, no hizo mucho para luchar en contra. Nadie tuvo la culpa directa de eso, y menos tú. Quizá fuesen esos genes que nunca se deberían haber mezclado, eso es todo. Lo he pensado mucho, y he tenido muchos años para hacerlo, y esa es mi conclusión.

Empecé a sollozar. Casi había visto a través de mí, a través de esa culpa que existía desde que murió Laia. Una culpa tan absurda como devoradora, esa sensación que me había acompañado toda la vida de que no era merecedora de la felicidad por haberla engañado. Un sentimiento que me inundaba y me decía que no debería haber muerto ella, que era la protagonista, el hada llena de luz.

—Vera, vive tu vida y deja esto atrás. Jamás podremos recomponer lo que se rompió. La historia de tu madre y Mateo ya está enterrada, y nunca llegaremos a saber cuáles fueron las fuerzas que actuaron para que esa relación antinatural se diese. Laia hace veinte años que se fue, y lo mejor que puedes hacer es recordarla con amor y tenerla presente siempre, pero como alguien que vela por ti, hagas lo que hagas. Mi niña, quiero verte feliz y con brillo, como eras antes de que Laia se fuese.

—Gracias, Casi —le dije de todo corazón. Parecía que el nudo que llevaba en el pecho desde hacía años se aflojaba con cada paso que daba. Primero, al escuchar a Marcus; ahora, con las palabras de mi tía. Parecía mentira que tuviera que escuchar de boca de otra gente lo que yo misma era incapaz de decirme, pero el oírlo hacía más mella en mí que diez años de meditación interna. Le di las gracias a Casi y me fui, sumida en mis pensamientos. Esa noche apenas dormí, pero tenía la sensación de que algo había cambiado y que era bueno para mí.

Aun así antes de volver a Londres tenía que hacer mi última

peregrinación, al sitio donde empezó todo. Me fui al Puerto muy temprano y aparqué en el terraplén del muelle, para poder subirme al rompeolas donde Laia pasó sus últimos días. Todavía después de tanto tiempo sabía exactamente cuál era su sitio favorito, aunque no me atrevía a bajar hasta los diques, llenos de cangrejos perezosos. Me senté en el rompeolas y respiré profundamente. El sol jugueteaba en el agua y el mar estaba extrañamente en calma, como esperando algo. No había nadie por los alrededores, ni siquiera los típicos guiris que recorrían la muralla todas las mañanas. Me relajé e intenté recordarla, a aquella hermana mayor que había marcado mi vida para siempre.

Y en vez de eso, mi mente me preguntó qué quería hacer con mi vida. Tenía treinta y cinco años, con un estado civil que era "divorciada pero sin rencores". Con una vida profesional en la que, por lo menos en lo que estaba haciendo, ya no iba a reinventar la rueda. Cada vez cogía menos proyectos porque era difícil que me ilusionasen. Eran muchos años aplicando el software que había creado, y alguna noche con dificultades para dormir, me había preguntado si no era momento de hacer algo nuevo. La patente me seguiría dando dinero como para vivir holgadamente, y con dos o tres proyectos al año no tenía problemas económicos. Tuve que ser honesta conmigo misma: en los dos últimos años elegía los proyectos más bien por lo que me podían ofrecer las ciudades donde se desarrollaban, más que los trabajos en sí. Y tenía en mi haber mis proyectos secretos, que ya estaban bastante desarrollados y que podían ser una alternativa de futuro. Con todo lo que estaba pasando en mi vida personal, ¿también sería momento de pasar página en lo profesional? Una chispa de excitación se prendió en mí mientras respiraba el aire del mar, algo frío pero refrescante.

No tenía familia, al menos cercana. ¿Pero deseaba crear la mía, pensar en niños, futuro? Un mes atrás habría dicho claramente que no. Pero ahora… Ahora era diferente. La imagen de llegar a casa y encontrarme allí con Marcus, abrazarle entre bromas o simplemente sonreír en silencio, sentir ese calor que sólo había llegado a sentir a chispazos en momentos muy concretos de mi vida, todo eso era muy atrayente. Pensé en mi vida de eventos sociales, probar actividades nuevas, no decir que no a nada que me apeteciese… y no lo vi un impedimento, era compatible perfectamente con tener una pareja que me acompañase y lo compartiese conmigo. Y todo esto eran pensamientos intentando ser fría y racional, pero era imposible obviar la locura interna de felicidad y ansiedad por estar con él que me invadía cada vez que me acordaba de su rostro moreno imposiblemente guapo. Aquello ya no tenía vuelta atrás, me dije al evocar el destello de sus ojos cuando se reía. Tan cálido, tan divertido, tan de piel, tan parte de mí. Rodeé mis rodillas con mis brazos y cerré

los ojos. Mi cuerpo me pedía estar con él, tal y como debería haber sido desde siempre, pero ahora como las personas en las que nos habíamos convertido, más sabias pero también con más mochilas a la espalda.

Dejé para el final mis sensaciones con todo lo que había descubierto. Laia, su muerte, mi culpa, que poco a poco se diluía. Después de hablar con Casi muchas cosas se habían puesto en su lugar, diciéndome que Laia se había precipitado hacia su final por factores incontrolables en los que yo no había intervenido. Y que lo que yo había hecho con Marcus había sido algo irrevocable, algo que hubiese pasado tarde o temprano. Después de todo mi duelo, empecé a entender que si ella pudiese hablarme, seguramente me diría que no tuviese miedo, que empezase a vivir, a sentir, a ser feliz. Y esa felicidad era con Marcus. No sabía ni dónde ni cómo, pero era con él.

Suspiré y me levanté. Era el momento de irme y empezar una etapa nueva. Le dije adiós a los cangrejos y le mandé un beso a mi hermana. No fue como en las películas, en plan "y de pronto salió el sol e iluminó mi cara como despedida", pero yo me sentí tranquila al dejar el devenir del mar a mi espalda. Bajé del rompeolas y me encaminé hacia la plaza para comer algo. Mi vuelo salía por la tarde y tenía que volver al aeropuerto del Sur, así que decidí adelantar el almuerzo. Aunque tenía el estómago algo cerrado, estaba demasiado ansiosa por volver a Londres y decirle a Marcus que sí a todo.

Me tomé una cerveza y una tapita de ensaladilla en una terraza cercana al muelle, ensimismada y disfrutando del agradable sol de invierno que me acariciaba los brazos. Me sentía muy cansada pero a la vez aliviada. El viaje no había sido en balde, de hecho era lo mejor que había podido hacer, aunque la montaña rusa de emociones de los últimos meses me estaban pasando factura. Más que nunca sentí que debía parar, buscar tiempo para salir de la rueda de hámster en la que estaba metida. Decidí que una vez entregase el trabajo de Vesta, me cogería unas vacaciones indefinidas, que esperaba poder pasar en Londres con Marcus. Y luego ya veríamos.

Cuando llegué a casa, algo más recuperada porque había podido dormir en el avión (a pesar de los turistas ruidosos que estaban agotando sus últimas horas de vacaciones bebiéndose todo lo que podían), vi que tenía una nota al lado de la puerta. Era de Maeve, que me pedía que en cuanto volviese, me pasase por su casa. Me extrañó y sin pensarlo dejé la maleta en el suelo y me dirigí al pasillo. Toqué en la puerta y salió a abrirme, enfundada en una de sus espléndidas batas de lamé con las que evocaba el Hollywood de los años cuarenta. Pero a pesar de sus brillos, la noté empequeñecida, como si se hubiese apagado un poco. Enarqué las cejas y me indicó que pasase con un elegante movimiento de mano.

—*Deary* —sus ojos translúcidos parecían menos penetrantes, más cansados—quería despedirme. Mañana me voy durante una temporada y no sé si estarás aquí cuando vuelva.

—¿Te vas? ¿Adónde? —le pregunté, alarmada. Esbozó una pequeña sonrisa y me palmeó la mano con gesto tranquilizador.

—De vez en cuando el médico me manda a pasar temporadas al lado del mar, solo es eso. Estos de aquí —y puso las manos sobre su pecho— a veces no funcionan como deberían, y me obligan a hacerme un Austen, como digo yo. Aunque yo de damisela ya tengo poco, la verdad…

Sonreí. Nunca había pensado en la edad que tendría Maeve, porque lo camuflaba muy bien con su estilo peculiar, pero estaba claro que tenía que tener sus achaques.

—¿Pero todo está bien? —quise cerciorarme. Asintió levemente, como sin darle importancia.

—Sí, es todo culpa de mis hijos, que son unos alarmistas. Y no quería irme sin darte un abrazo. Te he cogido mucho cariño, niña.

Nos fundimos en un emotivo abrazo. Era como un pajarillo, todo huesos ligeros que revoloteaban a mi alrededor. Me dio un cálido beso en la mejilla y tuve que inclinarme porque me cogió la cara entre las manos, estudiándome con la mirada. Lo que vio la hizo sonreír y me dio unas palmaditas en las mejillas.

—Ahora sí eres tú. Has llegado al final del camino.

Joder con las clarividencias. Pero ya no me molestaba, de hecho aquello me tranquilizó y le apreté las manos.

—Gracias por todo, Maeve. Nunca te olvidaré.

—Bueno, bueno, tampoco te pongas melodramática —me dijo, haciéndome reír—. Que tenemos el whatsapp, el Instagram y todas esas cosas que sabes que me encantan.

No pude hacer menos que reírme con muchas ganas. Me acompañó a la puerta y entonces me di cuenta de que no había visto al gato:

—¿Y Mr Rochester?

Me miró con ojos traviesos.

—No te preocupes, te encontrará como hizo la primera vez.

Fui a rechistar pero me cerró la puerta en las narices. Sonreí, tragando lágrimas. Genio y figura, mi bendita Maeve.

Volví a entrar en casa y el paréntesis con la viejilla se me borró de la mente. Sólo podía pensar en que tenía que ver a Marcus, hacerle saber que todo estaba bien. Con manos temblorosas cogí el móvil y busqué la canción con la que no tendría ninguna duda. Volví a escucharla, emocionándome en mi parte favorita, "*they don't know who I really am, they don't know what I've been through like you do, I was made for you*". Pero eran lágrimas de felicidad, esperanzadas y maravillosas.

Abrí el whatsapp y le mandé la canción, con un solo mensaje adicional: *Ven*. No sé dónde estaría, pero apenas me había dado tiempo de ducharme cuando ya lo tenía en la puerta de mi casa. Abrí y como siempre me quedé impactada de lo guapo que era: aquel día iba con unos vaqueros, un cárdigan azul marino y una camiseta blanca de manga larga sobre la cual caía una bufanda de esas modernitas que tanto le gustaban, y todo eso lo complementaba con la sonrisa más espectacular del mundo. No atiné a hacer otra cosa sino echarme en sus brazos y abrazarle con todas mis fuerzas.

—Te quiero, Marcus, te quiero, joder, y no voy a dejar que pase más tiempo sin que estemos juntos —la voz no me llegaba y me faltaba el aire, y sentí que se reía por lo bajo. Me cogió en brazos y me llevó hacia dentro, besándome como un loco, apretándome contra sí, como si no quisiera dejar un milímetro de espacio entre nosotros, y vi que sus ojos refulgían como nunca los había visto brillar.

—Dios, Vera, me has tenido en un sin vivir, no me vuelvas a hacer esto… No he podido dormir ni comer sin saber de ti...

—Nunca —le prometí y le empecé a quitar la camisa. Intentó pararme:

—Pero ¿no me vas a contar nada de…?

—Luego, más tarde —le callé con un beso—. Ya tendremos tiempo.

Con una mano cerré la puerta detrás de mí. El portazo reverberó en el aire, definitivo. Y con eso cerré todas aquellas puertas que había tenido abiertas durante demasiado tiempo, y me dispuse a quedarme en casa, por fin.

EPÍLOGO

—¿En qué momento nos aburguesamos?

Y me lo decía un hombre que con su pantalón gris de algodón y camiseta blanca, apoyado en la barra de la cocina y tomándose una taza de café, parecía sacado de un anuncio de perfumes. Me reí con ganas mientras veía cómo las arruguillas se profundizaban a los lados de sus ojos. Por dios, Marcus Norén, deja de mirarme así o no respondo, pensé y provocativamente me senté de tal forma que mi bata negra se abrió estratégicamente por delante. Chasqueó la lengua, como se hace con los niños malos, y vi que el bulto en su entrepierna se movió y creció. Mmmm, sé de alguien que tiene un pequeño problema, sonreí y me sacudí con suavidad el pelo. Sus ojos siguieron con interés mis movimientos y aquello habría ido a más, si no hubiésemos tenido una interrupción de alguien muy pequeño pero con mucha energía.

Cogí en brazos a Teo, que estaba reclamando su biberón, y vi que su padre ya se estaba haciendo cargo de calentar la leche. Hundí mi nariz en sus fragantes ondas castañas y cerré los ojos, con repentina emoción. Sí, nos habíamos aburguesado. Teníamos el pack completo: una casa con jardín (pequeño, pero un jardín), dos coches tipo ranchera, niños, perro y gato (sí, Mr Rochester había terminado con nosotros, tal y como había pronosticado Maeve). ¡Y tan contentos! Nos reíamos de nosotros mismos cuando alguna noche podíamos tomarnos una botella de vino y un buen jamón, y recordábamos cómo se había dado todo para acabar así.

Como sabemos todos, las historias no terminan con el beso entre el chico y la chica y un precioso “The End” sobreimpreso en sus caras, mientras mil violines nos sacan la lagrimilla y la sonrisa boba. No, ese es el comienzo de la vida real, el tener que ajustar dos vidas que hasta entonces no habían tenido que ver la una con la otra. Así fue también en nuestro caso.

Vivimos una mini luna de miel en Londres hasta que tuve que volver a Madrid a terminar el proyecto con el resto del equipo. Me fui muy a regañadientes, y después de mes y medio de idas y venidas relámpago para robar unas horas para estar juntos, le dije a mi jefe que me iba a tomar un descanso más bien largo, y que me llamase sólo si había algo tan crítico que tenían que recurrir a mí. A lo largo del tiempo había formado a un equipo muy competente que no tendría ningún problema en asumir proyectos de relevancia. Y en el fondo, yo sabía que mi fecha de caducidad en esa empresa había llegado. No tenía nada más que demostrarme a mí misma, podía

dejarlo sin remordimientos. Pero tenía que decidir cuál iba a ser mi jugada, aunque la opción que más me convencía era decirle a mi jefe que me iba, pero que si quería seguir disponiendo de mi software en exclusividad, tendría que aumentar considerablemente el canon que me pagaba por él. Si no, se convertiría en un software que cualquiera del sector podría adquirir sin demasiado problema.

Cuando llegué a Londres con todo esto en la cabeza, Marcus me sorprendió diciéndome que él también estaba cansado, llevaba toda la vida trabajando en multinacionales y empezaba a estar un poco desmotivado y sin nada nuevo que aportar. Gracias a lo que le había legado su padrastro tenía algunas inversiones que le daban una renta interesante, y por lo tanto se sentía más que cómodo pidiendo una excedencia en su trabajo. Para inspirarse, para ampliar sus miras, lo que fuese. El caso era que necesitaba parar y creía que este era el mejor momento. Vaya, le dije, parecía que estábamos conectados. Cuando le expuse lo mío, su sonrisa se ensanchó y salió de la habitación, dejándome con la palabra en la boca. Al cabo de unos segundos apareció con un libro enorme y tras ponerlo teatralmente en la mesita de la sala, tiró de mí para que me sentase a su lado. Cuando vi la portada mi corazón latió desbocado, era uno de esos momentos donde nuestro pasado se mezclaba deliciosamente en nuestro futuro, y me llené de ilusión. Era el Atlas Británico, el mismo que hojeábamos de adolescentes para decidir dónde iríamos de viaje si tuviésemos todo el dinero del mundo.

—Ahora podemos elegir, Verushka —me dijo, olisqueándome el cuello—. Sólo dime el primer destino y de ahí conquistaremos el mundo.

Fue la mejor decisión que pudimos tomar. Volvimos a conocernos bajo las estrellas en Jordania, en los arrozales de Sapa, en las playas infinitas de las islas Cook y recorriendo la muralla china. Tuvimos mucha suerte de poder hacerlo, y creo que ese tiempo desconectados del mundo rutinario forjó las bases de lo que tenemos ahora. Charlas largas, paseos en silencio, discusiones sobre tonterías, sesiones de sexo infinitas, tardes de recuerdos en común, de emociones fuertes y otras más frívolas. Entender nuestras ideas sobre la vida, nuestros valores, quiénes éramos ahora y quiénes queríamos ser. Todo con las almas al desnudo, con una honestidad mucho más madura que la del pasado. Ahora pienso que fue nuestra verdadera luna de miel, el mejor regalo que podíamos hacernos en ese momento de la relación.

Pensamos dedicarnos seis meses a recorrer el mundo, pero al cuarto mes, paseando ensimismados por unos jardines de ensueño en Kioto, de pronto sentí algo muy extraño, muy en lo hondo de mi ser. De pronto deseé volver a casa, a nuestra isla. A seguir la vida que no pudimos vivir cuando jóvenes. Cuando se lo dije a Marcus, esa misma

noche cenando en una terraza kawayuka, vi en sus ojos un destello que me dijo que no le disgustaba para nada la idea.

Así que decidimos probar con un tiempo para ver si éramos capaces de adaptarnos de nuevo a ese ritmo de vida tan diferente de las grandes ciudades. Alquilamos un apartamento con unas increíbles vistas a la bahía de Martiánez y una terraza inmensa donde hacíamos gran parte de nuestra vida. Le alquilamos una moto a Suso para poder movernos a nuestras anchas y nos dedicamos a pasear, a comer, a descubrir, a bañarnos en el mar día sí día no, a reunirnos con amigos y a hacer nuevos… y de pronto nos dimos cuenta de que se nos estaba acabando el tiempo y que no teníamos ningunas ganas de volver a lo que habíamos dejado atrás.

El primero que movió ficha fue Marcus. Como tenía ese don natural de conquistar a la gente, pronto se vio haciendo contactos espontáneos que al saber de su trayectoria profesional, empezaron a dejarle caer posibilidades de proyectos. Cuando varios de ellos empezaron a coger forma y a tener una pinta más que interesante, se sentó frente a mí con una botella helada de vino blanco de Lanzarote y me propuso intentarlo allí. Establecer nuestra base de operaciones en la isla, renunciar a Londres y tener un proyecto serio de vida allí, donde había empezado nuestra historia. Yo, que hasta la fecha estaba un poco *lolailo* con respecto al futuro, me vi en la tesitura de centrarme y pensarlo bien. O no. En ese momento sentí con todas mis fuerzas que debía hacer caso a lo que me pidiese el cuerpo, no a lo que me dictase la mente. Y tras un largo paseo por el rompeolas, supe que podíamos hacerlo allí. Establecernos y ser felices.

Y así empezó nuestra nueva vida, ya plena. Marcus no tuvo problema en empezar a aplicar todos esos conocimientos que había ido adquiriendo en su vida profesional, en empresas más pequeñas y proyectos de lo más variopintos. Poco a poco se fue haciendo un nombre hasta tener una cartera de proyectos bastante interesante. Por mi parte, yo decidí poner contra las cuerdas a mi ex empresa y finalmente decidieron pagar por seguir manteniendo la exclusividad de mi software. Con eso y con los trabajos que hacía como freelance, además de mi secreta afición de desarrollar apps muy frikis para los frikis que pululan por el mundo, nos iba bien.

A los tres años de vivir en la isla, decidimos dar un paso más y tuvimos la suerte de recibir a Miranda en nuestras vidas. Y un año más tarde, a Teo. Aquello fue como adentrarnos en otra realidad, de estar de perpetua luna de miel a tener dos bebés casi a la vez. Sí, fuimos un poco kamikazes, pero lo deseamos mucho, y tuvimos mucha suerte de poder conseguir formar nuestra pequeña familia sin ninguna complicación en el camino. Los niños vinieron a completarnos y a hacer que descubriésemos en el otro dimensiones que hacían que aún

nos quisiésemos más. Creo que nunca he visto más guapo a Marcus ni tan feliz que cuando está con sus pequeños terremotos. Y aunque es difícil y muchas veces duro, compensa. Sé que es una frase muy manida pero hay que vivirlo para entenderlo, es un ejercicio de paciencia infinita en la que todo se olvida cuando te miran sonriendo con estrellas en los ojos. Realmente nunca fui muy de niños, pero ahora mismo doy gracias por haberles podido tener en mi vida, porque es infinitamente mejor así.

Cuando veo a mis dos *fisquitos* corriendo por el jardín para coger tierra y tirársela el uno al otro, no puedo evitar acordarme de Laia y de lo feliz y orgullosa que se habría sentido de sus sobrinos. Y ahora sí que ya no me queda duda de que lo mío con Marcus siempre habría sido para bien. No había sino que ver lo que habíamos creado juntos para comprenderlo. A veces la vida nos da segundas oportunidades, y puertas que se vuelven a abrir, y corazones que vuelven a enamorarse.

AGRADECIMIENTOS

Siempre he tenido mucha suerte por contar con un grupo valioso de gente en quien apoyarme a la hora de escribir, porque todos ellos saben lo mucho que me llenan mis historias y mis personajes y lo importante que esa “vida paralela” es para mí. Ya fuera que solo supieran el simple hecho de que estaba escribiendo algo, o que acabásemos debatiendo si un quiebro de la historia tenía sentido o no, ese grupo ha sido esencial para creer en que este proyecto se podía llevar a cabo. Sobre todo en estos últimos tres años, donde la vida se ha vuelto un delicioso pero extremo caos, esta red cercana se ha volcado conmigo porque sabía que el escribir era mi respiradero y que apoyándome iban a conseguir verme feliz y plena. Me encantaría nombrar a todos los que de alguna u otra forma han contribuido a que Vera y Marcus salgan de casa y empiecen a conocer gente, pero es imposible, son demasiados, así que me centraré en los “clave”:

A mis padres, por supuesto, a pesar de que recuerdo a mi padre decirme con quince años “Elenita, déjate de tantas novelas y ponte a estudiar”, y lo mucho que eso me chinchaba. Sin ellos apoyándome en todo en la vida y dándome ejemplo nunca habría sido quien soy actualmente.

A las que primero conocieron a Vera y Marcus: Yurena, Sofía, Alba e Inés. Gracias por ayudarme a mejorar y por los consejos y las críticas honestas que sólo las amigas pueden dar —en una primera versión Marcus y Nigma eran el mismo, lo cual era revelado al final, y gracias a Yure, mi primera lectora, esa trama inverosímil murió en el acto—.

Ya la nombré anteriormente en el apartado de lectoras, pero mi hermana Sofía se merece una mención especial. Aun estando separadas desde hace muchos años, ella hace que me sienta siempre acompañada. Sofi, nunca podré expresarte lo mucho que te echo de menos y lo extremadamente importante que eres en mi vida. ¡Te quiero!

Al equipazo de Flecher.co, que en esta preciosa portada han sabido captar perfectamente la esencia de la novela.

Y finalmente al #loveofmylife, a ese hombre que aunque ni suele leer ni entiende por qué me apasiona todo esto tanto, lo respeta, lo apoya y me mantiene en equilibrio en esta vida de malabarismos en la que estamos sumergidos. No sé a quién dar gracias por que estés en mi vida, pero le encendería velitas todos los días. Gracias por tu lealtad, tu serenidad y por sacarme una sonrisa en cualquier situación.

Y a ti, que has decidido leer este libro. Primero que nada, mil gracias por hacerlo. Compartir a Vera y a Marcus es muy especial para

mí, y espero que si estés leyendo esto, signifique que has terminado “Desde el rompeolas” con el corazón contento, como dice la canción. Porque ese es el objetivo de todo esto: como dice Robbie Williams, “Let me entertain you”.

Helen Rytkönen

SOBRE LA AUTORA

Helen Rytkönen (Santa Cruz de Tenerife, 1979) todavía no había empezado el colegio cuando aprendió a leer. Ahí comenzó su gran pasión, y desde ese entonces empezó a devorar cualquier cosa que cayese en sus manos: desde cómics y cuentos infantiles hasta novelas de adultos que cogía a escondidas de sus padres. El mundo de las letras la atrapó hasta el punto de empezar también a crear sus historias de adolescente y posteriormente de adulta. No se decidió a publicarlas hasta el momento en que su vida, con dos niños pequeños y un trabajo retador en una multinacional, le requirió un proyecto personal con el que reencontrarse a sí misma. El fruto de esa inspiración es su primera novela autopublicada, “Desde el rompeolas”, y ya está sumergida en otros proyectos.

Helen vive en Tenerife con su familia, procura bañarse en el mar durante todo el año y adora la gastronomía y un buen vino blanco.

Puedes seguirla en redes sociales para estar al tanto de todas las novedades: Facebook, Instagram y Pinterest.

[1] Técnica de estudio que permite conocer las opiniones y actitudes de un público determinado sobre un tema escogido. Normalmente son grupos de seis a diez personas más un moderador.

[2] En Canarias se utiliza fisco o fisquito para definir algo pequeño o corto de tiempo.

[3] En Canarias se utiliza de forma generalizada el pronombre ustedes, en vez del vosotros, cuando se trata de la segunda persona del plural.

[4] En canario, autobús.